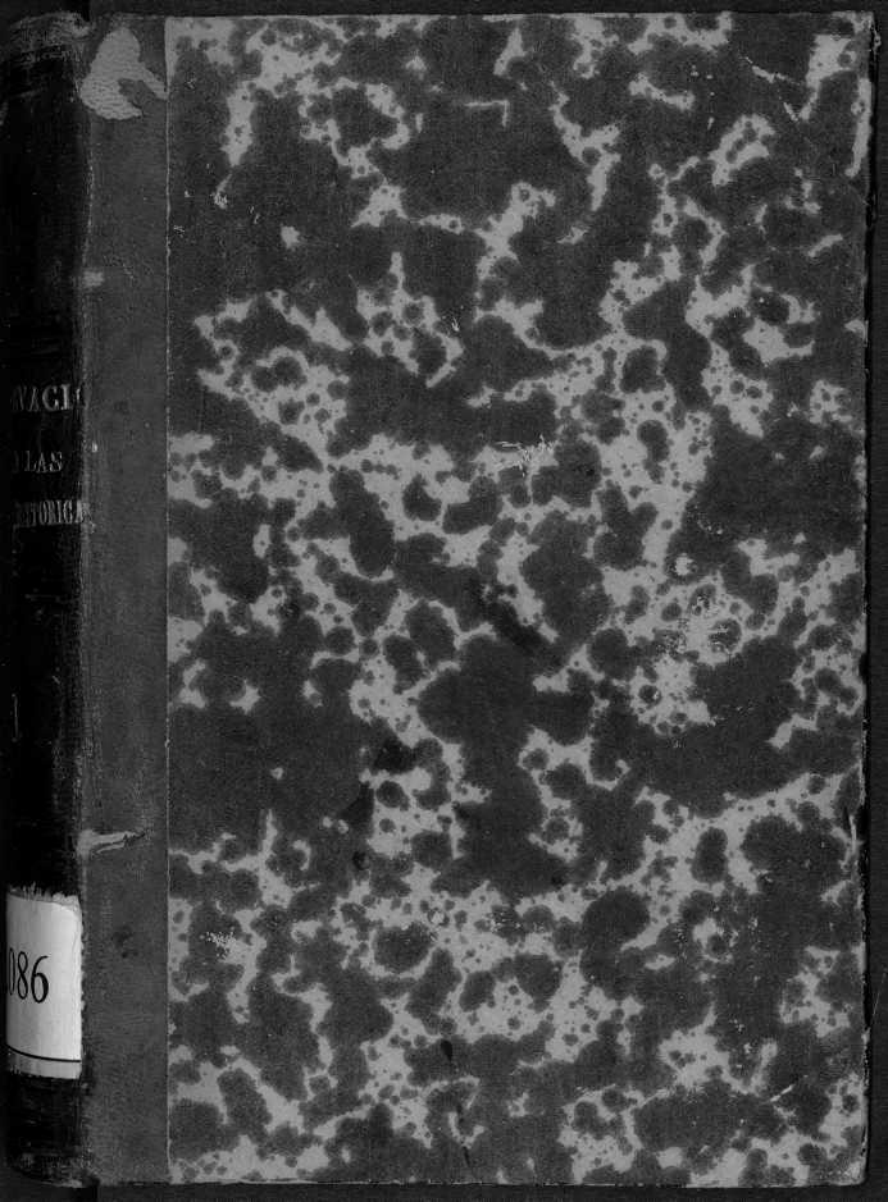

16086
~~8513~~
5
16086

OBSERVACIONES

SOBRE LAS BELLEZAS HISTÓRICAS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

OBSERVACIONES

SOBRE LAS BELLEZAS HISTÓRICAS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO,

POR

D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

TOMO I.

Segunda edicion.

MADRID.

IMPRENTA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDEÑA,
calle de Silva, 47 *y* 49.
1864.

VICARÍA ECLESIÁSTICA

DE

MADRID.

—

NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS, PBRO., VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *Observaciones sobre las bellezas históricas del antiguo Testamento*, por D. Juan Manuel Berriozabal, Marqués de Casajara, pues de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene segun la censura cosa alguna en contrario al dogma católico y sana moral. Madrid, diez y nueve de Octubre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

DR. LORENZO.

Por su mandado.

SEGUNDO DE LA CUERDA.

CENSURA.

He leido la obra original titulada: *Observaciones sobre las bellezas históricas del antiguo Testamento*, por D. Juan Manuel Berriozabal, Marqués de Casajara, que V. S. se ha servido remitirme para su conveniente revision antes de ver la luz pública. Nada he hallado en ella que sea contrario á los dogmas de nuestra santa religion, ni á la moral del Evangelio; antes bien la conceptúo muy útil para hacer gustar á los fieles las divinas bellezas que con profusion se encuentran esparcidas en el antiguo Testamento, é instruirlos en la historia del pueblo hebreo, piadosamente comentada por el autor de estas *Observaciones*, estimulándolos de este modo á imitar los grandes ejemplos de virtud que ofrecen á cada paso los justos de la antigua ley.

En tal concepto considero muy útil y conveniente la publicacion de dicha obra, y no encuentro dificultad en que V. S. conceda para ello su superior permiso. Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid, 18 de Octubre de 1864.—Pedro Salgado.

Ilmo. Sr. Vicario eclesiástico de Madrid y su partido.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

La Sagrada Escritura es el libro de Dios. De aquí su infinita importancia, como que en él estriba el sublime edificio de nuestra augusta religion y la ciencia de todo lo divino. Seria formar un inefable panegírico de la Biblia el decir que no hay en ella una sola línea, que no haya sido inspirada por el Altísimo. Pero aun prescindiendo de su orígen sobrenatural, para que se encumbrára sobre todas las producciones del humano entendimiento bastaria aquel encerrar ella las grandezas de Dios, toda la historia de la humanidad, y el principio y el fin de la naturaleza. La Divinidad es el centro y manantial de

todo bien, y su sabiduría lo ha reflectado en la Biblia; allí está el tesoro de la moral del cielo, allí la belleza de todo lo creado, allí el ordenamiento y tejido maravilloso de cuanto Dios ha hecho en el mundo y en los siglos.

No hay estudio mas antiguo que el de la Biblia, ni que mas comentarios haya producido. Es y será eterno como la religion, y si el universo aun durase doce mil años, dentro de doce mil años aun se harian nuevas investigaciones acerca de ella: lo sucedido hasta ahora es garantía de lo futuro. Además, sin su contínuo estudio, no subsistirian ni la moral, ni la religion. Y hay otra causa promovedora de los trabajos, que cada siglo da á luz sobre la obra del Espíritu Santo: en ella se halla una mina de antigua y nueva enseñanza adaptada á las necesidades de cada época, que se va descubriendo á medida que estas se van presentando. Todas las herejías

fueron arrolladas en campo de batalla por los sábios defensores de la Iglesia católica con las armas sacadas del riquísimo arsenal de la Sagrada Escritura, y hasta las ciencias, que parecian estar mas lejos de ella, cuando en su carrera se han apartado de la senda de la verdad, han hallado en sus páginas venerabilísimas un correctivo saludable oportunamente descubierto para enfrenarlas y avergonzarlas, ó una confirmacion de sus plausibles progresos cuando han dado pasos de gigante hácia un legítimo y verdadero adelantamiento.

En nuestros dias hasta la literatura se ha puesto, por decirlo así, en contacto con la Biblia, ora aplaudiéndola con el debido acatamiento, ora penetrando en el lugar santo con ignorante osadía, ó con descompostura y ánimo irreverente; por manera, que tanto los homenajes tributados al mérito literario de algunos de sus libros poéticos, como

el abuso que se hace de las riquezas, que ofrece á la imaginacion para composiciones sagradas, parece que estimulan á examinar con mas detenimiento y atencion la obra admirada como tipo y modelo de la literatura cristiana. Así la he considerado, y así trato de presentarla, desentrañando sus bellezas históricas, profético-poéticas y religiosas. En esta primera parte de mi empresa no pude tener guia alguna, porque no sé que hasta ahora se haya escrito sobre bellezas de historia, y si no me engaño, este es un género nuevo.

Las poesías de los profetas han recibido el incienso de ilustres literatos; sin embargo, muchos de ellos se limitaron á meras indicaciones muy generales, fijándose otros en un solo libro, cual es el de los Salmos. El inglés Lowth emitió juicios sobre todos los libros poéticos del antiguo Testamento; pero á pesar de los elogios prodiga-

dos á su erudicion, su cualidad de heterodoxo y el versar sus investigaciones en gran parte sobre cuestiones poco amenas, me ha hecho proceder casi siempre con independencia, aunque cuando lo creo conveniente, me aprovecho de las luces de estos y aquellos críticos. Para la seccion, que llamo yo religiosa, en la cual me propongo mostrar bellezas morales, me he acogido á la sombra del divino Salvador consolatoriamente retratado en los Evangelios, consultando á mi propio corazon, y en todo el discurso de mi larga tarea á nuestros respetables expositores católicos, á los cuales debo agradecimiento, porque sin ellos acaso hubiera estampado con profana pluma algun atrevido dislate (1).

---

(1) Véase la nota, que al final del tomo se pone acerca de esta nueva edicion.

CAPÍTULO I.

El pueblo de Dios.

Entiendo por belleza literaria todo lo que puede deleitar ó producir una sensacion notable en la mente ó en el corazon de los lectores; belleza que, si ha de ser de alto precio, se ha de hallar principalmente en el asunto de la obra. Bajo este punto de vista se aventaja infinito á todas las producciones del ingenio humano la historia de ese pueblo, que Dios escogiera para ostentacion de su poderío, de su misericordia, de su justicia y veladora

providencia. Su orígen, su engrandecimiento y sus extraordinarias vicisitudes y desgracias nos presentan un cuadro tan nuevo como maravilloso, aunque ahora no le consideremos sino en sí mismo, es decir, como nacion, sin la sabiduría de su ley, sin la majestad de su culto, sin las hazañas de sus héroes, sin el brillo de sus reyes, sin las visiones de sus profetas.

Si atendemos á su principio, vémosle nacer de un solo hombre, padre de los creyentes, que en virtud de una promesa del cielo emprende un viaje larguísimo con su estéril consorte al pais de que se ha de enseñorear su descendencia, numerosa como las estrellas del firmamento y las arenas del mar; y en esto se advierte una singularidad muy significativa, porque de

ninguna otra nacion se lee cuál fuese el primer hombre de ella. El primer caudillo, el primer rey, el fundador de una colonia, un Nemrod, un Cadmo, un Rómulo, un Clodoveo no es difícil encontrar; pero el papel de un padre es mas interesante que el de un rey: éste será el que haga construir unos muros, el que organize una sociedad naciente, será todo lo que se quiera, mientras Abrahám es el único padre de una nacion, que sobrevive á las innumerables ruinas, que deja en su carrera este mundo tan inconstante y movedizo.

Las vidas de los patriarcas, que se pintan á nuestros ojos con los colores mas hechiceros, iluminan la bella infancia de este pueblo, no permitiéndonos ignorar nada de cuanto concierne

á su desarrollo sucesivo; mientras los principios de la mayor parte de las naciones están envueltos en una densa noche, en la cual se anda á tientas como ciegos por calles desconocidas, ó se sueña con fantasmas, ó de tal modo se abultan los objetos con la distancia, que la vista y la imaginacion de los historiadores ven las cosas á la manera del caballero que inmortalizó Cervantes.

Un tejido de aventuras admirablemente dispuestas por la divina Providencia, lleva á Egipto á la familia de Jacob, verificándose esta trasplantacion con todo el enredo, la ternura y el interés de un drama. Setenta y cuatro personas, que son el gérmen fecundo de las doce tribus, no desaparecen ni se confunden entre la muchedum-

bre de los egipcios, multiplicándose con una velocidad asombrosa hasta causar recelos y temor á la nacion en que habitan, como lirio entre espinas, como la luna entre las tinieblas de la noche; bellísimo contraste, cuyo resultado será una guerra entre el Dios que, desencadenando los torbellinos de su ira omnipotente, proteja á la virtud afligida, y el obcecado Egipto que inhumanamente la persiga. Una política aviesa convierte la hospitalidad en duro cautiverio, que ofrece al corazon un espectáculo sobremanera interesante; porque interesantes y patéticas son las lágrimas y los suspiros de todo un pueblo, que pálido y consumido por el hambre, aherrojado y atormentado por la mas bárbara tiranía, emplea sus estenuados brazos en fabricar para sus

verdugos ciudades y fortalezas, donde las madres egipcias alimenten á su dichosa prole con el sudor de los cautivos, mientras las madres hebreas arrojan á la corriente del Nilo los frutos de sus entrañas. Pero son muy breves y fugitivas las horas alegres del impío. La escena se ha mudado: el ángel de la muerte pasa su cuchilla por el cuello de todos los primogénitos de Egipto, en tanto que Israél, con el baston de peregrino, está cenando un cordero en medio del mas puro regocijo de triunfo, porque ve hechos pedazos sus hierros opresores.

Considerad esa cena, y vereis lo que en literatura se llama una imágen, pero bella, grandiosa, sublime, si se atiende al gozo, á la actitud, al vestido, á la prisa de un pueblo

de tres millones: en tanta diferencia de edades y muchedumbre de gentes, como que no hay mas que un corazon, un alma, un pensamiento: miradlos; todos están en pié, comen una misma cosa, todos como viajeros; hasta la accion y la premura es idéntica en todos. ¿Y en qué nacion del mundo habeis visto esa admirable unidad, que ahora notamos en esta? No parece sino que fuera un regimiento, en que á la voz del jefe, todos los brazos y todos los fusiles toman una misma direccion simultánea. ¿Y qué grandezas no presenta su viaje por el desierto sembrado de prodigios? Nada diré del mar Rojo, que por su lecho enjuto abre camino al ejército del Señor, el cual por medio de dos montañas de agua se extiende de orilla á

orilla, marchando ya por la ribera opuesta la vanguardia, mientras la luminosa retaguardia aún no ha entrado en el ámbito del milagro; nada de la desaparicion del rey y pueblo contrario, sobre los cuales se precipitan las montañosas ondas como la ballena sobre el náufrago que instantáneamente devora. Porque ¿quién no ha admirado mil veces la sublimidad de este paso en el cántico de Moisés y en las alusiones y pinturas de los poetas sagrados? ¡Ah! lo sublime se encuentra en la travesía de ese desierto, como bandadas de caballos en las inmensas despobladas pampas de Buenos-Aires.

La consternacion del hambre, del hambre en un pavoroso desierto, la impaciencia, las murmuraciones, la desesperacion de todo un pueblo, la

lluvia de un alimento celestial por el largo espacio de cuarenta años, la sed abrasadora y el agua milagrosa, el conflicto de la guerra y la victoria debida al fervor de una plegaria, el desaliento y la confianza que se suceden como las olas del océano, la plaga de las serpientes, que con sus mordeduras de fuego emponzoñan de muerte á los heridos, el arrepentimiento y la misteriosa bandera de salud, á cuya vista reviven millares de moribundos, y sobre todo la radiante presencia de la Divinidad con su corte de relámpagos y rayos, publicando su ley en medio de un incendio de gloria, son objetos demasiado sublimes para que me detenga en señalar su altísima grandeza, que causando un asombro profundo deleita sobremanera; como

que es una muy noble propiedad de nuestro sér hallar dulce embeleso en la exaltacion y arrobo de la mente, y en la conmocion grave, respetuosa y solemne, nacida de la vista de lo sublime y extraordinario. ¿Puede imaginarse un prodigio mas bello ni mas poético que el de una columna de fuego, que capitanea cuarenta años en la lobreguez de la noche y en desierto silencioso á una peregrina nacion? Figurémonos tendido un denso manto de tinieblas sobre la inmensidad del universo, y luègo volvamos los ojos á un resplandor gigantesco, á una pirámide de fuego, cuya cabeza se esconde en las nubes del firmamento. Aunque supongamos que no se mueve y que no guia á un pueblo perseguido y conquistador, es bella, es altamente

grandiosa esta imágen. ¿Pues qué será si la ponemos en majestuoso movimiento, si consideramos que marcha y se detiene, que avanza y retrocede á vista del peligro con la prudencia y estratégia del general mas consumado en el arte de la guerra; que va al frente de doce tribus, cuyo campamento ocupa el espacio de diez millas; que semejante á una madre, que lleva de la mano á sus pequeñuelas criaturas, va midiendo sus pasos y jornadas por el cansancio y debilidad de los niños que en pos de ella caminan; si no olvidamos que va dentro de ella un ángel, príncipe de los cielos, á manera de uno de aquellos reyes de la antigüedad, que corriendo á las lides delante de sus tropas, montaba en el mas excelso

castillo de elefantes magníficamente iluminado de noche; si por último recordamos que esa columna de brillo tan apacible es la misma, que revestida del espíritu de la tempestad, rompió y arremolinó con ímpetu y fragor borrascoso al ejército y los carros de Faraon en terrible torbellino de rayos?

¡Y cuán parecida no es la brillante columna al pueblo que conduce! En las tinieblas de la noche es ella el único punto luminoso; él, en medio de las sombras con que la idolatría y la mas estúpida ignorancia tienen envuelto el mundo de la inteligencia, es de la gran familia de los hombres la única rama, en cuya frente resplandece la luz de la verdadera religion; solo él es el depositario y el conservador de

los inefables secretos de la Divinidad, y el manantial cuyos raudales beberán en la edad venidera los filósofos de la Grecia y los de todo el Oriente para hacerse admirar cuando los manifiesten, aunque mezclados con sus turbias aguas y ocultando de dónde los tomaron. ¡Cuán misterioso y sublimemente poético no es ver esa espléndida antorcha en un desierto! ¡La verdadera civilizacion en un desierto! ¡En un desierto el foco de celestial sabiduría! ¡En un desierto el inestimable tesoro de las tradiciones antidiluvianas! ¡En un desierto la clave de toda historia antigua, la única explicacion del universo! Y esto cuando la mentira y la ignorancia tienen levantado sobre todo el orbe su trono de oscuridad. ¿No

parece que este glorioso desierto figuraba la augusta soledad de los ilustres monasterios, en que las ciencias y las virtudes fulguraban, creciendo y robusteciéndose para despues lanzarse á disipar el negrísimo caos de aquellos siglos de la triunfante barbárie?

Hasta la inconstancia, la volubilidad, la ingratitud y la perfidia de esa numerosa turba peregrina, son una belleza de la sagrada historia, porque pintan la flaqueza del humano linage, porque forman un vivo constraste con la bienhechora conducta del Excelso, porque provocan alternativamente su justicia y su misericordia, siendo ocasion de que en escala magnífica se vayan desplegando la ira y la omnipotencia divina.

Embriagado con la nefanda culpa está el pueblo bailando en torno á su becerro de oro, y la tribu de Leví con la muerte en su fulminante espada, convierte rápidamente en lago de fresca sangre el campo de la orgía. ¡Cuánto no hiere á la imaginacion ese improviso tránsito de las risas livianas al llanto dolorido, de la algazara bacanal á los ayes de la agonía, de la impudente confianza al espanto que hiela, al terror que horripila, á los impetuosos aceros que veinte y dos mil cadáveres hacinan en sangrientos montones, entre los alaridos de inmensa muchedumbre, que huye con pavoroso desórden y se ve forzada á beber reducido á polvo el ídolo que se forjára de oro! ¡Ah, no hay palabras, que expresen

todo lo sublime y terrible de ese tránsito momentáneo del baile á la eternidad!

Sin embargo, aún me parece mas imponente y majestuosa la ira del Todopoderoso, cuando cerca de las fronteras de Canaán, habiendo caido de ánimo el inconstante pueblo con la narracion de los cobardes exploradores, y estando ya para lanzar una lluvia de piedras á sus fieles caudillos que con valiente energía le animaban, apareció gloriosa y formidable en la eminencia del tabernáculo, y dirigiéndose á las rebeldes turbas, pronunció repetidas veces esta sentencia de muerte: « Vuestros cadáve»res yacerán en esta soledad. Vues»tros hijos los verán consumirse en »el desierto.» ¿Quién pronuncia la

aterradora sentencia? Un Dios omnipotente. ¿Quién la escucha? Toda una generacion condenada á muerte. ¿Quién mas? Los hijos, á quienes igualmente se condena á ir errantes cuarenta años por desiertos peligrosos, y á ver podrirse en aquellas horrendas soledades los huesos de sus padres. ¿De dónde sale el tonante acento de la divina Justicia? Del tabernáculo, en que airada se ha aparecido la gloria del Señor (1). ¿Dónde resuena? En un desierto espantoso. ¿Qué le sigue? Duelo profundísimo y universal, expresado con mil raudales de lágrimas inconsolables.....

Volvamos á observar que es gran-

(1) *Apparuit gloria Domini super tectum fœderis.* (Núm. cap. 14.)

diosamente bella esa unidad de afectos, esa unidad, si es posible decirlo, de tribulacion y de llanto. ¿No se diria que ese pueblo es una sola persona? No ya mil ni cien mil gentes, sino una nacion entera de niños y de ancianos, de mujeres y de robustos guerreros, párase y camina, se regocija y suspira, peca y se convierte, responde y promete á sus jefes y á Dios, padece y triunfa, es castigada y premiada como si fuese una sola persona. No vacilo en asegurar que este inaudito género de belleza no se halla en ninguna otra historia, aunque tengo presente lo mucho que afecta á las naciones una guerra, una peste, una opresion enemiga; pues por muy comun que sea el entusiasmo ó el sentimiento de un gran pueblo, no

es rigorosamente cierto que todo él obre y sienta como un solo hombre del modo que se verifica con Israél. Si le veo llorar por espacio de treinta dias la muerte de un Aaron, se me figura una amorosa familia de hermanos y de hermanas, que se reunen en una habitacion oscura para mezclar sus lágrimas por la pérdida de una madre, como grupo de dolientes estátuas colocadas sobre una tumba, cuya actitud lúgubremente monótona mueve á tristeza á cuantos fijan en ellas sus ojos compasivos.

Tal vez sea esta una de las causas, que en el originalísimo cuadro de su historia hacen de este pueblo la principal figura despues de la de Dios. Sus caudillos, que mandan al sol y á los mares, á la tierra y al cielo como

un capitan á sus soldados; sus prodigiosos jueces, á cuyo esfuerzo debe con mucha frecuencia el verse libre de extranjeros tiranos; sus profetas, que son los intérpretes y sonoros clarines de la justicia y sabiduría del Eterno; sus heroinas incomparables, á cuyo débil brazo confia Dios las empresas mas grandes y bienhechoras; y últimamente sus reyes buenos ó perversos, no obstante su colosal grandeza y la influencia que tienen en la dicha ó desventura de la sociedad judáica, son imágenes muy inferiores á esta: y no solo por la sencilla razon de que las partes son menores que el todo, sino muy especialmente porque el destino de todas ellas es servir á ese pueblo segun los designios inefables de la Providencia,

que con peso, medida y oportunidad las suscita para correccion, enseñanza, libertad ó engrandecimiento del mismo. Ni se diga que en esto es semejante á las demás naciones, para cuyo servicio arroja Dios en su seno los héroes y las lumbreras de que han menester, pues en aquellas, aunque no menos cierta, es menos visible la accion de la Providencia, siendo necesario para descubrirla alto vuelo de pensamiento y las profundas meditaciones de los sábios.

Y ya que hablo de otras naciones, no dejaré de indicar que sus historias, mas bien que de pueblos, me parecen historias de reyes, de ministros y generales. Guerras, intrigas, tratados, conquistas y algunas rebeliones, son por lo comun su mas ordinario

asunto; y es claro que en todas estas cosas casi nunca interviene la gran masa del pueblo, no habiendo por lo regular mas actores que el rey, los cortesanos y el ejército. No así el reino de Judá, cuya maldad ó enmienda es el mágico resorte, que mueve para misericordia ó justicia ese formidable brazo del Altísimo, á cuya señal se arrojan unos sobre otros para descuartizarse y devorarse los imperios mas poderosos.

Llena está la copa de la divina indignacion, y su furor ya se exhala como llamarada de volcán. Manda Dios á su siervo Nabucodonosor, al ministro de sus venganzas, que como vara de ira caiga sobre Jerusalen. Nabucodonosor la asedia; á palidez y consuncion reduce el ham-

bre su lozanía y belleza; el agudo alarido de su consternacion estremece sus muros; sordos están á sus ayes el cielo y el santuario; de estenuacion y de espanto suelta el soldado las armas; la bandera de Babilonia tremola sobre sus torres; huye el rey Sedecías, es alcanzado por enemigos ginetes y sometido al terrible capricho del vencedor, que á todos los habitantes ordena desalojar sus casas; son atados y acuchillados uno en pos de otro todos los nobles, los ricos, los cortesanos y militares; las mujeres, los niños y los ancianos presencian el degüello de sus hijos, padres y maridos, y ven en manos de sus verdugos, formando inmenso monte de riquísimos despojos, los muebles entre los cuales crecieron, y

las joyas con que siempre se engalanaron.

Ya están en el campamento asirio todos los moradores de la triste Judea para ser arrastrados al cautiverio como rebaño de ovejas; á vista de su padre se degüella á los hijos del rey, á quien encadenado se le arrancan sangrientamente los ojos; mientras por órden del inexorable Nabucodonosor el grande, arden y se desploman con lúgubre estampido las techumbres y torres de la ciudad solitaria, desnuda y herida mortalmente. ¡Ó hija de Sion! ¡Adios, adios, ó querida y adorada Jerusalén! esclama suspirando tu desolado pueblo al ver las convulsiones de tu horrenda agonía. Adios, te dice con un clamor tristísimo al romper su dolorosa mar-

cha al distante país de su cautiverio; y embriagado de amargura el corazon y de lágrimas los ojos, te deja en la encendida pira de la muerte.

¡Ah! Solo en esta sagrada historia se ve en camino para el remoto suelo de su cautividad á toda una nacion dolorosa, viuda de su gloria, encorvada bajo el peso de su delito y de la espada de Dios, pálida, profundamente contrita, pobre en extremo, y sin aliento para levantar al cielo sus ojos humildes y enrojecidos por un tan largo llorar, rodeando el triste carro, donde va atado, ciego y cautivo su rey, y contemplando de contínuo sus perdidas riquezas, que á su lado llevan los asirios, cuya alegría redobla y exacerba su desventura infinita.....

Precipitarse un pueblo sobre otro, apoderarse de su territorio é imponerle su yugo, y al fin mezclarse y confundirse con él; exterminar con el hierro y el fuego una provincia, un reino; no es muy difícil hallarlo en las historias, y por tanto no es cosa muy admirable; pero trasplantar en masa una nacion entera al lejano país del vencedor, es un fenómeno agigantado, asombroso, bellísimo y sublime, porque en literatura es muy bello y sublime lo que tiene novedad y grandeza. No se olvide ninguna de las singulares circunstancias que realzan la idea, ni la distancia de Babilonia á Jerusalén, ni las solitarias ruinas de esta ciudad y su templo, ni los crímenes que fueron causa de tamaña desolacion, ni la fé,

ni la esperanza, ni el arrepentimiento de los cautivos, ni la creencia de que está señalado el dia en que el Omnipotente visite en su furor á la opresora Babilonia, y levante del polvo á su caida Sion, ni sus vivísimos deseos, ni sus tiernos recuerdos, ni su llanto y suspiros, ni su indecible dolor; y se percibirá en la mente un no sé qué tan fatídico y solemne, tan alto y misterioso, que no es dable explicarlo, porque la inefable delicia y los elevados placeres y espectáculos de la imaginacion se gozan y se sienten, mas no se explican con el pobre lenguaje que usamos los mortales.

CAPÍTULO II.

El principio del Génesis.

Trasladaos en espíritu á cuando no habia tiempo, ni mundo, ni nada mas que Dios; contempladle en su augusta soledad sin principio, mas dilatada que la inmensa cadena de los futuros siglos: hé aquí la única idea, que precede al primer versículo del Génesis, y está envuelta en la palabra Dios. Abrid el libro, y en su primera línea vereis cambiarse la escena de la eternidad; cielo y tierra aparecen, presentándose de improviso los dos obje-

tos de mas extraordinaria magnitud. Nada hay para mí tan sublime como este repentino espectáculo de la creacion. Quiero indicar en qué consiste la prodigiosa sublimidad de estas palabras:

In principio creavit Deus cælum et terram.

1.° En que no tienen preámbulo, que por grados fuese preparando el ánimo á recibir la impresion de su grandeza, por lo cual esta produce mucho mayor efecto, hiriendo y apoderándose de todo el hombre mas por entero, de una manera mas viva, mas rápida, mas grande y fascinadora, y obrando sobre él con toda la vehemencia y asombro de una magnífica sorpresa.

2.° En su esplendorosa claridad,

ofreciéndose de golpe toda la idea, sin duda ni sombra alguna, sin que el entendimiento mas tardo tenga que detenerse un instante en comprenderla; y de aquí nace que no estando aquel distraido en el trabajo de percibirla, se fija mas en el objeto de la idea presente, y se halla mas abierto á la avenida de sus impresiones.

3.° En su majestuosa sencillez, porque no necesitando de atavíos lo que de suyo es grande, sin ellos se ostenta mas despejado, mas de bulto, mas ¡claro. Además, el misterioso contraste de la magnificencia de la idea con la sencillez de las palabras que la representan, produce cierto encanto, que por carecer de nombre no es menos efectivo.

4.° En la rapidez y concision de la cláusula, que imita admirablemente la prontitud con que el Hacedor sacaba de la nada los cielos y la tierra. Hacer cosas insignes en brevísimo tiempo indica un poder sumo, y el expresarlas con una sola pincelada tambien denota en el escritor un alto poderío intelectual.

5.° En que alli están encerrados los objetos de mas grandor y nobleza. Dios saliendo de su eternal reposo; la omnipotencia puesta en movimiento por vez primera, y levantándose del seno de la nada los cielos y la tierra, como Lázaro del sueño de la muerte á la voz de su amigo Jesús. Cada uno de ellos es por sí solo altamente grandioso, pero adquieren nuevo realce de las circunstancias que

los acompañan: ese cielo es apareciendo mas sublime que despues de aparecido; esa tierra es mucho mas interesante que ahora con aquella desnudez y aspecto informe con que el siguiente versículo la pinta, por teñer el mérito de la novedad (que está reconocida como una de las fuentes de la belleza.) Sí; esta mansion del hombre tal cual ahora la vemos, con sus flores, sus árboles, sus montes, sus rios y ciudades, es poéticamente menos bella y sublime que en el momento de su creacion, cuando estaba desnuda y tenebrosa. Para habitarla es cierto que estaremos sumamente lejos de quererla en tal forma; mas aquello con que estamos familiarizados, por hermoso que sea, no produce en nosotros notables sensaciones,

y es preciso que las produzca para ser bello en el sentido en que vamos hablando. ¿No pareceria un objeto terriblemente sublime un gigante del tamaño de la tierra, tendido informemente como la cordillera de los Andes y cubierto de pies á cabeza con una mortaja negra? Pues tal era la tierra en aquel primer instante de la creacion, cuando el espíritu de Dios iba volando sobre las aguas.

¿Y será extraño que el ilustre autor del *Genio del Cristianismo* diga como estasiado, «que nada hay comparable á esta abertura del Génesis; que no es posible mostrar en qué está cifrada la belleza de su estilo; y que no sabria qué responderse á quien lo criticára?» Tan alta es la impresion que produce en un entendimiento ele-

vado la primer plumada de Moisés, en cuyo análisis literario he entrado de pronto, porque embargado mi ánimo de ese mismo asombro, que á Chateaubriand enagenaba hasta trabarle el pensamiento y la lengua para demostrar su mérito, se veia impelido por una vehemente necesidad de expresar su admiracion antes de prevenir aun brevísimamente cuál era el objeto qne iba á ocuparme.

De ese imponente caos es muy grato y delicioso pasar sin intérvalo alguno á la ordenada, sucesiva y bellísima aparicion de la luz, del firmamento y sus astros, de las plantas y de las aves, de los peces y animales cuadrúpedos, del hombre y de su dulce compañera, brillando en todos los rasgos las mismas dotes que aca-

bamos de admirar en el primero, aunque las sensaciones que causa su lectura son algo mas suaves, por hermanarse en ellos lo bello con lo sublime. La belleza está en los mismos objetos, la sublimidad en el modo con que aparecen; pero lo que sobre todo forma mi encanto es la sencilla majestad del Criador.

El poema de Milton me excusa hablar del interés, ternura y solemnidad de las escenas del Paraiso; y nótese que no confundo la brillantez y brio de la invencion poética con la riqueza y hermosura de su argumento; de este hablo, estando muy lejos de apartarme de mi propósito al nombrar el *Paraiso perdido*, siendo innegable que el reconocido mérito de una obra de esta naturaleza es para

todo hombre entendido en semejantes materias una demostracion de la excelencia y belleza de los hechos, que han servido de cimiento al edificio levantado por la creadora fantasía de un génio maravilloso. Si se diese una rápida ojeada á las mas ilustres epopeyas, se hallaria confirmada esta idea con la noble grandeza de su asunto, como que esta es una de las principales condiciones del poema épico.

En Milton hay mucho mas: casi todo lo debe á su argumento: lo mejor es lo que ha copiado de la Biblia: en esta parte no encuentra mas que admiradores: los críticos de mayor autoridad, aun los mas empeñados en hallarle notables faltas, se convierten en panegiristas suyos al

tomar en boca á su Adán y á su Eva. Séame testigo el abate Andrés. Despues de haberle censurado en muchas cosas, y con no poca dureza, «Yo, dice en sus *Progresos de la literatura*, no puedo hallar gran deleite ni en el cielo ni en el infierno (del autor), pareciéndome extravagantes y absurdas las mismas ideas que oigo alabar como grandes y sublimes: en el paraiso sí que me arrebata Milton; alli me parece ver en él lo poético, lo sorprendente, lo divino.»

Lo poético, lo sorprendente, lo divino creo hallarlo en el capítulo 5.° del Génesis, que á primera vista corre peligro de ser tenido por algo seco, y que leido con reflexion revela nada menos que la inefable realizacion de nuestros dorados sueños

de ventura por el espacio de mas de doce siglos, en la dichosa descendencia del justo Seth, que segun lo dá á entender la Escritura vivió por tan largo tiempo enteramente separada de la criminal raza del primer asesino.

Con la maldicion divina sellada en su torva frente, no teniendo bálsamo alguno para la profunda llaga del corazon de su madre, no atreviéndose á que sus ojos se encontrasen con los ojos airadamente sombríos de su buen padre Adán, que con suspiros lúgubres responde noche y dia á los clamores de la sangre de Abel llorando sobre su tumba campestre, Cain, agitado por las furias y arrojándose en brazos de la desesperacion, huye de la luctuosa cabaña de su infancia, lejos, muy lejos,

adonde espera que no pueda alcanzarle la ensangrentada sombra de su hermano. Deja en paz y sin mas compañía que su dolor á los dos primeros penitentes, y como toro á quien acosan obstinados lebreles, corre con su mujer y sus hijos á fundar en muy remotos paises una colonia de crímenes, de prostitucion, de guerra y de infernal estruendo.

Allá se está inventando todo cuanto sirve á la vanidad y á los deleites del mundo, cuando Dios compasivo escucha los solitarios gemidos de aquellos inconsolables esposos, que perdieron el paraiso y el hijo. Náceles para consuelo el piadoso Seth; y aqui comienza esa dilatada série de justos, cuya vida llega á 912 años como la del mismo Seth, á 905 como

la de Enós, á 910 como la de Cainan, á 930 como la de Adán, á 895 como vivió Malaleel, á 962 como vivió Jared, á 969 que Matusalén contaba cuando llegó al reposo de su eternidad.

Sus corazones son del Señor; sus ojos brillan con el esplendor de la inocencia; la verdad mora en sus lábios; plácida paz en sus pechos; rectitud en todas sus acciones; en su trato sencillez suma y confiada franqueza; en sus maneras una amable naturalidad. Las madres son pastoras, las hijas pastorcillas, los hombres labradores y pastores. En sus cabañas rústicas les espera de noche un dulcísimo sueño; de dia la jóven naturaleza los tiene embebecidos con la graciosa variedad de sus flores, con la perspectiva halagüe-

ña de sus cascadas sonoras, con la abundancia de sus producciones sabrosas, con el regalo de sus delicadas frutas, con el blando susurro de sus arroyos, con la grata armonía de mil y mil cantoras avecillas. El rey, el sacerdote, la autoridad suprema es en cada familia el mas anciano. Los nietos tienen mas de 100 años, los hijos mas de 300, los padres han visto nacer encinas que cuentan ya siete siglos. Gallarda es la elevacion de su estatura, porque la especie humana todavía no está gastada, y ha salido majestuosa de las manos de su Hacedor.

Los campos, donde habita la descendencia de Seth, están poblados de viejos, porque los vicios aún no han acelerado el paso de la muerte. Mas la

pesada mano de los siglos ha inclinado sobre sus pechos las cabezas meditabundas, ha prolongado hácia arriba las arrugadas frentes, dándoles mas grados de majestad en vez de los cabellos de que los despojára como al árbol frondoso el viento del otoño; ha emblanquecido sus barbas venerandas, ha descarnado y hundido sus mejillas, y ha puesto temblorosas sus piernas y sus manos. Su conversacion con el cielo, sus virtudes acendradas y lo apacible de su vida, que les han dado el renombre de hijos de Dios, los harian completamente dichosos, si fuera posible hallar completa dicha en la mansion de los dolores. En medio de la placidez y dulzura de sus semblantes augustos, dentro del alma tienen un mundo de desengaños, un recóndito

hastío de la vida, un desapego á la tierra, una profunda tristeza, una amarga memoria de la felicidad perdida en el pecado de Eva.

El contesto de las sagradas páginas me da lugar á figurarme esto y mucho mas. Se me figura ver á ese pueblo antidiluviano sentado al pie de los tristes árboles de un bosque, á la hora en que las sombras de la noche acaban de extenderse y asoma el melancólico rayo de la luna, que deja entrever las canas de innumerables cabezas de ancianas y de antiquísimos ancianos. Rodeado de ellos figúraseme ver á nuestro primer padre Adán, que con voz lúgubre, ahogada por sus sollozos, les cuenta las delicias de su inocencia perdida, lo funesto de su culpa, lo agudo de su dolor, la inmensidad de

su presente infortunio. Levántase á las estrellas un tristísimo suspiro de toda aquella generacion que le escucha; y él, penetrado del mas vivo pesar, pero conteniendo sus lágrimas por consolarla, en tono menos aflictivo recuerda con fervoroso entusiasmo la promesa de un Salvador y la victoria que una hija suya alcanzará de la sierpe; pide perdon humilde á Dios y á sus llorosos descendientes, y los exhorta á la paciencia y á todo género de virtud.

Sí; todo su consuelo les viene de sus virtudes, de su esperanza en el futuro Redentor, de la misericordia inagotable de aquel en cuyo amor y servicio viven tan larga vida.

Uno hay entre ellos, á quien puedo llamar el fenómeno de la vida y de la muerte; todo en él es misterioso y ex-

traordinario: las ideas que excita su nombre son de un órden muy alto, pero indefinible, tienen un claro-oscuro admirable; con ellas se halla el entendimiento como abrumado; el corazon no respira, porque no siente ni ve con claridad, y goza no obstante del espectáculo singularísimo; la imaginacion vuela y se pierde, y se complace en contemplar de nuevo la maravilla. Un personaje de aquel tiempo que anduvo con Dios 365 años sobre la tierra, no ha descendido á las entrañas de esta como los demás hombres; aun vive y desapareció, y su destino es sublime, y fué arrebatado por Dios..... ¡Hombre de cinco mil años! ¿Adónde estás? ¿Cuál es tu ocupacion inefable? ¿Adónde estás, Henoch? ¿Con que la muerte te ha de respetar hasta el fin

del mundo? ¿Con que el principio de tu historia se escribió por Moisés en el desierto, y tus postreras hazañas se escribieron en Patmos por el Águila del nuevo Testamento? Parece que eres el primero y el último eslabon de la Escritura, el primero y el último predicador de los mortales, el primero y último trueno de Dios.

Atendida la volubilidad de los hombres y la instabilidad de las cosas humanas, fué admirablemente largo el tiempo de 1200 años, poco mas ó menos, que reinó la virtud en la progénie pacífica de Seth. Rompióse el valladar que la separaba de la de Cain, y del enlace de los hijos de Dios con las hijas de los hombres nacieron los gigantes, de fuerte brazo, ojos de ira, mano opresora, frente altiva y corazon im-

pío. En la estatura como torres, en la torpeza semejantes á Asmodeo, como el trueno en la voz, como la tempestad en el furor, parecidos en la devastacion á un ejército bárbaro, en la tiranía á los verdugos del cristianismo, y en las maldades al mismo Lucifer. Su iniquidad llamó contra sí á las nubes del firmamento é hizo á los mares dar horrendos bramidos de indignacion. Dios hace una señal, y las ondas se suben sobre las cabezas de los gigantes, y despues de haber paseado sus iras sobre la muchedumbre de sus cadáveres, enmudecen de espanto y quedan como estáticas sobre un mundo de ruinas. Tal la muerte mientras lucha con el enfermo, agitándose convulsiva y furiosa forma un sordo y ronco estertor en la agonía; pero al instante

que ha triunfado de su víctima, calla de pronto, y sentándose sobre ella, guarda profundo silencio y permanece horrendamente inmóvil. No de otra suerte el diluvio domina silencioso. Si á los cincuenta dias el espantado sol pregunta por esa raza de gigantes, cuya estruendosa y amenazadora vocería estábale atronando, no oye una voz ni un murmullo que le responda; si la busca con sus cien ojos, no ve mas que un mar tendido con tranquila y fúnebre majestad sobre un mundo difunto.

¡Qué pavor! ¡Qué espectáculo!.... Razon tuve para decir que en los primeros capítulos del Génesis me parecia ver lo que, atendiendo á la grandeza y sublime novedad de los objetos, puede llamarse poético, sorprendente y divino.

CAPÍTULO III.

El corazon humano y la familia.

La Historia Sagrada ofrece un género de belleza, que ciertamente no se encuentra en ninguna otra: belleza de un interés tan universal, que para gustarla basta tener corazon; belleza indefinible, y que puede considerarse fuera de la jurisdiccion de los retóricos, por mas que con fina y minuciosa filosofía hayan recorrido el vastísimo círculo de lo bello. Tal vez dirá alguno que se halla en la novela, en la comedia, en la trajedia y aun en el poema

épico; pero estaré muy lejos de convenir con él en que allí tenga toda la gracia, todo el primor, toda la delicadeza, toda la sencillez nativa y constante verdad con que el Génesis inimitable nos pinta la familia y los humanos corazones. El encanto que produce esta pintura es mas entero, si cabe expresarse de esta manera, porque no hay aquí estudio ni artificio de ninguna clase como en la novela y poesía dramática. Aquí los caractéres no son obra del ingénio, que ha trabajado por darles uniformidad y realce.

¡Quién sabe cuán poderoso talisman se encierra en la idea de que aquello mismo que tanto nos cautiva y deleita, no se ha escrito con el intento de cautivarnos ni deleitarnos! ¡Quién sabe cuánta es en el órden literario la fuer-

za de la realidad y las inmensas ventajas que lleva á lo fingido! Ni hay cómo ponderar el hechizo y placer que se siente hallando esas singulares bellezas propias de la poesía de los Homeros y Teócritos en una historia, en una obra dictada por el Espíritu Santo, estudio de todos los siglos, maestra de todos los sábios, fuente de toda santidad, océano de doctrina que se ha extendido en mil y mil rios caudalosos, tesoro de la sabiduría eterna, fundamento adorable de nuestra religion, y venerada por todas las naciones con el acatamiento debido á su divinidad...

Convienen todos en que la historia, generalmente hablando, no dá á conocer á fondo los ilustres personajes, cuyas hazañas refiere; por lo cual las

biografías han ocupado en todos tiempos un lugar muy distinguido, como necesarias para completar el retrato de los hombres, que por lo regular en aquella no descubren mas que un lado, mostrándose como entre nubes y á medias, sin que haya de extrañarse que asi suceda, pues la Historia solo trata de la parte que tienen en los negocios públicos. Si alguna vez reproduce las estudiadas arengas de sus héroes, casi nunca conserva aquella candorosa efusion de sentimientos, aquella palabra no meditada, aquel primer ademán tan involuntario como expresivo con que facilísimamente se nos revela un corazon sin doblez. Pero este aun en las biografías está muy lejos de pintarse tan al vivo como en la divina Escritura, porque aquellas se

escriben por hombres de vista escasa y turbia, que no han presenciado toda la vida que es objeto de su narracion, y no tienen la frescura, ni la ingénua y maravillosa naturalidad de los encantadores cuadros del Génesis.

Mirad al respetabilísimo patriarca Abrahám: miradle, que es muy digno de verse un anciano tan noble y generoso. Con su valor y con el de sus gentes ha triunfado del rey de los Elamitas, y libertado de la opresion las ciudades de la Pentápolis; el rey de Sodoma, que era una de ellas, se empeña en regalarle el rico botin debido á su triunfador esfuerzo. Abrahám se niega absolutamente á recibir ni una hilacha, y responde con entereza: «Levanto mi mano, y juro por el Señor Dios Altísimo, poseedor del cielo

y de la tierra, que no recibiré nada de lo tuyo, para que no digas: yo he enriquecido á Abrahám.» Esto de levantar la mano al cielo, poniendo á Dios por testigo de su generoso desinterés, nos hace leer el corazon heróico del anciano; nos le representa con admirable energía y naturalidad; le estamos viendo delante de nuestros ojos, el rostro augustamente grave, el pecho levantado con la confianza en lo inmóvil de su resolucion, firme y sonora la voz, y abiertas de par en par las puertas del corazon inocente.

Con cerca de un siglo no sabia callar nada ese venerable patriarca. ¿No diríamos que era una franqueza demasiado pastoril ó muy militar el expresarse de esta suerte: «para que no digas: yo he enriquecido á Abrahám:»

dando á entender que no todo era virtud donde tambien al amor propio le cabia alguna pequeña parte? Pues esa franqueza bellísima es la que me encanta en los hombres de aquellos tiempos, en que no se conocian tantos cumplimientos y disimulos diplomáticos. Aun ahora por librarse de ellos se van con mucho gusto los mismos cortesanos á pasar un par de meses en la aldea, entre gentes sencillas, que hablen con el corazon y que no mientan con tantas cortesías.

Distínguese igualmente por su naturalidad la timidez, con que el mismo patriarca hablaba al Señor interceciendo por Sodoma, y recelando abusar de la divina bondad, que accedia repetidas veces á las condiciones de su ruego para que perdonase á la ciudad nefan-

da. «Hablaré, dice, á mi Señor, ya que he empezado á hablarle yo que soy polvo y ceniza;» y por último, despues de haberle importunado mucho: «ruégote, Señor mio, que no te enojes si aún no ceso de hablarte. ¿La perdonarás si no hallares mas que diez justos en Sodoma?» La belleza á que aludo consiste en que, atendidas las circunstancias, el corazon de Abrahám se expresó, como debia hacerlo, con esa confianza tierna y humilde reverencia, que respira todo su largo coloquio. Para derramar un poco mas de luz sobre este punto, indicaré que lo que se llama artificio oratorio ó retórico lo posee el corazon instintivamente, incurriéndose en notable impropiedad cuando no se siguen las inspiraciones de ese sábio instinto.

La historia de los patriarcas es la bella historia analítica de la familia y el panorama de nuestro corazon: aquella se presenta en todas sus fases, es decir, que figuran en ella toda clase de personas, pastores y reyes, amos y criados, viejos y niños, madres é hijas, casadas y solteras; aquí aparecen riendo, y luego lloran un poco mas allá; unas veces asistimos al nacimiento de un niño, cuyo nombre significa hijo de risa (1), otras al de un infante, cuyo nombre significa hijo de mi dolor (2); en todas partes vemos el crímen al lado de la virtud, la felicidad al lado de la desgracia, y por do quiera advertimos que la vida del hombre

---

(1) Isaac.
(2) Benoní.

es una cadena, cuyos eslabones son el regocijo y el disgusto alternativamente colocados. Es muy grato observar á tanta distancia de nuestros tiempos lo que ahora mismo pasa por nosotros; y no deja de ser dulcemente consolativo el seguir con nuestros ojos por un sendero de espinas á la llorosa y peregrina virtud conversando con Dios acerca de sus dolores, y marchando segura bajo su egida omnipotente por medio del emboscado ejército de los amargos sinsabores de la sociedad humana.

Abrahám, Sara, Agar, Isaac, Jacob y la querida Raquel son una escuela, donde pueden tomarse muchas é interesantes lecciones de lo que es nuestra vida: son el espejo de nuestra vária é inconstante suerte; son como

nuestro libro de memorias, donde hallamos apuntado lo que oimos y vimos en diversos paises y en circunstancias de patético recuerdo; son el curioso archivo de los secretos de esta y esotra familia, que tal vez conocemos. ¡Qué no hay allí de amores felices é infelices! ¡Qué no hay allí de caseros disgustos! ¡Qué no hay allí de intrigas, por ejemplo con ese Labán tan malo como astuto! ¡Cuántos viajes, y en ellos cuántas aventuras! ¡Cuántos abrazos entre parientes que no se habian visto en mucho tiempo, ó que se veian por primera vez! ¡Cuántas enemistades y reconciliaciones! Cuántos nacimientos de niños, en los cuales cómo que se nos obliga á tomar parte en la alegría de sus madres! ¡Cuántas muertes de personas que se habian

captado nuestro cariño, y á quienes no habíamos perdido de vista desde su cuna al sepulcro, en que mezclamos nuestro llanto espontáneo con el de sus hijos y esposas! ¡Cuán pintorescos matrimonios! ¡Cuán vivos y animados coloquios! ¡Cuán inesperados desenlaces! ¡Cuán graciosas ocurrencias! ¡Cuán lamentables catástrofes!

Entre tanta muchedumbre y diversidad de escenas, todas interesantes ¿en cuál fijar los ojos? ¿Cuál ofrecer por muestra? ¿Á Isaac temblando bajo el brazo de su padre levantado para inmolarle? ¿Ó bien al mismo Abrahám, cuando poco antes le preguntaba su idolatrado Isaac: «¿Padre mio, cuál es la víctima?» ¿Á Lot viendo que su mujer se hiela repentinamente y se vuelve estátua de sal, y al mismo

tiempo á Sodoma convertirse en un infierno de llamas? ¡Ah no! Porque semejantes espectáculos dicen demasiado por sí mismos. Dejemos todo lo grande y sublime, no hagamos mencion de los sucesos mas admirables; callemos ahora los nombres de tantos ínclitos Patriarcas; pasemos por alto los hechos mas celebrados; no hablemos de Lia ni de Thamar, ni tampoco de Dina, que como la Elena de los griegos fué causa de una furiosa venganza, que inundó en sangre una ciudad, cubriéndola de atrocísimos horrores. Fijémonos en una esclava infeliz, en Agar, cuyo nombre va unido por dos veces á la idea de la angustia en la soledad de un desierto.

Cuando á la generacion muerta en el diluvio iba sustituyéndose otra ge-

neracion; cuando la poligamia, ilícita de suyo, se veia justificada por las extraordinarias circunstancias del naciente pueblo de Dios y permitida por el soberano Legislador de la naturaleza, sintiendo Sara que por su estéril vejez no se cumpliesen las divinas promesas hechas á su marido, le propuso que tomase en lugar suyo por esposa á su jóven esclava. El corazon de Abrahám saltaria de regocijo al advertir que en el seno de su nueva consorte habia ya un heredero de las grandes bendiciones del cielo. Sara miraria cual suyo el fruto de su esclava; ya la cansada esperanza de ambos habíase vuelto dichosa realidad. Pero la pacífica alegría y la rencillosa poligamia ¿pudieron verse juntas? ¿Será durable la dicha de esa familia? ¿Re-

sistirá Agar á la tentacion de vanagloria y de orgullo? ¿No abusará de su encumbramiento? ¿En su nueva posicion tratará á su señora con el respeto que antes?.... Ella, viendo que habia concebido, despreció á su señora, dice el sagrado texto. Sara no lo sufre, y reconviene á Abrahám de culpa que no es suya con la acritud del dolor mas acerbo, calificando de inícua su conducta y citándole ante el formidable tribunal de Dios.

Creo que en el proceder de estas dos esposas se pinta á maravilla la delicada flaqueza del corazon humano, y en especial la del corazon de la mujer. Mas generosa, mas sensible y amante que los hombres, se vencerá á sí misma é inmolará hasta su buen nombre y su fortuna en las aras de su

amor y de su dulce bondad, como si no le costáran nada los mas heróicos sacrificios. Lo habreis observado en Sara cuando, para consuelo de su querido Abrahám, é impelida por el vehemente deseo de que se cumpliera la promesa divina, subia á una esclava al tálamo de su propio esposo. Muy acendrada debe ser su virtud si ha de estrellarse en ella la lisonjera tentacion de la vanidad, que engendra orgullo, hace olvidar antiguas consideraciones, y sombrea en las miradas el desdén y el menosprecio, como es fácil notarlo en el porte de Agar con su señora. El corazon de la mujer es sumamente delicado; la mas ligera ofensa abre en él una llaga profunda; su sensibilidad es en extremo esquisita; exaltada su imaginacion mas que la

del poeta, ve por do quiera un abismo, ve todo lo que quiere ver su sentimiento fogoso, su lenguaje es de fuego, sus palabras son rayos; dirígese á la persona que amaba, como un leon á su presa, sus imprecaciones van por lo regular acompañadas de un candor infantil y de una inocente franqueza, y en tal situacion muestra todo lo vivo, lo ligero y flaco de su sexo. Sara enfurecida con su esposo por la culpa de Agar es un ejemplo de ello.

¿Quereis ver ahora en gran conflicto el corazon de un padre de familia? Considerad el de Abrahám. No puede menos de amar tiernamente á la que le ha dado en su ancianidad el primer hijo; y ve por otro lado que la justicia está de parte de Sara que es su hermana y su primer esposa, es el ama

de la casa y la que toda la vida ha reinado en su cariño, cariño tan antiguo y de tal condicion que el santo Patriarca disimula con doloroso silencio y compasiva bondad la amargura de su alma, al oir que injustamente le injuria su anciana y afligida consorte; no se resuelve á castigar por sí mismo á su querida Agar, ni á negarse á lo que de él exige la exasperada Sara. ¿Cómo obra en tales casos el corazon humano? Preguntádselo á Abrahám. Lucha con dos amores fundados ambos, cada cual por su estilo, en la misma naturaleza. Poneos en lugar del anciano marido con un corazon recto, bondadoso y amante, y es natural que resolvais del mismo modo que él, poniendo en manos de Sara el castigo de Agar. *Ecce ancilla tua in*

manu tua est; utere ea ut libet. Es tu esclava, haz lo que quieras con ella, contesta el estrechado Abrahám. Calmar por de pronto á Sara del modo mas fácil para salir del apuro, sin disgustarla ni agraviar personalmente á Agar, quedar bien en lo posible con ambas, he aquí lo que se proponia Abrahám.

Sin embargo, séame permitido dudar de que fuese muy acertada su determinacion, pareciéndome que tal vez hubo algun poco de imprudencia en autorizar tanto el airado resentimiento de Sara, que naturalmente no habia de contenerse mucho en los límites de un razonable castigo. Sea lo que fuere de esto, él cedió su derecho de amo de casa y juez nato de la familia por evitar compromisos, y el resul-

tado produjo extrema consternacion. Sara afligió á Agar hasta hacerle tomar la desesperada resolucion de huir, no solo de aquella casa insufrible sino hasta de aquel pais.

La mísera ha desaparecido sin confiar á nadie el secreto de su fuga, llevando en sus entrañas el objeto de los suspiros de Abrahám; y mientras este llora desvanecida su esperanza y tiene el rostro cubierto con el sombrío velo de una amarga y profunda tristeza, mientras la estéril Sara no se atreve á mirar al angustiado Patriarca, avergonzada por ser ella la causante de tan dolorosa situacion, la fugitiva y desvalida Agar suspira en un desierto. En el abismo de tribulacion en que se hallaba debió volver los ojos á Dios, que es tierno padre en la hor-

fandad y en el solitario desamparo. ¿Y adónde está ese Dios para una infeliz esclava en un desierto? Encuéntrase en la soledad y cerca de una fuente con el ángel del Señor, que llamándola por su nombre, le dice: «¿De dónde vienes y á dónde vas?» Agar le confía el dolor de su corazon con la cándida ingenuidad de un niño. Y el ángel del Señor á ella: «Vuélvete á tu señora y humíllate bajo su mano.» Y luego le habla de lo que será el hijo, que lleva en sus entrañas; y ella, lejos de decir palabra sobre aquello de volverse á la casa de que habia huido, y del duro sacrificio que se le impone de humillarse á su señora, obedece al momento y se muestra sobremanera consolada, expresando su ternura, su agradecimiento, su nueva tranquili-

dad y su copioso consuelo con una admirable elocuencia de corazon: «Tú el Dios que me has visto.» Esta es la frase de su desahogo fervoroso, es la única que explica profundamente lo que ha pasado y pasa por su alma. *Tú el Dios que me has visto,* este es el nombre con que en adelante quiere invocar y llamar á su adorable Consolador. No encuentra otro mas propio para confesar la infinita bondad, con que Dios la ha mirado y socorrido en su desamparada tribulacion. El ángel desaparece, y ella queda atónita, y al pozo que estaba allí inmediato le da el nombre de pozo del que vive y me vió.

No á todos será dable comprender todo lo que hay aquí de patética sublimidad y poético misterio. Es preciso

haber palpado lo que es la tribulacion en toda su inmensidad sombría, haberse hallado en soledad espantosa, saber todo el conflicto de una mujer sin amparo y con un hijo en las entrañas hambrientas; es preciso haber pasado como por encanto de la angustia terrible á la paz del consuelo; preciso es haber estudiado al corazon en su vida sentimental, siguiéndole en su luz y en sus tinieblas, en su desmayo y en sus rápidas resurrecciones; preciso es haberse penetrado de la maravillosa eficacia con que obra la presencia de un Dios; preciso es ir con Agar al desierto para dar el debido valor al mérito de esta escena considerada literariamente, porque en medio de este mundo no es posible formar cabal idea.

Cansaria demasiado si me detuviese á decir por qué tienen para mí un encanto dulcísimo estas sencillas palabras, que respondia Agar: «Voy por este desierto huyendo de mi señora.» Haria perder mucho tiempo á los lectores si me propusiese indicar por qué me admiran tanto la taciturna sumision de Agar á lo que el Señor le manda, la profecía del ángel, y la conclusion del capítulo en que esto se refiere. Quien tenga un corazon finamente dispuesto á percibir las delicadas bellezas del sentimiento, por sí mismo mejor que con mis observaciones gustará de las del mencionado pasaje, si lee saboreándose el original divino.

Excitada la curiosidad con tan interesante suceso, estará esperando

ansiosa saber cómo volvió Agar á casa de su señora, y la alegría que causase su vuelta, y las palabras que se profiriesen por unos y otros en tan crítico momento. Pero todo esto lo pasa por alto el historiador sagrado, que al parecer deja incompletos muchos cuadros para mostrar que no escribe al modo de los mezquinos mortales. Nadie como él posee el gran secreto de contenerse con la pluma en la mano. No era propio de la divina majestad de la Biblia el describir lo que, no siendo de muy alto interés, pudiese inferir ó conjeturar el humano entendimiento. Mas diré: para mí la forma de su narracion es una luminosa prueba de la divinidad de la Escritura. No escriben así los hombres. Solo al que ve girar á los planetas como

menudo polvo debajo de su planta, solo al que ve pasar los siglos por debajo del trono de su eternidad, cual pasa el levísimo céfiro bajo la copa de gigantea encina sin conmoverla, solo al omnipotente Altísimo es dable no mostrar nunca el mas mínimo asombro ni antes ni despues de referir las obras mas estupendas de su creadora omnipotencia. La ira, que llovió fuego sobre las cinco ciudades de Pentápolis; la muerte del antiguo mundo en el diluvio; la creacion repentina de multitud de lenguas, é involuntaria por parte de los mismos hombres, que las improvisaron en la torre de Babel; mil y mil otros prodigios, cuyo solo recuerdo basta para exaltar nuestra fantasía y dar á nuestras palabras una animacion desusada, nárralos él con

una sencillez tan sin igual y una tranquilidad tan admirable, que mientras mas las contemplo me van asombrando mas y mas. El epifonema, sentencia ó reflexion mas ó menos terminante ó disfrazada, es muchas veces tan íntimamente natural en el discurso del hombre, que me aventuraria á juzgar que tiene algo de sobrehumano el no hallarla al pie de las narraciones mas grandiosas del Génesis.

¿Quién diria que en esta primer escena de Agar en el desierto no indicase el sagrado libro ni con una palabra el dolor de aquella mujer de infortunio? ¿Y por esto, faltará algo á la idea, que nos ha dado de su extraordinaria desolacion? Al concepto que de ella tenemos ¿qué añadiria con las mas lúgubres exclamaciones? Este en-

cantador secreto de comunicar las ideas y los sentimientos mas patéticos con tanta llaneza, con tanto sosiego, con tan breves palabras, sin calor ninguno en la expresion, y sin dar nunca la menor señal de que el historiador divino se halla poseido de aquella conmocion inseparable de lo patético, es cosa exclusivamente propia de la obra dictada por la Sabiduría eterna para enseñanza y admiracion de todas las naciones.

Pero volvamos á Agar. En casa de Abrahám, cuando ya pesaban sobre el patriarca 86 años, dió á luz á ese niño, que parecia nacido para el desierto, y púsole el nombre de Ismaél. Poco despues nació en la misma casa otro niño, Isaac, hijo de Sara y de Abrahám. Crecian y jugaban juntos.

Pero los rudos juegos y malos tratamientos de Ismaél eran para el otro niño, mucho mas tierno, frecüente causa de llanto. Sara, no pudiéndolo llevar en paciencia, dijo resueltamente á Abrahám: «Despide á esa esclava y á su hijo, pues el hijo de la esclava no ha de heredar juntamente con mi hijo Isaác.» El Patriarca, profundamente consternado y perplejo, corrió á buscar á Dios en la oracion, á mostrarle la acerba inmensidad de su conflicto, y á pedirle luz y consejo en tan árduo negocio. El Señor se dignó iluminarle, pero de un modo terrible para su paternal corazon. Ese padre anciano, de entrañas tan compasivas, que no puede ver á un peregrino sin abrazarle, sin llevársele á su tienda, sin obsequiarle y sentarle á su mesa,

¡ay dolor! ¿ha de arrojar de su casa á su esposa y á su hijo? Dios lo quiere. Los juicios de Dios son muy altos, muy rectos y adorables..... Toca á su fin aquella cruel noche. Abrahám se levanta al amanecer, toma un pedazo de pan y un odre de agua, pónelo en las espaldas de Agar, le entrega á su hijo, y la despide.....

Ella, errante, en solitario desierto, consume el agua que llevaba, y viendo que el pobrecito Ismaél pálido desfallecia de hambre y de sed, le deja bajo de un árbol, y va á sentarse no lejos, y llora á voz en grito, y el niño llora y llora. La madre protesta que no tiene corazon para verle morir, y por eso se ha apartado de él; pero tampoco tiene entrañas para perderle de vista, y se rinde á la fiereza de su

dolor, y se entrega á su duelo, á su llanto y desolacion, esperando la muerte con un abandono de inexplicable amargura.

Así el guerrero herido mortalmente en la batalla, retirándose de ella con la mano en la llaga, camina á paso desigual, incierto y débil; sigue corriendo su sangre, y él en tanto aún se arrastra con dolor y languidez; pero bien pronto al sentirse desfallecer, se deja caer pesadamente al suelo, y medio reclinado sobre el tronco de un árbol, ya no pide socorro, ya no contiene la sangre de su herida; tiende el brazo y el cuerpo abandonadamente, y con horrible tranquilidad se pone en las crueles manos de la muerte. De semejante modo estaba Agar, cuando el Dios de toda miseri-

cordia le envió un ángel, que le mostró una fuente, cuyas frescas aguas apagaron la sed y volvieron la vida á la madre y al hijo agonizante.

CAPÍTULO IV.

Amenidad y continuacion de las observaciones acerca de la familia y el corazon humano.

La amenidad es una de las cualidades, que hacen interesante y recomendable una obra, convidan á leerla, y derraman en el ánimo una apacible delicia. Muchas veces es sinónimo de belleza y ornato, lo cual indica que envuelve en sí ó al menos tiene estrecha conexion con las ideas de adorno y de hermosura. Este parentesco forma su panegírico, y contiene los títulos de su nobleza, haciéndola muy

acreedora á nuestro aprecio. Pero si la amenidad estuviese cifrada únicamente en lo bello y en lo galano, no seria tan extenso el círculo de su dominio. Así, pues, vémosla tambien expresar todo aquello en que hay algo de alegría, jovialidad, gracia ó donaire.

Para manifestar que á la historia sagrada no le falta este género de encanto, no necesito salir del Génesis ni de las poquísimas páginas, que en el capítulo anterior fueron el blanco de mis observaciones sobre la familia y el corazon humano, que continuaré en este, presentando como ejemplos de grata amenidad varias escenas de familia, á las cuales puede convenir cuanto allí dejo indicado.

En lo mas caluroso del dia estaba

sentado Abrahám á la entrada de su pastoril tienda, situada por entonces en el célebre valle de Mambré, cuando al divisar tres jóvenes peregrinos se levantó, corrió á saludarlos, y les suplicó que descansasen á la sombra de su árbol, convidándolos á comer con una generosidad cordial, franca y sencilla. Eran ángeles los tres peregrinos, y ocultándolo con su disfraz, aceptaron el obsequioso convite. Corre á su tienda Abrahám, y dice á Sara: «Prepara »pronto tres panes de la mejor hari»na.» Y luèго va á toda prisa adonde está el rebaño, coge un becerrito tierno y de carne muy blanda y delicada, mándalo asar á uno de sus criados, que en un momento lo arrima al fuego y lo deja ricamente tostado; mientras el amo mismo les ponia la

mesa rústica bajo del árbol, y en ella la mantequilla fresquísima y la espumante recien ordeñada leche.

Comieron los huéspedes, y se regalaron mas que con la comida, con la bondad agasajadora de aquel hospitalario anciano: preguntáronle por su mujer, que afanada en disponer las cosas no se habia presentado; el patriarca respondió que estaba dentro de la tienda. «Pues bien, replicó uno »de ellos, el año que viene volveremos »por este mismo tiempo, y Sara ten»drá un hijo.» Esta que lo oia desde adentro, rióse interiormente, porque era ya muy vieja para pensar en hijos, y si ella era vieja, mas viejo era el marido. Y el ángel, á quien se da el nombre de Señor, dijo á Abrahám: «¿Por qué se ha reido Sara? ¿Hay algo

difícil para Dios?» La mujer de noventa años, viendo que aquellos huéspedes eran algo mas que peregrinos, pues adivinaban lo que no habian podido ver ni oir, se asustó y negó haberse reido. Y el ángel á ella: «No, no es así, tú te has reido.»

Si no me engaño, este pasaje es sumamente ameno, concurriendo en él cuantas circunstancias puedan imaginarse para hacerlo gratísimo y festivo. Una comida en el campo es uno de los mayores placeres de la vida; bajo la sombra de un árbol vale un bocado ordinario mas que el mejor plato de la mesa de los reyes. Á esta especie de mágia que tiene un banquete campestre, añádase el encanto que causa la vista de un patriarca de cien años, corriendo de un lado á otro

con afán amoroso, puestas en ligero movimiento sus ya pesadas piernas. Allí no hay cumplimientos, ni guarda cada cual su puesto temiendo rebajarse: los ángeles toman leche y mantequilla: Abrahám, señor de tantos criados, no se desdeña de servirles él mismo trayendo en sus propias manos el becerrito asado. Pero no piense alguno que se degradan Abrahám y los príncipes del cielo: la majestad de estos y la majestad de los años se embellecen á mis ojos mostrándose en una forma tan humilde y tan apacible. Su alteza, la misma divinidad que representan, y la suprema importancia del personaje que han venido á visitar, revélanse en la magnífica promesa y profecía de sucesion. Á este cuadro, que de pintoresco y sencillo

va pasando á ser sublime, le da la oportuna risa de la nonagenaria Sara un colorido de imponderable gracia.

Efectivamente que es cosa muy singular ver reir á una vieja de sus años, y mas por el motivo que rie. Esto es pintar al vivo y con bellísima naturalidad las primeras impresiones del corazon humano, es seguirle hasta en sus mas leves y rápidos movimientos. Bajo este aspecto tiene un mérito indecible el breve altercado de Sara con los ángeles. ¡Qué bien denota lo irreflexivo de nuestro corazon en lances imprevistos! ¡Qué bien muestra cuán facilmente se turba! El negar Sara que se habia reido fué querer ocultar una culpa de que se veia reprendida, y fué una insensata tontería, pero muy natural, muy pro-

pia del flaco, conturbado y temeroso corazon. ¡Ó vosotros que os preciais de conocer el corazon humano, id á estudiarlo en la Biblia, y confesareis que ningun libro del mundo lo ha pintado mejor!

No nos despidamos de Sara sin presenciar otra aventura suya de muy distinto carácter. Habíala llevado Abrahám á Gerara, encargándole que no hiciera papel de esposa sino de hermana, pues lo era por parte de su padre: el rey de aquel pais se prendó de la hermosura, que aún conservaba en edad tan avanzada, y creyéndola soltera, mandó que la llevaran á palacio. Pero Abimelech, que asi se llamaba el monarca, procedia con rectitud y engañada inocencia. Dios que velaba por Abrahám, por Sara y por

él, no permitió que por ignorancia incurriese en un pecado gravísimo. Se le aparece en sueños en medio del silencio y horror de la alta noche, y dice al rey: «Morirás por la mujer que has tomado, porque tiene marido.» Abimelech se levanta sobresaltado, reune á media noche á sus áulicos, les refiere lo que le ha acontecido, y se apodera de todos ellos un religioso espanto. Abrahám es llamado á palacio, y reprendido por el rey con particular vehemencia por haber ocultado que Sara fuese su esposa. Discúlpase Abrahám con sencillez y dignidad. El rey, habiéndose reportado algun tanto, regala á los esposos una multitud de ovejas y de bueyes, de esclavas y de criados, y por último dice á Sara al despedirlos: «Estas mil monedas de

plata que doy á tu hermano, son para que lleves un velo delante de los ojos á cualquier parte que fueres; y acuérdate de lo que te ha pasado (1).» Luego Abrahám hizo oracion, y Dios sanó á Abimelech, á la reina y á sus esclavas, y dieron á luz.

La extrañeza de este suceso, la amenaza de Dios, cuya solicitud es aqui muy notable, la sorpresa de Abimelech, los efectos de su nocturno sobresalto, la noble pureza y generosidad de su corazon, su viva altercacion con Abrahám, y sobre todo su regalo para el velo, tienen un no sé qué dulcemente sublime, que deja una miste-

(1) Este velo por la cara parece que, al menos en aquel pais, era señal de mujer casada.

riosa conmocion y una especie de grato arrobo en el ánimo de los lectores. Aquí hay suma belleza, porque hay misterio, porque hay enredo, porque hay afectos en movimiento, porque hay grandeza de alma en ese rey, porque hay interlocutores muy nobles é interesantes, porque hay situaciones críticas, porque hay desenlace inesperado, parque hay tránsito de la quietud del sueño á la pavorosa agitacion de un rey y de un palacio, y esto causado por un Dios aparecido; y por último, de tan medroso alboroto se pasa velozmente á la sobrenatural y plácida curacion de la régia familia. No insisto en que el sobresalto y todo el proceder de Abimelech es una hermosa pintura del corazon de un justo, que por ignorancia ó sorpresa estuvo á

pique de caer en detestable pecado; y omito otras muchas reflexiones para volver los ojos á una escena en que todo respira sumo candor, muchísima buena fé, confianza en el Altísimo, santa paz y graciosa amabilidad.

Abrahám desea dar á su querido Isaac una fiel esposa adoradora del verdadero Dios. ¿Mas dónde hallarla en el pais idólatra que habita? Será preciso buscarla en muy lejanas tierras. Llama, pues, de acuerdo con su hijo al anciano criado que manejaba todos sus intereses, al antiguo merecedor de su confianza, á Eliezer, cuya honradez y fidelidad habia experimentado por mas de medio siglo; le confia la dificil y delicada mision de ir á su patria y á su casa á traer para Isaac una esposa dignísima de su cariño,

poniéndole por indispensable requisito que sea de la familia y descendencia de Nacor. Le hace jurar con solemne y religiosa ceremonia que así lo cumpliria. Eliezer lo jura, habiéndole prometido Abrahám que el Señor enviaria delante de él á su ángel; y tomando algunos otros criados que le acompañen, y diez camellos cargados de riquísimos presentes de plata, de oro y joyas para la futura esposa, se dirige á la Mesopotamia.

¿Qué han hecho Abrahám é Isaac? Lo que hacen en negocios tan difíciles y de tamaña importancia los verdaderos amigos de Dios; abandonarse á la Providencia, que vela muy particularmente sobre los que la invocan, durmiendo el sueño de una dulce confianza á la plácida sombra de su materno

manto. ¡Cuán divino abandono! ¡Cuán sublime esperanza! «La eleccion de Eliezer será la eleccion de Dios: hemos constituido á Eliezer instrumento de la Providencia divina.» Así discurririan Abrahám é Isaac mientras viajaba el fiel comisionado. Pues de otra suerte ¡qué inquietud tan horrible hubiera sido la de Isaac! ¡Admitir para íntima compañera á una mujer en quien ni una sola vez habia puesto los ojos! «¿Si acertará? ¡Ay, qué será de mí! ¡Para que él acertase le era preciso tener mi propio corazon!» ¡Qué ansiedad! ¡Qué zozobra!... Pues en Isaac no vemos señal alguna de agitacion. ¿Y de dónde nace su extraordinario sosiego? De su firme confianza en la Divinidad ordenadora de todos los sucesos de nuestra vida. ¡He

aquí primorosamente pintado el corazon del justo en el tranquilo corazon del hijo de Abrahám y Sara!

No es menos bella y significativa la pintura de la noble alma de Eliezer. ¿Quién sino la Biblia, quién era capaz de darnos esa magnífica idea de lo que es en una familia virtuosa un buen criado antiguo? La comision de Eliezer dice infinito: dice que de la condicion de criado habia pasado á la de tierno amigo de sus queridos amos; dice que á Isaac cuando niño le cargaria muchas veces en sus brazos y le sentaria sobre sus rodillas, y le llevaria de la mano á solitarios paseos, en los cuales le mostraba todo su corazon el amable niño; dice que era el leal depositario de los secretos del padre y del hijo; dice que Abrahám le miraba

como á báculo de su vejez y de la juventud de Isaac; dice que un excelente criado antiguo, á fuerza de años, de lealtad y cariño, viene á ser con el tiempo como el segundo amo de la casa. Esta fina correspondencia de acrisolado amor entre Eliezer y sus amos es obra de la virtud de éstos, y del que con sus camellos ya ha llegado á los muros de la ciudad de Aran, término de su viaje.

Extranjero en su mismo pais despues de sesenta y cinco años de ausencia, no sabe Eliezer adónde dirigirse; levanta al cielo los ojos y pide que le ilumine, fijando él mismo una señal para conocer la voluntad de Dios en órden á la esposa, que busca para la mano de Isaac. En tanto ve que vienen á un pozo, que

alli habia, una porcion de pastorcillas con sus cantaritos de agua á dar de beber á los rebaños de sus padres. Una parecia la reina de todas ellas por su donosa hermosura. En efecto, era la doncella mas agraciada, mas bella, mas ingénua é inocente que entonces habia en el mundo. Prendado de ella el buen viejo, juzga que es la escogida por Dios, pero la señal ha de decidirlo. Corre á su encuentro cual caminante sediento, y le dice entre esperanzado y temeroso: «Dame á beber un poquito del agua de tu cántaro:» y ella con garbo y cortesía le responde: «Bebe, señor mio;» y al instante bajando el cantarillo, apóyale en su brazo y le da de beber. Para Eliezer los sorbos de esta agua son mejores que los del vino mas esquisi-

to, pues la generosidad de la doncella linda es la señal en que ha convenido con Dios; y no bien habia apartado del cántaro los lábios húmedos, cuando con dulce voz le dice la pastorcilla: «Tambien para tus camellos sacaré agua hasta que todos beban;» y derramando la que le quedaba en el cántaro, vuelve corriendo al pozo á sacar agua, y dá de beber á todos los camellos. Él en tanto la está contemplando de hito en hito como fuera de sí y en gran silencio inundado de la mas pura alegría, y dando interiormente gracias á su divino inspirador. Y en el acto que acaban de beber los camellos, saca un precioso regalo, y ofrece á la jóven como prenda de su gratitud unos pendientes y brazaletes de oro, y le pregunta:

«¿No me dirás quiénes son tus padres, y si podré hospedarme en tu casa?» Llamábase Rebeca, y responde que es hija de Batuel y nieta de Nacor, hermano de Abrahám. Y en cuanto al hospedaje, que su casa es grande, y que de paja y heno hay en ella abundancia. Eliezer al oirla póstrase en el suelo y adora al Señor diciendo: «Bendito el Señor de mi señor Abrahám, que siempre mira á mi Señor con tanta misericordia, y á mí me ha traido en derechura á la casa de su hermano.»

Á contarlo todo á su madre corrió la jóven; y su hermano Labán, oyendo lo que decia y viendo el regalo de los pendientes y brazaletes de oro, voló hasta la fuente en que con sus camellos se habia quedado el anciano

viajero, y le saludó festivamente diciendo: «Entra, bendito del Señor. ¿Por qué te detienes aquí fuera? Preparada está para tí la habitacion y tambien tengo lugar para tus camellos;» y le llevó á su casa, descargó los camellos, dióles paja y heno, y trajo agua para que Eliezer y los que con él iban se lavasen los pies, segun costumbre de Oriente.

Se dispuso la cena y se le presentó el pan; pero él declaró que no probaria bocado antes de explicarse sobre el objeto de su viaje; se le permitió que hablase; y él entonces rodeado de toda la familia, que de sus lábios estaba pendiente, dijo con semblante halagüeño, pero tomando al mismo tiempo un tono como de autoridad y extremada franqueza: «Soy

criado de Abrahám. El Señor ha bendecido sobremanera á mi amo y le ha engrandecido, y dádole ovejas y bueyes, plata y oro, criados y esclavas, camellos y asnos. Y Sara, mujer de mi amo, le dió un hijo en su senectud, y mi señor le ha dado cuanto tenia. Mi señor hízome jurar diciéndome: no tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los Cananeos, en cuya tierra habito, sino que irás á la casa de mi padre, y de entre mis parientes recibirás esposa para mi hijo. Á lo cual yo respondí á mi señor: ¿Y si la mujer no quisiere venirse conmigo? Y me respondió: El Señor, en cuya presencia ando, enviará contigo á su ángel y dirigirá tu camino: recibirás mujer para mi hijo de mi familia y de la casa de mi padre. Estás absuelto del

juramento si llegándote á mis parientes, ellos no te la dieren. Así juré con esta seguridad, y me puse en camino. Ahora, sigue diciendo, llegado hoy á la fuente, de donde acabais de traerme á vuestra casa, hice oracion al Dios de mi amo Abrahám, y escogí una señal que me diese á conocer la doncella destinada por el cielo al tálamo del hijo de mi Señor.» Luego refiere todo lo sucedido cerca de aquella fuente, y la manera maravillosa con que la jóven Rebeca ha llenado cumplidamente sus mas vivos deseos y solícita esperanza, y concluye con estas decisivas palabras: «En vista de tantos prodigios, si estais en ánimo de acceder verdaderamente al anhelo de mi señor, decidmelo; y si no fuere de vuestro gusto el hacerlo, de-

clarádmelo tambien para que á la derecha ó á la siniestra me vuelva.»

Enagenados de gozo y de admiracion Labán y Batuel exclaman: ¡«Dios mismo ha hablado! Nada podemos replicarte contra su divino beneplácito. Ahí está Rebeca pronta á lo que es del agrado de Dios; recíbela y llévatela á ser esposa del hijo de tu amo conforme á la palabra del Señor.» El criado de Abrahám al oirlo, postrándose al vivo impulso de su agradecimiento, adoró al Señor con devocion profunda. Y levantándose inmediatamente, abrió las cajas de regalos que traian los camellos, y desplegando preciosas telas, alhajas y vasos de plata y oro, lo entregó todo á Rebeca cual muestra de las riquezas y del amor de su esposo. Y tambien á su

madre y hermanos hizo ricos presentes. Resuelto y concertado así breve y sencillamente el matrimonio de Isaac con la hermosa Rebeca, la mesa, que se habia puesto para cena del huésped, convirtióse al instante en un convite de boda, engalanándose con manjares mas delicados, y creciendo en dimensiones para que en ella cupiesen todos los festivos parientes de Rebeca, que acudirian á darle el improvisado parabien. Durante el jubiloso banquete Eliezer les hablaria de todas las aventuras, peregrinaciones y fortuna de Abrahám, y en especial de los favores que habia recibido de Dios; mil veces volveria á la dulce conversacion de las bellas prendas y virtudes de Isaac: mil y mil preguntas le harian

Batuel, Labán y la madre de Rebeca, y todos le escucharian con singular alborozo.

Propuso al otro dia el impaciente Eliezer la pronta marcha; mas la madre y hermanos de Rebeca instábanle diciendo: « Déjanos gozar al menos por diez dias de la compañía de nuestra amada Rebeca, y luego te la llevarás.» Y el solícito viejo respondia: «No querais detenerme, porque esta es cosa de Dios, por lo cual no admite dilaciones: dejadme volver á llevar á mi amo tanta alegría.» Y ellos le replicaron: «Llamemos á la niña y atengámonos á lo que ella decida.» Vino la jóven, y se le preguntó: ¿quieres ya irte con este hombre?—Iré, contestó ella, en cuyo corazon, mas de lo que pensaban sus parientes se habia Isaac

introducido con lo mucho que de él habló Eliezer la noche antes. Su madre y sus hermanos hubieron de conformarse, disponiendo que fuese con ella su respetable nodriza: por último, mezclaron sus lágrimas á las suyas, manifestándole cuánto sentian su separacion, y cuánto, cuánto le deseaban todo género de bendiciones y felicidades, y muy especialmente una dilatada sucesion: viéronla montar entre alegre y llorosa en un camello ricamente enjaezado; y con sus criadas ella volvió la brida hácia donde se adelantaba el criado fidelísimo de su buen tio Abrahám.

El viaje fué muy feliz. El prudente Eliezer, acercando muchas veces su camello al de su nueva señora, si echaba de ver en ella alguna nube de

fugitiva tristeza, excitada por la memoria de su madre y de su casa, sabria disiparla con halagüenas pinturas de la felicidad que le esperaba al lado de su esposo, que era regalo del cielo. El corazon le palpitaria á la hermosa viajera cuando el anciano le dijese que ya aquellos eran los campos de la heredad de su esposo, y que de un momento á otro acaso le veria venir á su encuentro; y le palpitaria con mas viveza cuando á lo lejos vió un hombre, que por la nobleza de su aspecto le pareció que podia ser él: el sol se iba escondiendo, y era aquella la hora en que el sol de Rebeca solia salir al campo á meditar. Ella se vuelve al anciano criado, y ¿quién es aquel, le pregunta, que viene por el campo dirigiéndose hácia nosotros? Y

él responde: es mi amo. Rebeca se apea del camello y acto continuo toma su velo y se cubre, bien persuadida de que Isaac apreciaria su candorosa modestia aún mas que su hermosura.

El incomparable criado dió cuenta de cuanto se acaba de referir acerca del feliz desempeño de su delicada comision; y á Rebeca recibió Isaac por esposa, la introdujo en la habitacion de la difunta Sara, y con tal extremo la amó, que embebecido en amarla fué olvidando la llaga, que en el corazon le abriera la muerte de su madre.

Lo particular y encantador en estos lindísimos pasajes de la sagrada historia es que la accion visible de la divina Providencia no pone traba alguna á los corazones de los mismos

actores, sobre quienes obra el influjo de lo alto secreta y suavemente. Todos ellos respiran, por decirlo así, del modo que les es peculiar, y desenvuelven sus mas íntimos sentimientos, los cuales llevan siempre el sello del carácter de la persona cuyos son, y el de las circunstancias en que los produce. Aplíquese esta observacion á cada una de las escenas, y aun á cada una de las palabras de esta amenísima narracion del matrimonio de Rebeca; y en todas ellas se verá resaltar admirablemente esta propiedad asombrosa.

¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de Eliezer cuando da gracias á Dios postrándose para adorarle, primero por el beneficio de encontrarse con la escogida por el Se-

ñor, y luego al oir que su familia entra muy gustosa en el suspirado enlace! ¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de los hermanos y de la madre de Rebeca, que mostrando su entrañable cariño se empeñan en tenerla consigo algunos dias mas! ¡Cuán natural y por lo mismo cuán precioso es aquello de Rebeca cuando pronuncia esta sencilla palabra: *iré!* No dice mas ni menos, porque no puede decir mas ni menos para salir del conflicto en que su corazon se halla: por una parte sus hermanos y su madre instando por gozar algunos pocos dias de su dulce compañía, cuando probablemente ya nunca mas la volverán á ver; por otra su ánsia de conocer al esposo, que ya reina en su alma. ¿De qué palabras se

valdrá para decir delante de su madre que está resuelta á dejarla aquel mismo dia, sin acceder al vehemente deseo de su maternal amor? ¿Á la pudorosa doncella no ha de costar gran vergüenza el confesar que ya ama con juvenil impaciencia al hombre de quien oyó hablar por vez primera en la noche de ayer? ¿Confesar que le ama con preferencia á una madre, que con lágrimas de ternura solicita no perder tan prontamente el delicioso encanto de sus ojos, los cuales como que se apacientan de placer y de amor mirando la hermosura de su hija? ¡Ah! Sin duda alguna Rebeca bajaria los suyos á la sensible pregunta, pondríase colorada, y con voz baja y vergonzosa pronunciaria el *iré*. Menester era buscar la palabra mas

corta..... Para el corazon de la madre habia de ser una espada cada palabra que se opusiera á su anhelo, y era preciso no multiplicar las espadas multiplicando palabras. Solo la de *iré* salió de su palpitante pecho con suave timidez y encogimiento. Pero allí no hubo estudio ni muchas combinaciones; fué el corazon quien la improvisó con tanta maestría.

La sazonada variedad de las escenas es otra de las circunstancias, que amenizan una obra. Que por esta causa sea extraordinariamente amena la historia del antiguo Testamento, es cosa que no necesita probarse; basta haberla leido para convencerse de que ninguna otra la iguala en tan apreciable cualidad. Digo esto admirando con cuán diverso aspecto se presentan

dos matrimonios entre personas de una misma familia y hasta muy parecidas entre sí. El uno es el que acabamos de ver, y el otro el de Raquel, que se halla á muy poca distancia del precedente, no mediando entre ellos nada mas que cuatro de los capítulos del divino Génesis. En ambos es la novia una linda pastorcilla; en ambos es la primer persona, que se presenta á los viajeros y de un modo interesante; la una con su rebaño, la otra con su cantarito de agua en la cabeza; ambas laboriosas, inocentes, sencillas y muy amables; á la una parece que se la cautiva con dones opulentos, á la otra con el afecto; lo uno tarda, lo otro se efectúa en un momento; allí hay buena fé, aquí dolo y perfidia. Rebeca es feliz, Raquel es una esposa

de dolor, porque su vida está sembrada de espinas, aunque su esposo la ama entrañablemente. ¡Cuánto nos duele verla morir de parto en un viaje! ¡Y cuánto mas le doleria á Jacob! Exhalando ya el alma por la violencia de los dolores del parto, llamó á su hijo Benoni, es decir, hijo de mi dolor, y su padre le llamó Benjamin, es decir, el hijo de mi derecha, el querido. Murió, pues, Raquel de parto, y fué sepultada en el camino que conduce á Efrata, hoy Belén.

¡Ay! Aquella misma Raquel graciosa, que hizo asomar á nuestros lábios una sonrisa de aplauso cuando por ocultar los idolillos, que habia robado á su padre, con tanta ligereza y donaire se le ocurrió sentarse sobre ellos cuando éste los buscaba desafo-

rado, y le dijo que no se levantaba por sentirse algo mala.

«Por aquel mismo tiempo murió Débora, nodriza de Rebeca, y fué sepultada bajo una encina al pie de la montaña de Betel, y este lugar fué llamado la encina de los llantos.» Altamente me llama la atencion, mejor diré, me hechiza el hallar este lúgubre y sencillo versículo en la divina Escritura, que no se desdeña de contarnos la sentida muerte de una anciana criada: nos habló de ella cuando vino de Mesopotamia acompañando á la jóven Rebeca, y ahora nos dice que se la entierra debajo de una encina, y que esta encina se llama la de los llantos. ¿Y qué lágrimas son estas? Las que derraman los nietos de Rebeca, que venidos de la Mesopotamia

cobraron tierno cariño á la respetable nodriza de su abuela. ¡Con qué afecto los miraria la anciana, que mas de un siglo habia comido el pan de aquella amada familia! ¡Cuánto cariño! ¡Cuánto dolor! ¡Cuánta ternura! ¡Qué difunta tan amable y respetable! Aquí no hay parentesco que los mueva á llorar. Gratitud de ellos, virtudes de ella, amor antiguo de unos amos jóvenes á una anciana criada. ¡Cuánta poesía de corazon en esa encina de los llantos!

Casi toda la historia de los patriarcas, que para mí es la mejor y mas interesante historia de la familia, casi toda pasa en el campo, entre fuentes, árboles, arroyos cristalinos, ovejas, pastorcillas y pastores, viajes y aventuras patéticas en medio de esa sen-

cillez de paloma, de ese lenguaje de corazon que todos ellos hablan. Esta indicacion bastaria para probar cuán amena es la historia sagrada, si no fuera suficiente prueba recordar que á ella sola pertenecen los nombres de Abrahám y Sara, de Isaac y de Rebeca, de Jacob y Raquel, de Benjamin y José.

CAPÍTULO V.

Ternura.

La ternura es una de las bellezas, que distinguen á la historia santa; pero no me acuerdo haber visto tratada en ningun libro esta preciosa dote del corazon humano, ni creo que se haya analizado su naturaleza y relaciones. En la conversacion, en todo género de escritos, y especialmente en la poesía damos el epíteto de tierno á una multitud de objetos, y usamos de la palabra ternura cual de cosa sobrado conocida, no habiendo quien

no presuma entenderla; aunque serian muy pocos los que no se hallasen en gran apuro al querer definirla. Con todo, parece que no andaria muy desacertado quien dijese que la ternura es lo mas delicado y sensible de nuestros buenos afectos, que obra sobre el alma y el corazon, que se aviene y hermana con todas nuestras pasiones decorosas, vivificándolas y hermoseándolas al darles unas veces vehemencia, otras cierta blandura y suavidad inefable y hasta una seductora languidez de prodigioso encanto.

Dígase lo que se quiera de la exactitud ó inexactitud de esta definicion, no hay pecho tan duro que no se rinda á su hechizo, no hay lábio que no la honre con los dictados mas dulces. La ternura comunica su poder

y su belleza á cuanto anima con su espíritu, á cuanto lleva su sello. Un tierno suspiro traspasa el alma, una palabra tierna desarma el enojo mas obstinado, un espectáculo tierno conmueve dulcemente, hace brotar irresistibles lágrimas en los ojos, hechiza y enagena. En literatura, la obra, donde con abundancia y naturalidad se difunda, será universalmente apreciada; y ved aquí una de las razones porque tanto se aventaja á las historias profanas la del antiguo Testamento. Volved los ojos á algunas de sus muchas é interesantes escenas de ternura, y con placer vereis que no os engaño.

En aquellos tiempos de inocencia, en que eran pastores los potentados de la tierra, y los ángeles tomaban el

baston de peregrinos para visitar á los hombres queridos de Dios, figuraos en una habitacion campestre á un anciano de ciento treinta y siete años, venerabilísimo por su virtud acrisolada y sus antiguas canas, débil, porque sus plantas ya pisan los umbrales de la muerte, cerrados ya sus ojos á la luz del sol, pero abiertos los de su iluminado entendimiento á la contemplacion del Mesías, que ha de ser su descendiente, único heredero y poseedor de una bendicion á la cual está vinculada la salud de las generaciones futuras, y que debe trasmitir á uno de sus hijos: llama, pues, á su primogénito Esaú y le dice: «Ves, hijo mio, que ya estoy muy viejo é ignoro el dia de mi próxima muerte; anda al campo, y tráeme tu caza

y aderézala al gusto de mi paladar, para que mi alma te bendiga al fin de la comida.» ¿En tal situacion no suponeis deshechas de ternura las paternales entrañas de ese amoroso anciano? Pero hay en la misma casa una mujer que es madre. La bella Rebeca, esposa de Isaac, es la madre de Esaú y de Jacob: éste por la dulzura de su carácter sencillo y apacible la tiene cautivada, y como que no sabe desprenderse de su lado; aquel, inquieto y despegado, emplea el tiempo en perseguir animalillos inocentes, darles muerte y devorarlos: este conserva su corazon todo entero para su madre; aquel lo ha entregado á dos mujeres cananeas, cuya entrada en aquella familia patriarcal fué lo que la tormenta para la nave, que sobre

aguas bonancibles iba plácidamente resbalando. Decir en cuál de los dos está embebida la ternura de esa madre, seria cosa supérflua; cualquiera lo adivina; pero si deseais saber á qué extremo llega, no perdais de vista á la apasionada Rebeca, que sabedora de los designios de la divina Providencia sobre su idolatrado Jacob, le confia la hazaña de amor, que revuelve en su pensamiento para que recaiga en él la bendicion prometida á su hermano; tiembla Jacob al escuchar la arriesgada propuesta, manifestando cuánto teme que descubriéndose la trama, en vez de bendecirle, le fulmine su burlado padre una terrible maldicion. Al oir esta palabra maldicion, «Caiga sobre mí, exclama la amante madre, ¡hijo mio, caiga sobre mí esa

terrible maldicion!» ¿La habeis oido? ¿Veis la sublime exaltacion de su ternura? ¿No os pareceria admirable aun en una tragedia? Pues no olvideis que se halla en el capítulo 27 del Génesis, que es el primer libro de esta sagrada Historia.

Fingiendo Jacob que era el cazador Esaú, mientras éste corria por los bosques, presenta al ciego Isaac dos cabritos guisados por su madre; y el anciano despues de haberse saboreado con ellos y con buen vino, dícele conmovido: «Acércate, hijo, y dame un ósculo.» Y Jacob se acerca y le besa; y el anciano al sentir la fragancia de sus vestidos, la compara á la de un campo florido, y le bendice con toda la efusion de su alma.

Si un padre creyendo que muy

pronto va á dejar para siempre á su esposa y sus hijos, mandándoles que rodeasen su lecho, abriera con trémula mano el pliego de su testamento y lo leyera entre llanto y sollozos; y nosotros sin ser amigos de aquel padre moribundo ni de las personas que le rodean llorando, presenciáramos la escena, ¿la veríamos sin emocion profunda? No, no podríamos menos de enternecernos. Sin embargo, el caso que acabamos de suponer, carece de todas las circunstancias, que realzan y dan un carácter de religiosa majestad y augusta trascendencia á la tierna bendicion ó testamento de Isaac: en aquel es un hombre vulgar y desconocido para nosotros, mientras el solo nombre del patriarca nos trae á la memoria un

cúmulo de patéticos recuerdos; en aquel no hemos dicho que fuese de importancia el legado que hacia; el de Isaac era de un valor infinito: en aquel no hemos notado ni una venerable ancianidad, ni una ilustre nobleza, ni accion alguna, que dé al cuadro un colorido relevante, y ni aun le hemos hecho pronunciar una palabra amorosa; y no obstante tendrá un corazon de piedra quien no confiese que lo sentiria muy conmovido si presenciara este supuesto espectáculo. Ahora bien, ¿qué no dicen al alma la poética antigüedad de aquel tiempo, la embelesadora idea que de la vida patriarcal tenemos, el conocimiento de las personas, el figurarnos hasta sus semblantes, el siglo y medio de Isaac, su ceguera que tan gran papel re-

presenta, la intriga y la conspiracion de una madre en favor de uno de sus hijos, lo arriesgado de la empresa, su feliz éxito, y por último el saber lo que va envuelto en aquella bendicion, que es misterio, funcion sacerdotal, último acto de autoridad paterna, testamento solemne, despedida para la eternidad? Ternura de la madre para con Jacob, ternura del hijo, que hace al padre una dulce violencia para arrebatarle su bendicion suspirada, ternura del anciano, que le manda besarle en la arrugada mejilla encendida por la efervescencia de su amor. ¿No veis que este ósculo tiene un no sé qué de mas nuevo y delicado que otros ósculos célebres en los fastos literarios? En efecto, el beso entre un padre anciano y un hijo adul-

to, pasada ya la edad de las caricias, es en su línea una especie de fenómeno, cuya causa es preciso buscarla en una extraordinaria exaltacion de cariño, en una impetuosa avenida de ternura creciente y exquisita.

Que la tribulacion enfrene el orgullo, modere la ira, corte el vuelo á la ambicion, sofoque casi todas las pasiones, enseñe al hombre su nada, corra el velo á las vanidades del mundo, eleve el entendimiento, suavice el carácter, excite á la compasion de los dolores agenos, desprenda de la tierra, acrisole á los justos, corrija á los malvados, nos asemeje á la Víctima del Calvario, sea maestra de la vida, ejercicio de virtud, camino del cielo, prenda de que Dios nos ama y hasta señal de predestinacion; la fi-

losofía y la religion lo han dicho y repetido mil veces, confirmándolo con particularidad la Historia santa. Pero debo añadir que esta me ha hecho observar otra de las joyas, que engalanan la diadema de la tribulacion, pues no seria difícil demostrar con sus ejemplos que es una de las principales fuentes de la ternura. Valga por todos el de David exclamando: «¡Absalón, hijo mio! ¡hijo mio Absalón! ¡Quién me diera morir porque vivieses tú! ¡Sí, morir por tu vida, Absalón, hijo mio! ¡hijo mio Absalón!»

Ó padre desolado, que en el dia de tu victoria, al llegarte la noticia de que ya estaba asegurada sobre tus canas esa corona, que iba á arrancarte una mano parricida, encerrándote en

soledad enlutada, consternas á tu pueblo con exclamaciones de una ternura tan sin igual, dinos ¿quién te la ha inspirado? ¿No es el dolor? ¿Quién ha dado á tu alma ese ímpetu sentimental con que anhela morir? El dolor, lo sabemos, el dolor de haber perdido á un hijo en la flor de sus años y con muerte sangrienta y en pugna contra su tierno padre. Si no te hubiese despedazado las paternales entrañas la muerte del hermoso Absalón, no sabríamos el riquísimo tesoro de ternura, que para con aquel hijo ingrato estaba escondido en ellas.

Tobías será otro ejemplo. Lejos de su arruinada patria, cautivo, reducido á la indigencia y además hecho el blanco de inhumana persecucion, vivia amargamente en dolorosa noche,

porque sus ojos, tapiados con el infausto estiércol de una golondrina, solo le servian para llorar su infortunio. Y como si no bastára tanta hiel, insúltale su propia esposa, y le echa en cara su paciente virtud; á tan acerbo golpe no puede resistir su pecho, y rebosando su amargura y su llanto, se vuelve á Dios, mostrándole las hondas heridas de su alma con un lenguaje sobremanera tierno, y concluye pidiéndole que reciba su espíritu, porque mas que la vida esle dulce el morir. Sí; en su oracion hay profunda ternura, como en todas las demás oraciones inspiradas por apremiadora angustia, como las de Ezequías, Mardoqueo y Esther.

Abundante mina de ternura contiene el libro de Tobías; suavísima es la

que destilan los consejos á su hijo: creyéndose muy cercano á su muerte, «oye, hijo mio, decíale, oye las palabras de mi boca y grábalas en tu corazon, cual fundamento de tu vida. Sepulta mi cuerpo cuando el Señor haya recibido mi alma; y honra siempre á tu madre, pues debes acordarte cuántos y cuán grandes peligros pasó por tí cuando te llevaba en sus entrañas, y al llegarle su última hora haz que sus cenizas descansen al lado de las mias.»

La del matrimonio del jóven Tobías es una escena bellísima por su ternura cándida y encantadora. Al llegar cerca de Ecbactana persuadióle el ángel que solicitase la mano de Sara, hija de Ragüel, pariente suyo, quien los recibió con alegría, y fijando sus

ojos en Tobías, decíale á su esposa: «Vé aquí un jóven parecidísimo á nuestro pariente Tobías.» Preguntó luego á los dos viajeros de qué pais eran; y respondiendo ellos que eran de la tribu de Neptalí, y que vivian en Nínive, les dijo Ragüel: ¿conoceis á mi pariente Tobías? Á lo cual le hizo entender el ángel, que aquel jóven que tenia delante era hijo de Tobías. Apenas lo oyó se echó Ragüel al cuello de su jóven pariente, y brotando en sus ojos el llanto del amor mas puro y con el corazon en los lábios rompió en estas afectuosas exclamaciones: «¡Bendígate Dios, hijo mio! Tienes por padre á un hombre de bien, á un santo.» Su mujer y su hija, que presenciaban tan patética escena, no pudieron contener sus lá-

grimas. Tobías no olvidó el consejo que el ángel le habia dado, y pidió á Sara por esposa á su padre y á su madre. No acababa Ragüel de consentir en este matrimonio, temeroso de que á su pariente le sobreviniera la desgracia que á los otros siete maridos de Sara; y viendo el ángel su agitada indecision, le persuadió á efectuar el enlace, asegurándole que Dios tenia destinada á su hija para el jóven Tobías. Vino en ello aquel buen padre, y exclamó regocijado: «¡Ahora veo que han sido oidas mis oraciones! Dios os ha traido aquí para dar á mi hija un esposo de su familia segun la ley de Moisés.» Tomando luego la mano derecha de su hija y enlazándola con la mano derecha del nuevo esposo, pronunció estas palabras: «El

Dios de Abrahám, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob sea con vosotros, el mismo os una y os colme de bendiciones.»

Ragüel hizo disponer un gran convite, al cual llamó á sus amigos y vecinos. Tobías que no podia alejarse en semejante coyuntura, habló de esta suerte á su guia: «Aunque me hiciera esclavo tuyo, no podria pagarte el cuidado que de mí has tenido; ruégote sin embargo que me hagas un nuevo favor. Ves que Ragüel me hace las mas vivas instancias para que esté algunos dias en su casa. Mi padre por otra parte cuenta los dias de mi ausencia, y si dilato un solo dia mi vuelta, le cubrirán el alma las sombras de la tristeza. No me queda, pues, mas arbitrio para salir del apu-

ro sino el de que vayas á Rages y cobres el dinero prestado á Gabelo, dándole su recibo.»

Accedió el ángel á la peticion de Tobías, fué á Rages, cobró los diez talentos que debia Gabelo, y se le trajo consigo á las bodas de Tobías. Al llegar á casa de Ragüel manifestó Gabelo á Tobías el júbilo que le trasportaba, y le abrazó con ternura diciéndole: «Bendígate el Dios de Israél, porque eres hijo de un varon justo y temeroso de Dios. Dilátese la bendicion divina sobre tu esposa y sobre toda tu familia, y que podais ver á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y bendita sea tu descendencia por el Dios de Israél que reina por los siglos de los siglos.» Repi-

tieron todos los concurrentes las mismas bendiciones, y sentáronse á la mesa del festin nupcial, en que la sencillez de los tiempos antiguos compitió con la sincera alegría acompañada del temor santo de Dios en todos los corazones.

Logró Ragüel tener en su casa á Tobías mas tiempo del que habian convenido, y redoblaba sus instancias para dilatar algunos dias mas su partida; mas no tenia sosiego alguno el piadoso viajero al considerar cuán dolorosa inquietud causaria á sus padres su tardanza, y solicitaba con la mayor viveza que se le diera licencia para volverse; y la alcanzó por último, entregándole Ragüel á su querida hija entre los tiernos abrazos de afectuosa despedida. «Id en paz, hijos

mios, decia el padre desconsolado. El ángel santo del Señor os acompañe en vuestro camino, y os lleve sin peligro alguno á donde halleis á vuestros padres gozando de completa salud, y haga el cielo que antes de morir vean mis ojos á vuestros hijos.» Dicho esto, volviéronse á Sara los dos ancianos que le dieron la vida, y estrechándola en sus pechos amorosos, le imprimieron dulces ósculos de ternura, y la despidieron, inculcándole que honrase á sus suegros, amase á su esposo, arreglase su familia, gobernase su casa y se mostrase irreprensible en todo.

Inconsolables estaban los padres de Tobías viendo que no volvia su hijo; la madre particularmente se hallaba en tal estado de angustia, que aun la

vida le era amarga sin el amado de su alma. ¡Oh con cuán íntimo sentimiento exclamaba: « ¡Ay hijo mio! ¡Ay! ¿Por qué te hemos enviado tan lejos de nosotros, á tí, que eres la luz de nuestros ojos, el báculo de nuestra vejez, el consuelo de nuestra vida y la esperanza de nuestra posteridad?.... ¡Tú eras toda nuestra riqueza, y consentimos en tu partida!....» Así se lamentaba, y sus ojos eran dos fuentes de lágrimas. Afanábase su esposo por consolarla, repitiéndole una y mil veces que estaba bueno y sano su hijo; que era fidelísimo el compañero que llevaba; que calmase algun tanto la congoja y agitacion de su espíritu. Pero ella no escuchaba, ni se consolaba, ni sabia mas que llorar. Todos los dias salia de su casa y se iba á los

caminos, por donde esperaba que volviese el ídolo de sus entrañas; á todas partes dirigia sus ansiosas miradas por ver si finalmente le descubria; todo en ella era inquietud y angustia, hasta que plugo al cielo que desde una altura le divisase á lo lejos. Enagenada de gozo corrió á llevar la dichosa nueva á su marido: «Ya viene vuestro hijo.» Ni le fué posible proseguir, pues la tenia fuera de sí su inmenso regocijo.

Al oir aquel buen padre la primer noticia de la llegada de su hijo, levántase con premura, y ciego como está corre á su encuentro, y viendo que no puede andar por sí solo, se apoya en el brazo de un criado, y no sosiega hasta que con júbilo inefable desahoga en brazos de su hijo su

paternal ternura. Le besa una y mil veces, le abraza y vuelve á abrazarle; ni hay lengua que pueda decir lo que pasa por el sensible y enagenado corazon de aquella madre. Solo el llanto de gozo que baña las mejillas de ambos ancianos, algo dice del ardor y vehemencia de sus afectos.»

Ya se habrá notado que de propósito no he escogido para muestra los pasages mas tiernos de la Historia sagrada, extrañándose que no haya hecho mencion de José reconocido por sus hermanos, pues asi como el cuarto libro de la Enéida se ha llamado con razon el libro de las pasiones, la del adivino ministro de Faraon tiene muy merecido llamarse la historia de la ternura; mas es tanto lo que resalta en ella esta cualidad preciosa,

que de agenas observaciones no necesita para darse á conocer de lleno al lector mas sensible; además, para sentir los maravillosos efectos que produce en el alma, es preciso leerla toda entera en el divino original, y seria de temer que al trascribir algunos de sus rasgos me sucediese lo que á Metastasio, en cuyo célebre drama *Giuseppe riconosciuto* es menos tierna que en la Biblia esta bellísima historia. Si alguno de los admiradores del poeta no me prestase crédito, lea en un mismo dia el lindísimo drama y los capítulos 42, 43, 44 y 45 del Génesis, y pensará de igual modo. Tambien estimo yo cuanto hay de bello en Metastasio, y antes de hacer la comparacion que acabo de indicar, parecíame que no podia mejorarse aquel

precioso drama; mas prescindiendo de lo que enfria el papel de Aseneta, ¿qué hombre de fino gusto no preferirá el sencillo y patético *Ego sum Joseph* de la Escritura, pronunciado con toda el alma y con todo el corazon, y antes que cualquiera otra palabra, como que era la que ya no le cabia en el agitado pecho; qué hombre de fino gusto, repito, no lo preferirá á estos cinco versos de Metastasio:

Ah basta: io cedo;
Contenermi non so, Fratelli amati,
Riconoscete il vostro sangue. Il finto
Mio rigore abbandono.
Venite á questo sen: Giuseppe io sono?

¿Adónde estaba el corazon del poeta que no le dictó por primer verso el que tan malhadadamente reservó para lo último? En tal situacion, entre

otras cosas, es muy frio aquello de «Abandono mi fingido rigor.» Increible parece que un autor tan ilustre sacrificase al consonante la vehemencia del sentimiento.

Hay en la Biblia innumerables pasajes de profunda, esquisita y delicada ternura.

CAPÍTULO VI.

Angeles.

Al concebir la idea de un ángel se nos presenta involuntariamente la de la belleza y de la sublimidad reunidas en el sér mas excelso y mas puro de la creacion. Sobre los ángeles no hay mas que Dios, que con ellos quiso formar su corte, y la divina Princesa de la gloria, á quien saludaron y reconocieron por su reina cuando en la cueva de Belén admirados y palpitando de amor viéronla ensalzada á la dignidad inefable de ma-

dre del Eterno, que niño pequeñito, recien salido de sus virginales entrañas, se reclinaba dulcemente en su amoroso corazon. Para hablar de su alteza y hermosura, mas elocuente es el silencio. Cuando las palabras son insuficientes para expresar lo que el entendimiento columbra, se debe callar despues de haber nombrado el objeto inenarrable, que con su mucha luz nos ofusca y nos enmudece.

Parece que Chateaubriand no se atrevió á desplegar el vuelo de su ingenio en tan delicado asunto, pues habiendo consagrado á él un capítulo de dos páginas en el tomo segundo del *Génio del Cristianismo*, casi no hace mas que indicar que la religion nos permite dar ángeles pro-

tectores á toda la bella naturaleza, como tambien á todos los sentimientos virtuosos. Sin embargo, son tan lindas sus breves pinceladas, que algunas bien merecen servir como de preámbulo á las imágenes, que de estos espíritus gloriosos nos ofrece la Biblia. Despues de haber dicho que el poeta cristiano puede volar por los cielos en compañía de los tronos y serafines, que rigen aquellos mundos de luz, que nosotros llamamos astros, añade que volviendo á la tierra, tambien se la encuentra poblada de ángeles. «Bajo la sombra de los bosques se recorre el imperio del *ángel de la soledad*. Se encuentra en la claridad de la luna el génio *de las melancolías del corazon*: se oyen sus suspiros en el murmurio de las selvas y en las que-

jas del ruiseñor. Las rosas de la aurora son la cabellera *del ángel de la mañana*. El ángel de la noche reposa en medio de los cielos, donde se asemeja á la luna dormida sobre una nube: vela sus ojos una faja de estrellas, y la púrpura de la aurora y la del crepúsculo sonrosan algun tanto sus plantas y su frente: le precede *el ángel del silencio* y *el del misterio* le sigue. No hagamos á los poetas la injuria de pensar que miran como génios poco gratos á las musas *al ángel de los mares, al ángel de las tempestades, al ángel del tiempo* y *al ángel de la muerte*. Á las vírgenes dá *el ángel de los santos amores* una mirada celestial, y *el ángel de las armonías* es quien las reviste de gracia. El justo debe su corazon *al ángel de la virtud;* y *al de la persuasion*

su elocuencia el orador. No hay inconveniente alguno en dar á estos espíritus bienhechores atributos, que distingan su poder y ocupaciones: así por ejemplo *el ángel de la amistad* podria llevar un ceñidor mas hermoso que el de Venus, porque en él se verian divinamente representados los consuelos del alma, los sacrificios sublimes, las palabras secretas del corazon, las alegrías inocentes, los castos abrazos, la religion, el encanto de los sepulcros y la inmortal esperanza.»

El mismo Chateaubriand se aprovecha bellamente en los *Mártires* de esta su poética doctrina acerca de los ángeles, haciéndonos galanas descripciones del ángel de los santos amores, del ángel de los mares, del ángel del

exterminio, del ángel de la esperanza, y del ángel del sueño.

Casi en ningun sobresaliente poeta sagrado faltan brillantes descripciones de ángeles, distinguiéndose sobre todos el incomparable aleman Klosptock; pero no es propio de este lugar el copiarlas, y aun lo es menos el extractar lo que enseñan respetables teólogos acerca de la elevacion y del número infinito de aquellos celestiales espíritus, que no solo son una de las mas altas riquezas del empíreo y una inefable dicha para los hombres, que los tenemos por amigos, custodios y soberanos protectores, sino tambien un ornato precioso de la literatura cristiana, y muy especialmente de la sagrada Biblia, la cual en cierto modo pudiera decirse que encierra mas de

cuatro mil años de la historia misteriosa de ellos.

Un querubin es el primero que se presenta á nuestra vista en el Génesis, libro de la creacion y de la infancia del mundo. Está á la entrada del paraiso guardando sus puertas con una espada de fuego. Nuestros primeros padres, al salir lanzados por Dios de aquel jardin de delicias, clavada al corazon como un rayo la sentencia de abandonarle para siempre, con una tierra de infortunio delante y detrás la perdida felicidad que dejan, volverian simultáneamente los ojos oscurecidos por el llanto á la mansion donde nacieron tan bellos; y verian ¡qué pavor y qué espanto! verian al guerrero del cielo con la fulminante espada de llama giratoria, y

exhalando un repentino gemido, correrian para alejarse temblando de aquel terrible centinela. El Omnipotente airado le habia puesto allí en el instante que ellos salieron. ¡Ah, con cuánto pavor y con cuán sentidas lágrimas referirian Adan y Eva á sus hijos y á sus nietos el terror, de que se vieron penetrados al encontrarse su tierna mirada de despedida con el formidable querubin y su espada de fuego....!

Despues de esta primera aparicion del excelso soldado de Dios, no envia el Señor otro (1) sobre la tierra en

(1) Varios comentadores juzgan que cuando las sagradas páginas dicen que Dios habló ó se apareció, ha de entenderse que lo hacia por medio de un ángel; pero, respetando semejante opinion, para estas observaciones me atengo á la letra del divino texto.

mas de dos mil años trascurridos desde aquel inmortal suceso hasta el tiempo de Abrahám; como si pretendiera que se grabára profundamente en los hombres la majestuosa terribilidad del ministro de su justicia encargado de alejar con el rayo de su espada de aquella impenetrable region de bienaventuranza á la pecadora descendencia de sus antiguos moradores. En tan largo espacio Dios hablaba por sí mismo á los justos antidiluvianos, y aun á Noé y Abrahám : su comunicacion con sus criaturas era mas inmediata. Desde los dias de Abrahám, aunque el Señor no dejó de mostrarse con bastante frecuencia á los Patriarcas , principiaron las apariciones de los ángeles , y podria asegurarse que en aquella época de sencilla inocencia

era casi contínuo el visitar los habitantes del cielo á los virtuosos pastores de Cedar y Mambré.

Muy digno es de notarse, para consuelo de cuantos beben las aguas de la tribulacion, que el primer ángel que aparece sobre la tierra viene á enjugar el llanto de una infeliz esclava, que no pudiendo sufrir los malos tratamientos y la ira de su ama, ha huido de su casa y de su opulento marido y se halla en la soledad de un desierto, caminando desamparada y en el lastimoso estado de preñez. El ángel se hace encontradizo con ella, la llama por su nombre, Agar le dice ¿de dónde vienes? ¿y adónde vas? Preguntas que manifiestan afectuoso interés por la suerte de la desventurada, pues el celestial espíritu no ignora lo que está

preguntando. Le revela el futuro poderío y fortaleza del infante que lleva en su seno, le dice lo mas íntimamente consolatorio que pueda haber para su alma sumergida en el dolor, y es que Dios ha oido el grito de su afliccion y que en memoria de esta misericordia ponga á su hijo el nombre de Ismael. Aunque le manda volver á la casa de que se ha visto en precision de huir, aunque le manda humillarse á su insoportable señora, lo hace en una conversacion de tanta dulzura y eficacia que lejos de resistir ella al mandato mas difícil para su corazon, no replica, queda tranquila, consolada, confiada y tiernamente agradecida. El ángel unas veces le habla en su nombre y otras en el de Dios: circunstancia que penetraria de

respetuosa confusion y asombro á la favorecida Agar.

Recuérdese otra escena semejante, que pasa tambien en el desierto entre esta desdichada esclava y el ángel, que le muestra una fuente cuando ella y su pequeñuelo hijo se morian de sed. La he descrito al fin del capítulo tercero, y allí si gusta podrá el lector leerla de nuevo con alguna oportunidad. Solo añadiré que esta mujer de infortunio y de consuelo debia tener una altísima idea de la poderosa caridad de los ángeles y una extrema confianza en su compasiva proteccion.

Tambien he hablado de los tres ángeles, á quienes sirvió Abrahám una comida campestre. Admirando de paso su bondad y su condescendencia, aun-

que representaban nada menos que á la adorable Trinidad, me propongo seguir hasta Sodoma á dos de ellos, que al llegar á sus puertas hallan á Loth, el cual al verlos se levanta, les sale al encuentro, les hace una profunda reverencia y con la mayor instancia y cortesía les invita á hospedarse en su casa, y venciendo su repugnancia, por fin los introduce en ella, les dá un convite, y ellos se dignan cenar. Luego los habitantes de la ciudad nefanda intentan cometer una tropelía con el hospitalario Loth, y sus dos huéspedes acudiendo á su socorro y cogiéndole por la mano, le meten mas adentro y cierran las puertas, en las cuales forcejeaba por librarse de sus agresores. En este momento comienza á mostrarse lo grande

y maravilloso de los dos viajeros. ¿Cuál no será su poder, pues ciegan de repente á cuantos hostilizaban la casa, de modo que les es imposible el dar con sus puertas? Y aun se descubre mas que estos personajes tienen algo de divino en el lenguaje extraordinario con que á Loth hablan. «¿Teneis aquí, le dicen, algunos parientes, yernos ó hijos ó hijas? Sacad de esta ciudad á todos los de vuestra familia: porque vamos á destruirla, pues el estruendo de sus iniquidades ha crecido delante del Señor, quien nos envia á exterminar estas gentes.» Saliendo pues Loth habló á los que habian de ser sus yernos, casándose con sus hijas, y dijo: «Levantaos, salid de este lugar, porque el Señor arrasará esta ciudad.» Y les pareció

que lo decia por broma. Y habiendo amanecido, los ángeles estrechaban á Loth, diciéndole: «Levántate, toma á tu mujer y á tus dos hijas, y sal con ellas, para que no perezcas entre la abominacion de la ciudad.» Viéndole remiso cogieron de la mano á él, á su mujer y á sus dos hijas, porque el Señor queria que se pusiesen en salvo. Y le sacaron y le llevaron fuera de la ciudad, y allí le hablaron de esta manera: «Salva tu vida, no quieras mirar atrás, ni te detengas en estos alrededores: sino sálvate en el monte, para que no perezcas junto con los demás.»

12. *Dixerunt autem ad Loth: Habes hic quempiam tuorum? generum aut filios; aut filias, omnes qui tui sunt, educ de urbe hac:*

13. *Delebimus enim locum istum, eò*

quod increverit clamor eorum coram Domino, qui misit nos, ut perdamus illos.

14. *Egressus itaque Loth locutus est ad generos suos qui accepturi erant filias ejus, et dixit: Surgite, egredimini de loco isto, quia delebit Dominus civitatem hanc. Et visus est eis quasi ludens loqui.*

15. *Cumque esset mane, cogebant eum Angeli, dicentes: Surge, tolle uxorem tuam, et duas filias quas habes, ne et tu pariter pereas in scelere civitatis.*

16. *Dissimulante illo, apprehenderunt manum ejus, et manum uxoris, ac duarum filiarum ejus, eò quod parceret Dominus illi.*

17. *Eduxeruntque eum, et posuerunt extra civitatem: ibique locuti sunt ad eum, dicentes: Salva animam tuam, noli respicere post tergum, nec stes in omni circa regione: sed in monte salvum te fac,*

ne et tu simul pereas. (Gen. cap. 19.)

Para formar algun concepto de la singular alteza é importancia del papel que hacen estos dos ángeles, pongámonos por un momento en lugar de Loth. Si dos hombres desconocidos entrasen á nuestra casa y nos dijesen: venimos á salvaros, porque dentro de pocas horas nosotros mismos vamos á arruinar esta ciudad ; ¿qué diríamos? ¿Qué pensaríamos de ellos, si al mismo tiempo que nos hablaban en términos tan sorprendentes, hiciesen á nuestra vista algun prodigio, cual fué el de cegar á la muchedumbre de los habitantes de Sodoma ? ¿ Qué tropel de sensaciones, de afectos, de ideas y sentimientos no se agolparia entre asombro, terror y exaltada gratitud á nuestra mente y á nuestro atónito co-

razon? Y si el anunciado acontecimiento portentoso se verificára á los pocos instantes, y nos viéramos libres de la universal ruina por la solícita premura de salvarnos, que han puesto en accion nuestros dos admirables bienhechores; ¿cómo seria posible ni aun al mas elocuente de los mortales, cómo sería posible expresar á lengua humana los patéticos trasportes de nuestra alma? La de Loth ¡cómo estaría! La Escritura no lo dice segun su invariable y majestuosa costumbre de callar todo lo que es natural que los hombres se imaginen haber sucedido en vista de la sencilla, ó mejor dicho, de la divina y admirablemente lacónica narracion de los principales hechos. Por estos hemos de juzgar del soberano poderío y de la bienhechora soli-

citud de los ángeles. Su caridad sublime, sus dotes excelentes, sus virtudes todas se identifican en cierto modo con los adorables atributos de la Divinidad, á la cual admiramos en ellos. Son los ministros de su omnipotencia y de su misericordia infinita; y ved aquí lo que forma su índole, su génio, su carácter. En ellos vemos y descubrimos á Dios: sus hazañas de amor ó de espanto hazañas son de Dios. ¡Comunicacion inefable entre el Hacedor y las criaturas que le son fieles y viven de su deificante espíritu! Así nuestra benevolencia para con los pobres es benevolencia del Altísimo, que nos la inspira, nos la manda y persuade. Pero en los ángeles esta gloriosa mancomunidad ó identificacion con el Omnipotente al cumplir sus ór-

denes se ostenta de una manera mas elevada y mas visible. Desempeñando sus celestiales comisiones, hablan como si fueran Dios, y acto contínuo como quien son y luego en nombre del Señor, y luego en el suyo propio; de suerte que en sus pequeños discursos se halla lo que suele entenderse por vuelos líricos y transiciones pindáricas. No es raro que se parezca lo que tiene un mismo orígen. Ángeles y profetas son ecos del divino Verbo.

Yo á los ángeles llamo autores de alegria; pues como la aurora desvanece la nocturna congoja del caminante, que perdido se creia entre horrendos precipicios, mostrándole las colinas de su pueblo nativo, donde una madre y una esposa le esperan; así disipan ellos las sombras de tribula-

cion en que envueltos gimen los peregrinos de este valle de lágrimas. Testigo Isaac, á quien un ángel libra de la muerte, deteniendo el brazo de su padre, que baja ya por el aire para inmolarle: testigo Sara, para quien conserva este hijo idolatrado; testigo Abrahám, cuyo corazon desde la mas acerba angustia pasa repentina y rápidamente á un cielo de regocijo, á un océano de dicha y de dulzura al oir el acento del ángel, que le dice: «Abrahám, Abrahám, detente: no descargues el golpe sobre el niño, ni le hagas mal alguno; ahora he conocido que temes á Dios, pues por obedecerme no has perdonado á tu hijo único.» El sacrificio se consuma; pero en vez de Isaac la víctima es un carnero, que ha visto Abrahám en

aquel momento á su espalda. Y como si este torrente de felicidad inesperada no bastára, el ángel le promete dicha mayor, llamándole de nuevo para referirle las magníficas palabras, que su Dios ha pronunciado á su favor : «Por mí mismo he jurado que te bendeciré en recompensa de esta accion ; multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los arenas que hay á orillas del mar; todas las naciones serán benditas en un descendiente tuyo, pues por mí no has perdonado á tu hijo único. » Si se recuerda que los patriarcas, y especialmente Abrahám, vivian de esta esperanza, y que las tradiciones y promesas acerca del futuro Redentor y Ensalzador de nuestra abatida humanidad eran el pensamiento que vivificaba, consolaba y su-

blimaba la mente y el corazon de aquellos venerables ascendientes del Mesías; excelsa sobremanera resplandece la gloria y la ventura, de que Abrahám y su familia son deudores al ángel.

El sacrificio de Abrahám, si se hubiera consumado con la muerte de Isaac, habria sido lúgubre y patéticamente poético; pero con la intervencion del ángel, sin perder nada de lo tierno y patético, que ha llegado ya al último grado, así como el heroismo del sacrificador y de la amada víctima, se hace mucho mas poético por la extraordinaria peripecia, que en el interesante cuadro de los sentimientos elegíacos introduce una celestial avenida de sentimientos gloriosamente contrarios. El *Isacco* de Metastasio es

un bellísimo drama, que comprueba esta indicacion.

Tambien hay mucha poesía en la lucha, que tuvo Jacob con un ángel durante toda una noche. El hijo de Isaac volvia de Mesopotamia con su familia y su numerosa ganadería, y al llegar á un torrente hizo pasar al otro lado á Lia, á Raquel, á sus once hijos y toda su riqueza pecuaria, quedándose él solo, probablemente para hablar á su Dios con mas holgura. En tal situacion se le ve luchar toda la noche con un desconocido. Noche y soledad dan importancia poética. En tan sombrío teatro una lucha que tanto dura, y una lucha cuerpo á cuerpo y con un ángel.... heroismo, poesía, misterio.... Si no los hallais, decid que vuestro corazon está seco y seca vuestra fan-

tasía. Al amanecer, el ángel que no ha puesto en juego toda su pujanza, como que peleaba con un amigo y no queria matarle, proponiéndose sin embargo dar alguna muestra de su poder, toca á Jacob en el nervio del muslo, y sin mas le deja cojo: suéltame, le dice, pues ya alborea la aurora.—No te suelto si no me bendices; le responde el viajero.—¿Cómo te llamas?—Jacob.—No, en adelante no te llamarás Jacob sino Israél, porque si has sido fuerte contra Dios, ¿cuánto mas no lo serás contra los hombres? Jacob le pregunta: dime ¿cómo te llamas? El ángel responde: ¿por qué preguntas mi nombre? Y le bendice en el mismo sitio. ¡Qué diálogo, qué escena tan singular! Aquí hay que admirar altísimos misterios. Quien desee algu-

na luz acerca de ellos, lea los sagrados expositores. Yo que trato la materia solo bajo su aspecto literario, considerando á los ángeles como una de las mas egrégias bellezas de la Biblia, no haré mas que apuntar que en el ángel veia San Agustin á nuestro adorable Salvador, en Jacob á la Sinagoga ó al pueblo judío, y en la aurora que puso fin al combate, á nuestra ley de gracia.

El alma de Jacob debia ser muy hermosa, porque con mucha frecuencia andaban en su rededor los ángeles. Sus ojos se deleitarian viéndolos bajar y subir, vision por cierto muy poética, en aquella escala, que se elevaba hasta los cielos, y en cuya cima estaba apoyado el Señor-Dios. Parece que el sencillo patriarca fuera el rey

de los espíritus celestes. Uno de ellos le habla en sueños, y le hace ver la dulce providencia con que Dios le enriquece, y con insinuante amabilidad le manda volverse á la tierra de su nacimiento para poner término á los trabajos, que pasa en Mesopotamia. Al salir de las fronteras de este pais y entrar en territorio de Canaán, le salen al encuentro los ángeles de Dios, y al verlos dice Jacob: «He aquí el campamento de Dios.» Y pone á aquel lugar el nombre de Mahanain, esto es, los reales de los ejércitos del Señor. Cornelio Alápide dice que eran dos compañías de ángeles: una la hueste de Mesopotamia, que venia acompañando al virtuoso patriarca hasta el confin de aquel pais confiado á su custodia, y otra la de los ángeles de Ca-

naan, que venian á servirle de escolta, cual si fuese su monarca el apacible pastor, que no tenia mas reino que sus ovejas. Ventajas y privilegios de la inocencia. Riquezas de lindas imágenes orientales para la poesía de algun Teócrito cristiano.

CAPÍTULO VII.

Angeles.—Continuacion.

Ángeles y poesía tienen entre sí una relacion muy inmediata. Los poetas diríase que son cazadores de los ángeles por su aficion á irse por los aires en busca de ellos para introducirlos en sus composiciones siempre que lo permite su asunto. Lo mismo hacen los pintores presentándolos en sus cuadros, aunque muchas veces no hagan falta, ni hayan intervenido en la accion que se bosqueja. Unos y otros van en esto guiados por el instinto de lo bello. Mucho han ganado

las bellas artes con lo que enseña de los ángeles la verdadera Iglesia; pero ellos no han menester de pintores ni de vates para ser muy poéticos por sí solos.

Al menos en cuanto á mí, puedo asegurar que tengo por sublímemente poético al ángel, que con pasmosa rapidez en todo Egipto y á una misma hora pasó su espada de muerte por el cuello de millares de primogénitos egipcios, y al ángel, que iba guiando al pueblo de Dios por el desierto en una columna de fuego, el cual pasó á la retaguardia cuando vió amenazado á Israel por el ejército de Faraon, é interponiéndose entre perseguidos y perseguidores, salvó á aquellos con brillantes y bellísimos prodigios. Me figuro el mar Rojo abierto por medio,

sus ondas suspendidas é hirviendo bramadoramente en ámbos lados, dentro el inmenso pueblo Israelita con su caudillo Moisés al frente, y esplendorosa ráfaga de luz en todo el ámbito y dilatada línea, que comprende el pueblo de Dios. ¡Qué iluminacion! ¡En qué noche! ¡En qué sitio! ¡En qué circunstancias! Es obra del ángel tutelar de aquel viaje. Véole entrarse y correr por la milagrosa senda en su celestial columna, cubriendo la retaguardia. Véole y me embelesa su vista. No quiero apartar los ojos de este paso pintoresco cual ninguno. Mas de repente desaparece la encantadora placidez del admirable espectáculo: el ángel truena sobre los ejércitos egipcios, que se habian introducido en el mar, y la tempestad angélica los

derriba yertos de espanto. Segun el historiador Jósefo eran doscientos mil de infantería y cincuenta mil de á caballo. Vedlos caidos en medio de las dos murallas de agua. Es hazaña del ángel. La de Moisés fué hacer que las airadas ondas se precipitáran sobre Faraon y su hueste.

Poético con terrible solemnidad es el ángel, que degüella los ochenta y cinco mil guerreros del monarca Sennaquerib.....

Poético con halagüeña bondad y al mismo tiempo con respetable alteza es para mí el ángel, que anuncia á Gedeon que él es el fuerte, que ha de romper las cadenas de Madián, libertando de su yugo á su patria y á sus conciudadanos. Este celestial espíritu ofrece una imágen muy grata y apa-

cible, dignándose sentarse debajo de la encina que habia en Ephra y pertenecia á Joas, padre de la familia de Ezri, y mostrándose á un hombre humilde, que se ocupaba en limpiar trigo. Á tan dulce benignidad sucede una alta y misteriosa grandeza en el ángel, á quien la divina Escritura dá luego el nombre de Señor, y en el pobre campesino, que cuando menos pensaba se halla constituido invicto libertador de su nacion y armado de una fortaleza venida de los cielos. El uno dice: «Ved que mi familia es la última de Manasés y yo el menor en la casa de mi padre.» Y el otro replica: yo seré contigo; y derrotarás á Madián como si fuera un solo hombre.» He aquí al ángel de la bondadosa dignacion revistiéndose del carácter

de la omnipotencia, y hablando nada menos que en nombre de Dios. Magníficamente se han sublimado á mis ojos estos dos interlocutores. En medio de tanta elevacion vuelve á aparecer con nueva gracia la amable sencillez de los inocentes moradores de las campiñas: el labrador dice: «dáme una señal de que eres tú el que hablas conmigo.

18. Y no te vayas de aquí, hasta tanto que vuelva á tí, y traiga un sacrificio para ofrecértelo. Y él respondió: yo esperaré hasta que vuelvas.

19. Entróse pues Gedeon, y coció un cabrito, y de un celemin de harina hizo panes ázimos: y poniendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo

debajo de la encina, y se lo presentó.

20. Díjole el ángel del Señor: toma la carne y los panes ázimos, y ponlo todo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo. Y habiéndolo hecho así,

21. Extendió el ángel del Señor la punta del báculo que tenia en la mano, y tocó la carne y los panes sin levadura; y salió fuego de la piedra, y consumió la carne y los panes ázimos: y el ángel del Señor se desapareció de sus ojos.

22. Y viendo Gedeon que era un ángel del Señor, dijo: ay de mí, Señor Dios; que he visto al ángel del Señor cara á cara.»

(*Lib. de los Jueces*, cap. 6, *traduccion del* P. *Scio.*)

¡Qué admirable tejido de grandeza y de cándida amenidad campestre!

Aun me figuro que es mas apaciblemente poética la aparicion de otro ángel á una mujer de la tribu de Dan. Así como la anterior se verifica esta en el campo: *sedenti in agro*, dice el sagrado texto. Si un rey de la tierra, dejando su palacio, se fuera al campo en busca de una pastorcilla, y con dulcísima benignidad le prometiera darle lo que mas deseára la candorosa hija de las praderas; no hay duda que este sería hermoso asunto para una égloga en que resaltára el sublime contraste de la alteza del príncipe con la dulzura y dignacion del mismo, y con la sencillez, con la rústica franqueza, con el asombro, con la gratitud, con la alegría y demás exaltados sentimientos de la favorecida pastorcilla. Pero un rey, aunque fuese señor del

mundo entero, no podia prometer á una mujer estéril lo que mas anhela su apesarado corazon: un hijo. Y esto fué lo que á la esposa de Manué prometió el ángel. Un rey no puede decir á una madre lo que será su hijo cuando crezca, porque lo futuro le está escondido como á los demás hombres; y el ángel reveló á la mujer de Manué que el hijo que le prometia seria para Israél la aurora de su libertad, comenzando á sacudir el intolerable yugo de los opresores filisteos. El lector que tenga voto en materia de buen gusto, descubrirá otras bellezas poéticas en la narracion de este suceso, en que admiro toda la gracia, toda la originalidad y cordial llaneza propias del antiguo Testamento, y á las cuales no puede darse epíteto que

les convenga mejor que el de bíblicas.

Capitulo 13 del libro de los Jueces.

1. Y los hijos de Israél hicieron de nuevo el mal delante del Señor: que los entregó en manos de los filisteos por espacio de cuarenta años.

2. Y habia un hombre de Saraa, y del linage de Dan, llamado Manué, cuya mujer era estéril.

3. Y apareciósele el ángel del Señor, y díjole: estéril eres y sin hijos; mas concebirás y parirás un hijo.

4. Mira pues que no bebas vino ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda.

5. Porque concebirás y parirás un hijo, cuya cabeza no tocará navaja, porque será nazareo de Dios desde su

infancia, y desde el vientre de su madre; y él comenzará á librar á Israél de la mano de los filisteos.

6. Ella habiendo ido á buscar á su marido, díjole: un hombre de Dios ha venido á mí que tenia cara de ángel, terrible en gran manera. Y habiéndole yo preguntado, quién era, y de dónde habia venido, y qué nombre tenia, no me lo quiso decir.

7. Sino que dió esta respuesta: mira que concebirás y parirás un hijo; cuida de no beber vino ni sidra, ni comer cosa alguna inmunda; porque el niño será nazareo de Dios, desde su infancia, desde el vientre de su madre hasta el dia de su muerte.

8. Oró pues Manué al Señor, y dijo: te ruego, Señor, que venga otra vez el hombre de Dios que has envia-

do, y que nos instruya en lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer.

9. Y oyó el Señor la oracion de Manué, y el ángel de Dios se apareció de nuevo á su mujer estando sentada en el campo. Pero Manué su marido no estaba con ella. Y cuando ella vió al ángel,

10. Corrió apresurada á avisar á su marido y díjole: mira que se me ha aparecido el varon que habia visto antes.

11. Levantóse Manué, y siguió á su mujer; y llegándose á donde estaba el varon díjole: ¿eres tú el que has hablado á esta mujer? Y él respondió: yo soy.

12. Y Manué le dijo: cuando fuere verificada tu palabra, ¿qué quieres

que haga el niño? ¿ó de qué se deberá guardar?

13. Y el ángel del Señor respondió á Manué: que se abstenga de todas las cosas que ya he dicho á tu mujer.

14. Y que no coma cosa alguna que nace de viña; no beba vino ni sidra, ni coma cosa alguna inmunda: y cumpla y guarde lo que le he mandado.

15. Y dijo Manué al ángel del Señor: ruégote que condesciendas á mis súplicas, y que te aderecemos un cabrito.

16. El ángel le respondió: por mucho que me instes no comeré de tu pan; mas si quieres hacer un holocausto, ofrécelo al Señor. Y no sabia Manué que era ángel del Señor.

17. Y díjole: ¿cómo te llamas, para que verificada que sea tu palabra, te honremos?

18. El ángel le respondió: ¿por qué deseas saber mi nombre que es admirable?

19. Tomó pues Manué un cabrito y las libaciones, lo que puso sobre una piedra, ofreciéndolo al Señor que obra maravillas; y él y su mujer lo estaban mirando.

20. Y cuando subió la llama del altar hácia el cielo, el ángel del Señor subió tambien junto con la llama. Lo cual visto por Manué y por su mujer, se postraron en tierra sobre su rostro.

21. Y despues no se les mostró mas el ángel del Señor. Y luego entendió Manué que era un ángel del Señor.

22. Y dijo á su mujer: moriremos ciertamente, porque hemos visto á Dios.

23. Respondióle la mujer: si el Señor nos quisiera quitar la vida, no hubiera recibido el holocausto y las libaciones de nuestras manos, ni nos hubiera mostrado todas éstas cosas, ni nos hubiera anunciado lo que ha de suceder.

24. Ella pues parió un hijo y llamó su nombre Samson, y el niño creció, y el Señor le bendijo:

25. Y el espíritu del Señor empezó á estar con él en el campo de Dan entre Saraa y Esthaol.

(*Traduccion del Ilmo. Scio.*)

Volviendo á mi comparacion del rey y la pastorcilla, digo que la des-

pedida del rey no podia ser tan poética como la desaparicion de este ángel, que se vuelve al cielo subiéndose en la llama. *Angelus Domini pariter in flamma ascendit* (*v.* 20). Sin duda el remontarse á lo alto dentro de la llama este ángel fué lo que á los esposos dió á conocer que habian estado hablando con un espíritu celeste. Al desaparecer es cuando los ángeles se ostentan como quien son, cual se ha podido observar en varias de las apariciones que llevo mencionadas. Esto produce, además de una brillante agnicion, un transporte instantáneo en los corazones de los favorecidos con la vision, un asombro, una gratitud ferviente, una especie de arrobo y de enagenamiento inefable.

Verdaderamente que el presentar-

se los príncipes del cielo con aspecto de hombres para hablar con los míseros mortales de una manera mas franca y afectuosa y hacérseles mas accesibles, no solo manifiesta en ellos una extraordinaria bondad, sino que dá á semejantes escenas un colorido y un movimiento sobremanera poético con la metamórfosis maravillosa, que se obra al final de aquellos dramas angélicos. Recuérdese el desenlace magnífico del libro de Tobías: léase aquel divino original y especialmente el capítulo duodécimo, y se tendrá una prueba mas de lo que vengo considerando. El jóven Tobías debia inestimables servicios, las riquezas, la esposa, la vida, la salud y la felicidad de toda su familia á un solícito compañero de viaje, á quien que-

ria mas que si fuera su hermano. Le tenia por un hombre, y él majestuosamente revela en solemnes palabras que es el ángel Rafael, uno de los siete que asisten delante del Señor.

Ego enim sum Raphael angelus, unus ex septem qui astamus ante Dominum.

Cumque hæc audissent, turbati sunt, et trementes ceciderunt super terram in faciem suam. Y al oir estas palabras turbáronse el anciano Tobías y su hijo, y temblando cayeron en tierra sobre su rostro. Siguió hablando el arcángel, é inmediatamente despues de haberles mandado que bendijeran á Dios y publicáran sus prodigiosas misericordias, desapareció de su vista, y no pudieron verle ya mas.

Tempus est ergo ut revertar ad eum qui me misit: vos autem benedicite

Deum, et narrate omnia mirabilia ejus.

Et cum hæc dixisset, ab aspectu eorum ablatus est, et ultra eum videre non potuerunt.

Tunc prostrati per horas tres in faciem, benedixerunt Deum: et exurgentes narraverunt omnia mirabilia ejus. Entonces postrados sobre su rostro por espacio de tres horas, bendijeron á Dios: y levantándose contaron todas sus maravillas.»

Aunque los ángeles tomaban forma humana para cumplir las importantes comisiones, que les confiára el Eterno, y hasta lo último no descubrian su majestad angélica; por lo excelso de su mision, por lo imponente de su aspecto, por lo santo y elevado de su lenguaje, por los prodigios, que muchas veces acompañaban á sus pala-

bras, y sobre todo, porque solian hablar á nombre del Altísimo, casi siempre eran tenidos por algo mas que hombres, por varones extraordinarios, por siervos, por ministros ó profetas de Dios. Todo lo cual iba sacando de quicio en alas de la admiracion, y elevando á una esfera superior las conmovidas almas de los que recibian el inesperado mensaje ó el favor de lo alto por medio de uno de estos espíritus de la gloria, subiendo de punto aquel estado de encanto y de arrobo con la manifestacion repentina de su sér esplendoroso, con que los celestiales mensajeros de Jehová solian poner un fin digno á aquellas sus patéticas embajadas, tan bondadosas y bienhechoras, como llenas de grandeza y de relumbradora poesía.

CAPÍTULO VIII.

Niños.

¿Qué se hallará en el mundo
Tan amable y tan lindo,
Tan hechicero y dulce
Como un tierno niñito?
Nos pintaban por eso
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.
Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.
Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.

Ni la mujer conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño:
Entonces se descubre
En el gozo infinito
Que la vista le causa
De su recien nacido;
Del parto los dolores
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice
Y los echa en olvido.
Tú, Dios mio, le has dado
Ese anhelo tan vivo
De consagrarse entera
Al bienestar del niño.
Tú hervir haces su pecho
En néctar esquisito,
Que dulcemente fluya
A la boca del niño;
Néctar del todo ageno
Al humano artificio,
Que vivifica y nutre
Y acalla el ay del niño.

El grande sacramento,
Que santo al amor hizo,
Lo instituiste sábio
Para bien de los niños.
¡Ellos son la corona
De los esposos finos!
¡Ellos el dulce blanco
De sus tiernos suspiros!
¡Ay! los casados tristes
Que carecen de niños,
Dentro del alma sienten
Un inmenso vacío.

Inmenso era el que habia en el tierno y amargo corazon de la virtuosa Ana por carecer de este hechizo, por el cual suspiraba; pero el Señor se acordó de ella, y sus entrañas se regocijaron sintiendo dentro de sí un fruto de bendicion, objeto de muchos años de lágrimas y oraciones; y luego vemos nacer al precioso Samuel, le

vemos á los pechos de su consolada madre, que quiso tener la delicia de lactarle por sí misma. Asi pues este niño, que tan grande ha de ser en Israél, nace á nuestra vista, y mama y crece delante de nuestros ojos. Cierto que hablando de una persona á quien se aprecia, hay no sé qué ternura en decir: «le ví nacer, le conocí pequeñito, ha crecido á mi vista.»

Pero aquí hay mas; habíamos presenciado el dolor de su madre por la falta de hijos. Cuando en solemnes festividades iba á Silo, donde por entonces se hallaba el tabernáculo, no podia atravesar bocado por el sentimiento que le causára el ver que Fenenna, quien en su calidad de esposa de segundo órden compartia con ella el tálamo de su marido, recibia diez

porciones de la vianda del sacrificio para sus diez hijos, mientras á ella le alargaba su esposo una sola porcion con tristísimo semblante, condoliéndose de su amargura. El buen Elcana la amaba mucho, y pretendia consolarla diciéndole: «Ana ¿por qué lloras? ¿Y por qué no comes? ¿Y por qué causa se aflije tu corazon? ¿No valgo para tí mas que diez hijos?»

Tambien la orgullosa Fenenna zahiriéndola acerbamente, y echándole en cara el oprobio de su esterilidad, aumentaba su angustia, y daba nuevo impulso á las bravas aguas de tribulacion, en que vivia sumergida.

Testigos de su dolor, como que participamos del gozo y consuelo, que le viene del cielo con el nacimiento de ese niño, que la corona de gloria;

como que nos regocijamos viéndola llevar de la mano á su querido y pequeñuelo infante para entregarlo al servicio de Dios en cumplimiento de su promesa; como que tomamos una gran parte en la satisfaccion, con que presentándoselo al sumo sacerdote, le dice respirando ufanía y contento: «Yo soy aquella mujer, que aquí estuve orando al Señor delante de tí. Por este niño oré, y el Señor me ha concedido lo que le pedia.»

¡Y oh cuánto se eleva la mente de esta madre en vista del beneficio, que Dios le ha hecho concediéndole ese niño que la extasía! ¡Oh cómo se lo agradece! ¡Cómo prorumpe en un cántico sublime! ¡Cómo ensalza y magnifica á su Bienhechor divino! ¡Cómo reconoce su providencia y su po-

derío y su bondad y su misericordia!

Pero volvamos al niño, que tanto ha exaltado el espíritu de su santa madre. Bella es en extremo y halagüeña la pintura, que de su infancia nos hace el capítulo segundo del libro primero de los reyes. La casa del Señor estaba llena de iniquidad: contaminábanla con sus maldades los hijos de Helí: la rapiña, el sacrilegio, la violencia, la impureza tenian allí su morada. Y en tanto el tiernecito Samuel servia delante del Señor, vestido de un efod de lino, y su madre le hacia una túnica pequeña, que él llevaba en ciertos dias cuando desde Ramatha subia con su marido á ofrecer el sacrificio solemne; y Dios por lo grata que le era aquella inocente prenda que le dejára en su templo,

derramaba sus bendiciones sobre su conyugal tálamo, enriqueciéndolo con nuevos y queridos frutos. Dos hermanas y tres hermanitos dió el Altísimo al niño, que le encantaba con la hermosura de su alma, y crecia delante de él en todo bien extraordinariamente. Era tal el hechizo de este niño que el escritor sagrado, aunque esté hablando de otra cosa, parece que se siente arrebatado á volver muchas veces á él, á decirnos cuánto agradaba á Dios y á los hombres, á inculcarnos una y otra vez sus rápidos adelantamientos en la virtud y en las letras. Y en efecto se ve que á este fin interrumpe en el versículo 18 la narracion de las iniquidades de Ofni y Finées, y en el 26 corta de nuevo el hilo de su discurso, como si

le doliera haber perdido de vista por breve rato al niño, que formaba la delicia de los ojos de Dios.

Samuel es una imágen de la belleza de la inocencia; es una prueba de la predileccion, que tiene el Hacedor para con los niños; es una representacion anticipada de la angélica vida, que habia de hacer en aquel mismo templo la inmaculada Niña de Nazaret, que se robó con su atractivo el corazon del Todopoderoso hasta hacerle venir á sus entrañas desde lo mas encumbrado de los cielos.

¡Tambien sobre Samuel baja voz del Eterno!.... ¡Voz del Eterno sobre el niño, que solo cuenta doce primaveras y duerme el sosegado sueño de la infancia!.... ¡Voz del Eterno en el profundo silencio de la alta noche!....

¡Voz del Eterno cuando en Israél no hay vision ni profetas!.... Samuel oye que se le llama, y levantándose en el instante, se presenta al pontífice Helí, que dormia en la habitacion inmediata, y en cuyos ojos por la mucha ancianidad habia eternas tinieblas. No te he llamado, dice el pontífice: vuélvete y duerme.

Duérmese el niño, y de nuevo la voz de Dios. Vuelve á levantarse, y creyendo que Helí le llama, se le presenta diciendo: «Aquí estoy.» Y el pontífice: «No te he llamado, hijo mio, vuélvete y duerme.»

El obediente y candoroso niño torna á dormirse, y otra vez la voz de Dios le despierta súbitamente. Él corre á la habitacion de Helí, y le dice: «Aquí estoy, pues me has llamado.»

Ya es la tercera vez; y este niño tan inocente y sencillo comienza á mostrarse al sumo sacerdote como una criatura misteriosa, sobre la cual puede tener el Altísimo sobrehumanos designios; y así le advierte que si otra vez es llamado, responda de esta manera: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Dormido estaba cuando el celestial acento resonó de nuevo, porque el Señor habia venido y estaba allí llamándole: «Samuel, Samuel.» Y Samuel respondió: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Y el Señor á Samuel: «Hé aquí que yo manifiesto en tí mi palabra, yo te hago profeta en Israél, y quien oyere tu profecía quedará cual si le hubiese herido un rayo. Cerca está el

dia en que contra Helí he de poner en movimiento cuanto he dicho sobre la ruina de su casa: empezaré y acabaré. Porque ya predije que sobre su familia habia de ejercer perpétuamente mi juicio por sus iniquidades, porque sabedor de los delitos de sus hijos, no los ha corregido. Por tanto jurado hé á la casa de Helí que nunca expiará su iniquidad con víctimas ni con ofrendas.»

Se durmió el niño hasta la mañana, y al levantarse á abrir las puertas del templo, no se atrevia á manifestar á Helí su vision terrible y las formidables palabras, que contra él habia oido. Pero el pontífice juzgando que entre Dios y Samuel habia pasado alguna cosa grande, llamó á Samuel y le intimó que nada le callára. Pre-

ciso fué obedecer. De parte de Dios le dijo el profeta-niño la pavorosa sentencia pronunciada contra él y su familia. Y respondió el anciano: «Él es el Señor: haga lo que sea de su agrado.»

Tanto en el órden religioso como en el civil Helí era el primer personaje de la nacion, reuniéndose en él, para hacerle mas respetable y augusto, el pontificado supremo y el sublime cargo de juez de Israél á la veneranda majestad de cerca de cien años de vida y públicos empleos; y este gigante en dignidades y en edad longeva aparece ante un niño como un reo de estado ante el ministro de un rey.

Los ojos del anciano Pontífice yacen cerrados á la luz, y el niño ve en

lo futuro el tremendo castigo y el exterminio fúnebre del Sumo Sacerdote y de su imperante familia. Admirable contraste. Á lo terrible se junta lo patético. Desde su mas tierna infancia fué Samuel entregado á Helí por su propia madre para que le instruyese en el servicio divino; y el pontífice le amaba como á hijo: obsérvese el cariño con que le habla las tres veces que Samuel se le presenta á media noche, creyendo que le llamaba: las tres veces le encarga que se duerma, como lo hacen las madres con sus niños: no le reprende porque le quita el sueño, no dá la menor señal de impaciencia; y en sus lábios se oye la afectuosa expresion de: «*Hijo mio*, vuélvete y duerme.» Su sentencia de muerte intimada de parte de Dios por este mismo

niño debió hacer en el corazon del muy anciano sacerdote una impresion mucho mas viva y dolorosa que si la hubiera oido de cualquiera otra boca. Tambien se excitaria extraordinariamente la natural sensibilidad del corazoncito de Samuel. Pruebas de Dios. El niño se sobrepuso, y cumplió su grandiosa mision aterradora.

Imágen semejante á la que en este acto forman tal niño y tal anciano, no es posible encontrarla en profanas historias. Pero aun se me figura mas extraordinaria y magnífica todo un Dios hablando con un niño en el solitario silencio de la alta noche sobre ira divina, sobre castigos de muerte, sobre exterminio de una familia sacerdotal reinante. Y me parece bella sobre toda ponderacion la que presenta

ese niño durmiéndose inmediatamente despues de haber oido tales cosas de boca de un Dios airado. Sueño envidiable. ¡Ó niñez! ¡Ó inocencia! El que estudie tu índole, ventajas y privilegios, te levantará en su pecho un hermoso trono de amor y de ternura, pero el haberte perdido lo sentirá á par de muerte, sin poder consolarse.

Samuel llegó á ser el último juez de Israel, por mandato de Dios hizo rey á Saul, y habiéndose depravado este monarca, el divino Árbitro de las coronas de la tierra ordenó al mismo profeta que fuera á Belén á ungir á un nuevo soberano. Llegado á esta ciudad, convidó á Isaí y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentára á sus hijos: comparecieron

ante el enviado de Dios siete jóvenes gallardos, de fuerte brazo y varonil aspecto: mirólos el profeta, y ninguno de ellos era el escogido para primer tronco de una familia real, que habia de establecerse en Judá para que de ella naciese el prometido Mesías. Y preguntó Samuel á Isaí: «¿No teneis mas hijos? Me queda, respondió el padre, otro pequeñito, que está apacentando las ovejas.—Hacedle venir, repuso Samuel, pues no nos sentaremos á la mesa hasta que venga.» Á poco rato entró un pastorcito bellísimo, y Samuel le ungió por rey en presencia de sus hermanos.

Los niños pueden gloriarse de que el Señor entre todos los hijos de Isaí escogiera el mas niño para monarca. Pero no hay que extrañarlo, pues el

que hacia la eleccion era el mismo Dios que despues dijo: *Sinite parvulos venire ad me:* Dejad que se me acerquen los niños: el que dijo: ¡Ay de aquel que escandalizare á uno de estos pequeñuelos! El que dijo: El que quiera entrar en el reino de los cielos hágase como uno de estos niños.»

David era el nombre de este rey pastorcillo. Hallábase en la edad, en que principia á mostrarse lo que ha de valer el hombre; en que son fuertes las impresiones que se reciben, y todo lo que se lee y estudia tiene el mérito de la novedad; en que la tristeza no hace asiento, la amistad es desinteresada y cordial, y la conservacion de la inocencia es ya una propiedad adquirida; en aquella edad, en que el jóven confia mucho en sí

mismo, porque aun no tiene experiencia de su inconstancia y de la vanidad de los proyectos humanos, y en que son desconocidas la ambicion y la avaricia; en aquella edad, en que es mas fácil la virtud; en que no ocupa la mente el pensamiento de lo futuro, y no se toma interés por la marcha de los gobiernos y de las revoluciones; en aquella edad, cuyas ventajas no pueden conocer ni apreciar debidamente los mismos que las disfrutan. Quince años tenia David cuando mereció que un insigne profeta derramára sobre él el óleo santo, por el cual quedaba constituido dominador de Israel por la eleccion de Dios, cuyo espíritu vino á posarse sobre su infantil pecho.

Con el espíritu de Dios inspirador,

volvió David á pastorear sus ovejas, pero ceñido el tierno corazon de fortaleza tanta que acometiendo á leones y osos ferocísimos, los despedazaba, cual otros de su edad á la leve mariposa ó al desgraciado murciélago que entre sus manos cae. Su alma tierna, enaltecida al soplo del divino espíritu que la poseia, derramábase por montes, por valles y por selvas en sublimes cantares. La fama de su lira llegó hasta Saul, á quien atormentaba un espíritu malo: hízole llamar este monarca réprobo por si algun tanto se calmaba su furia con la grata melodía del cantor pastorcillo. Y entonces fué cuando en el mismo palacio habitaron dos reyes de un mismo trono; el uno desechado por el soberano Juez del universo, aun-

que todavía revestido de régia majestad y magnífica pompa, y el otro con el traje sencillo de las cabañas rústicas y sin mas que la aureola de poeta. Las suaves vibraciones del harpa de este niño producian un efecto mágico en el agitado Saul: serenábase al oirlas la rugiente tormenta de su rabioso corazon; y á su furor insano sucedia blanda calma y apacible cariño para con aquel precioso hijo de inspiracion divina. Si es admirado un poeta de primer órden, ¿cuánto mas un poeta niño, en cuyos cantos ha puesto la divina Providencia su majestuoso sello de inmortalidad?

¿Empero para qué se quiere el hechizo de la lira entre el fragor horrísono de la guerra sangrienta? Que se vaya el cantor á la casa de su padre

á cuidar de sus ovejitas: vengan sus tres hermanos mayores, que son fornidos y de marcial talante. En efecto, mientras el ejército israelita marcha contra el filisteo, David está en las praderas corriendo tras el manso y tocando el alegre caramillo. Pero su padre le envia adonde están las tropas, llevando panes y quesos para sus hermanos. Llega al campamento, y lo encuentra sobrecogido de terror: oye unas voces asemejadas á truenos. Eran las de un enemigo, que parecia un castillo en lo fuerte, en lo alto y en lo armado. Los ejércitos ocupaban dos montes uno en frente del otro, y él estaba con su escudero en el valle, que habia de por medio, insultando y maldiciendo á Israél, sin que en el pueblo de Dios hubiera quien respon-

diese á su reto. Llamábase Goliat, y hacia cuarenta dias y cuarenta noches que no cabia en sí de vanagloria, porque á su vista huian los israelitas, no habiendo entre ellos valeroso alguno que le saliera al encuentro: era su pesadísima lanza como el palo mayor de un navío: su loriga escamada, como de cinco arrobas de cobre, sus botas tambien de cobre, y su inmenso escudo del mismo metal. Al verle y oirle le hierve á David la sangre dentro del corazon: se ofrece á la pelea, y accede Saul á sus deseos despues de haberle pintado con vivísimos colores la desproporcion entre un niño y un gigante guerrero. Le dá el rey sus propias armas, y David cargado de yelmo, loriga y espada real, apenas puede moverse; y quitándoselos con presteza,

toma su cayado, pone en su zurroncito cinco guijarros, y con la honda en la mano corre en nombre de Dios hácia el filisteo. Mófase de él el gigante; pero David lanzando por los aires uno de sus guijarros, se lo clava en la frente, y lo derriba sin vida. Cae en tierra aquella torre de carne con hórrido estruendo, y el victorioso niño cual rayo en la carrera le pone el pie en el pecho, quítale la espada, y le corta la cabeza. Las huestes del filisteo huyen despavoridas, y los israelitas las acuchillan en su fuga por el camino de Saraim hasta Geth, y hasta Accarón. David lleva á Jerusalen la cabeza del gigante, y con ella en la mano entra en palacio, y la presenta al atónito Saul. La espada de Goliat la consagró al Dios de los ejér-

citos, suspendiéndola en su tabernáculo; y las doncellas de Israél felicitaron al jovencito vencedor con sonorosos vivas de gloria y regocijo.

Ahora es cosa supérflua demostrar que este niño altamente sublime es una maravillosa belleza de la historia sagrada.

CAPÍTULO IX.

Niños.—Continuacion.

Casi en las primeras páginas de la Biblia encuéntrase ya un niño célebre en las generaciones futuras por la terneza entrañable, con que le amaban su padre y sus hermanos. Desde su nacimiento tiene un no sé qué de encanto, que habla al corazon; yendo de viaje acometieron á su hermosa y querida madre violentas y agudísimas angustias de parto, y entre las ánsias de la muerte sus últimas palabras fueron: «Este es el hijo de mi dolor,» y cerró para siempre sus ojos encanta-

dores luego que le vieron nacido. Dejó dos niños á su angustiado esposo, que aunque de otras mujeres tenia otros diez hijos, en ellos puso toda su alma y su vida, sin duda porque eran huerfanitos de madre; porque en ellos brillaba el sol de la inocencia y el hechizo y la gracia de la infancia, porque eran precioso fruto de un amor muy antiguo, muy extremado, muy caro y lleno de muchísimas penas. Esta merecida predileccion, y unos sueños que tuvo el mayorcito de ellos, llamado José, excitaron contra él la envidia de los otros hermanos, los cuales habiéndole vendido á unos extranjeros, presentaron á su padre su túnica ensangrentada para hacerle creer que lo habia devorado una fiera.

El anciano padre cayó en un abis-

mo de dolor; pero todo el cariño que en él empleaba, se fijó desde entonces en solo Benjamin. Reconcentróse todo su corazon en solo Benjamin, que era ya la única prenda de la llorada Raquel. Este niño debió de corresponder cumplidamente al encendido afecto de su tierno padre, debió ser un dechado de obediencia, de candor, de amabilidad y de filial cariño, pues el de Jacob para con él parece que con los años crecia é iba ganando en ternura é intensidad. Además, los corazones que viven una vida de dolor, como la de este infortunado patriarca, no sé por qué, pero ello es cierto que aman de un modo mas intenso y profundo que aquellos que no se encuentran en semejante situacion.

Trascurrieron algunos años; y al

inolvidable sentimiento de las muertes de Raquel y José vino á añadirse la tribulacion del hambre por la carestía reinante en Palestina. Fué preciso que Jacob enviara á Egipto á sus diez hijos mayores á comprar trigo, que no habia en la tierra de Canaán, quedándose con su amado Benjamin, pues no queria desprenderse de él, temiendo que le sucediera algun desastre en el camino. Llegados á Egipto los diez hermanos viajeros, presentáronse al gobernador de aquel pais. Era José á quien habian vendido. Ellos no le conocieron, él sí.

Y aquí empiezan las escenas incomparables y dramáticas estratagemas de ternura, que tan dulcemente nos conmueven y hechizan, y cuyo principal móvil es el niño Benjamin. Si José

pretestando que son espías los compradores viajeros, los trata con fingida aspereza, es para que por vindicarse hablen de su familia, y le digan qué se ha hecho de su querido Benjamin, pues el no verle entre ellos y el acordarse de la inhumanidad con que le trataron, le hace entrar en tristísimo cuidado, y le tiene con muy viva inquietud. Si primero los pone presos á todos, hasta que yendo uno de ellos á traer á su hermano, se lo presente y confirme de esta suerte la verdad de su relacion, y luego mudando de parecer les manda que vayan todos ellos en busca del menorcito, quedando en rehenes Simeon solamente; todo, todo es por el idolatrado Benjamin. ¡Cuántas veces les dice que se lo traigan! «No saldreis de la prision hasta que

venga vuestro hermano menor. *Non egrediemini hinc, donec veniat frater vester minimus (v. 15). Mittite ex vobis unum, et adducat eum (v. 16).* Enviad á uno de vosotros y que lo traiga. *Et fratrem vestrum minimum ad me adducite (v. 20).* Y traedme á vuestro hermano menor. ¡Oh qué blandura y vivacidad de afecto para con aquel niño!

Si á su vuelta á Canaán cuentan sus hijos á Jacob lo que en Egipto les ha sucedido, y le hacen presente que es indispensable el que ellos vuelvan á aquel país llevándose consigo á Benjamin, el venerable anciano se queja amargamente de que quieran arrancarle aquel ídolo de sus entrañas. Ruben le ruega que se le confie, prometiéndole restituírselo y diciéndole que se vengue en sus dos hijos

dándoles muerte en caso de no volverlo á traer; y él con mayor energía protesta que nunca consentirá en que se aparte de su lado, asegurando á sus hijos que precipitarian sus canas en el sepulcro si lograban arrancárselo, y llegára á sobrevenirle algun contratiempo en aquella tierra á donde le quieren llevar. ¡Ó Benjamin, cuán amado eres! ¡Cuán digno serás de amor, puesto que ni un instante puede sin tí vivir tu tierno padre!

Si consumidas las provisiones que vinieron de Egipto, el hambre obliga á Jacob á decir á sus hijos que vuelvan á aquel país de la abundancia á comprar nuevos víveres; ellos insisten en que no pueden ir sin Benjamin, pues el virey de Egipto les habia

amenazado con que no los recibiria si no le traian á su hermanito; y Judá añade á su padre: «Confíame el niño, para que no muramos de hambre nosotros y nuestros hijos. Yo me encargo del niño: yo soy el responsable; si no te lo vuelvo á traer y si no te lo entrego, yo en todo tiempo seré reo de este pecado.» Consiente por fin el consternado padre en tan cruel separacion. ¿Mas quién no se compadece de su acerbo dolor? Ruego á mi Dios, les dice al despedirlos, ruego á mi Dios omnipotente que os haga propicio al gobernador de Egipto. ¡Yo en tanto lloraré solitario cual si no tuviera hijos!

Luego que José vé en Egipto á Benjamin, poniendo en él los ojos, dice á sus hermanos: «¿Es este vuestro

hermanito menor, de quien me hablásteis?» É inmediatamente añade sin esperar respuesta, pues bien le conocia: «Dios, hijo mio, te colme de bendiciones.» Y sus entrañas se conmueven mirando á Benjamin, se le saltan las lágrimas, y se retira de allí precipitadamente para llorar con desahogo. Habiendo enjugado su llanto, vuelve á la habitacion en que están sus hermanos, y se sienta con ellos á la mesa del banquete, y la porcion que de cada plato envia á Benjamin es cinco veces mayor que la de ellos.

Por medio de un ardid ingenioso hace José que su inocente querido resulte culpable de haberle robado su copa de plata, y declara que ha de quedar esclavo suyo por este supuesto delito, y que los demás hermanos

pueden volver libres á la casa de su padre. En tal conflicto pide Judá que se le permita hablar, y manifiesta con tierna vehemencia que si vuelven sin el hijo, de cuya alma vive pendiente la de su anciano padre, acabará con su vida el dolor. «Yo soy, dice, el fiador de este niño, á mí me le ha encomendado nuestro padre; yo seré tu esclavo en lugar suyo, pues no puedo volver sin él, porque no vean mis ojos la amargura, que arrastrará al sepulcro la vejez de mi padre.»

No pudiendo José reprimirse mas, «¡Yo soy, exclama llorando de ternura, yo soy José! ¿Vive aún mi padre?» Sus hermanos enmudecen de asombro; y él hablándoles un lenguaje de dulzura, de perdon y confianza, se deja caer al cuello de su hermanito Benja-

min, llora y le abraza; y el jóven tambien llora, y le abraza con amor inefable y júbilo infinito....

En su infancia estaba el mundo cuando esto sucedia, y cual si hubiese acaecido en el dia de ayer, aún se dá el nombre de Benjamin á todos los niños privilegiados en el amor. La palabra Benjamin expresa en las naciones cultas un objeto de especial cariño, un blanco de ardorosa ternura; lleva consigo la idea de la niñez y de la amabilidad, de la gracia y de la inocencia, porque ha de observarse que no se usa de esta palabra tan tierna y expresiva cuando se habla de adultos. En oyendo *Benjamin*, al momento se nos presenta la imágen de un niño hermosísimo y amable, pues generalmente solo es amado con distinguida predileccion

lo que es bello y amable. Yo doy la mas cordial enhorabuena á este idolatrado hijo de Jacob por la fortuna que tiene de representar con su melífluo nombre ideas tan lindas, tan graciosas y halagüeñas, y porque vive y vivirá en la memoria de los hombres, de nadie aborrecido y de muchos querido, que el amor es contagioso, es una cosa que cunde y se propaga de unos pechos en otros, siendo la razon de esto la misma que acabo de indicar, pues cuando se oye que una persona es querida, por lo regular se juzga que lo merece. Esta gloria del jóven Benjamin la creo yo mayor que la de haber dado su nombre á una de las doce tribus.

Muchos son los niños preciosos é interesantes, que cautivan mi atencion

en la Historia sagrada. Moisés abandonado á la corriente del rio en su cestilla de juncos, salvándole la divina Providencia, y acogido en los brazos de una princesa por un vivísimo sentimiento de compasion afectuosa excitada por el hechizo de su hermosura, y por aquella elocuencia de corazon con que mudamente perora en su favor el infortunio de la inocencia, es un objeto de embeleso para quien ama lo bello, y lo contempla con mirada observadora. Lo es tambien el tierno Isaac llevando al hombro la leña, que ha de servir para su sacrificio, y resignándose con sublime y apacible tranquilidad á ser inmolado por el brazo de su mismo padre, y representando niño el misterio de nuestra redencion con el honor patético de

ser figura del Salvador de los hombres. Y Joás, que estando en la cuna se salva casi por milagro de una horrorosa matanza de régios niños, que cual tesoro de subidísimo precio se oculta con su nodriza en la casa de Dios, allí vive sin que la nacion sepa que existe su rey niño, y allí en el santuario aparece y se muestra de repente á la edad de ocho años cual legítimo soberano proclamándole por tal el sumo sacerdote lleno de espíritu divino y los levitas y el pueblo al tiempo que se derriban los ídolos, perece la usurpadora Atalía, triunfa la religion verdadera y acaba el reino de la impiedad y de la tiranía. Y el jovencito Daniel explicando al gran Nabucodonosor su sueño misterioso, acerca del cual no supieron decir palabra los

magos y los famosos doctores, y revelándole los destinos de su imperio y de los futuros imperios, que habian de devorarse unos á otros y al universo, y asombrándole de tal modo que se postra á sus pies para adorarle ese coloso conquistador de naciones (1). Todos estos son niños admirables para quien gusta de lo bello y de lo grande, y en ellos lo ve atendiendo á los prodigios magníficos, que la Providencia con maternal solicitud hace por ampararlos y darles pruebas de amorosa predileccion.

Si asombra el interés poético y maravilloso de estos ínclitos personajes de la infancia; si admira el heroismo

(1) *Tunc rex Nabucodonosor cecidit in faciem suam, et Danielem adoravit.* (DAN. CAP. 2, v. 46.)

con que los siete niños Macabeos padecen por la verdadera religion el martirio mas inhumano, profetizando al cruelísimo rey Antíoco las venganzas del Dios de los ejércitos y el tremendo castigo de su impiedad; aún es mas grandioso el espectáculo divino que ofrecen los niños israelitas Ananías, Azarías y Misael en Babilonia, capital del formidable imperio de los Asirios. Allí estaban cautivos como lirios en una selva de espinas estos célebres niños, por cuyas venas circulaba la sangre de los reyes de Judá, y servian en su mismo palacio al tirano asolador de Sion, á Nabucodonosor, ante quien se habia estremecido y arrodillado el orbe.

El orgullo de este leon poderoso llegó á hacerse adorar en una estátua

áurea, en cuya construccion empleó una montaña de oro. Tan abominable culto se habia de inaugurar de una manera solemne. Manda el irresistible monarca que se reunan para la consagracion de la estátua todos los sátrapas, magistrados, jueces, generales y príncipes del reino, y estando ya congregados con inmenso estrépito en el campo de Dura, se les intima que al romper las músicas estruendosas se postren en el suelo á adorar la estátua áurea. El que no obedeciere será arrojado en un horno de fuego. Todos los empleados y nobles del imperio y la insumable muchedumbre de millares de gentes de diverso pais y de diverso idioma, que están al rededor de la estátua en el dilatado campo, en el momento que se dá la señal doblan la

rodilla con sumision humilde. Nabucodonosor desde sólio eminente y esplendoroso hinche su pecho de vanagloria y de altivo contentamiento al ver postrado delante de su estátua aquel mundo de adoradores.

Entre tantos pueblos que tienen clavada en el suelo la frente, solo los tres jóvenes hebreos están de pie con la cabeza erguida y con los ojos fijos en el Dios de las alturas celestiales, riéndose de aquella estátua de oro, alta como una torre, y despreciable para ellos como un grano de arena. Son acusados al rey; el tirano se aira, y haciéndoles llamar, les dice: «¿Es cierto que no dais culto á mis dioses, y no adorais la estátua, que yo he erigido?» Al que estaba acostumbrado á hacer temblar la tierra, los niños le

responden que á sus falsas divinidades no doblarán la rodilla: que están prontos á ser arrojados en la hoguera, y que su Dios verdadero puede librarlos de ella.

El rey se enfurece, y ordena á los fuertes de su ejército que aten á aquellos tres niños, y los arrojen en un horno de fuego, cuyas llamas se eleven hasta las nubes. Ejecútase la órden aceleradamente. Un infierno parece el horno ignívomo. Á su volcánico seno son precipitados los tres niños desde lo alto, atados unos á otros por los pies; y en aquel acto la espantosa hoguera se convierte en un teatro de asombro y de prodigios. No son mas que tres los que caen en el horno, y son cuatro los que se ven dentro de él. El cuarto es un ángel, que ha baja-

do á acompañarlos. Ellos cayeron atados, y se pasean sueltos y alegres por medio del incendio, que, segun lo que se eleva furioso, quiere abrasar los cielos con sus llamas; pero en su seno respetados por el fuego que los rodea, gozan los tres niños de un áura placidísima y fresca, cual si se hallasen en la orilla de un rio, ó en ameno prado, donde la deliciosa aurora sacude sobre las flores su aromático rocío. Viendo que el fuego no hace mas que romper sus cadenas, y las llamas los halagan, como el céfiro al jazmin ó á los claveles, levantan la voz armónica, bendiciendo á su Dios por la grande maravilla con que los salva y regala. Los caldeos los oyen y quedan asombrados. Para que el rey no los culpe, si llega á

saber que todavía no se han vuelto ceniza, echan á porfia pez, betun y estopa en la horrorosa hoguera: con esto se enfurece la llama, y se desborda formidablemente cual los torrentes de fuego de estalladores volcanes: y porque sabe que ha de obedecer á Dios antes que á los hombres, deja que ilesos canten los niños hebreos dentro de sus entrañas, y extendiéndose en derredor con ímpetu guerrero, embiste á los caldeos que la están atizando, y los reduce á pavesas. Los triunfadores hijos de la fé en vista de este nuevo prodigio entonan entre las llamas el siguiente improvisado cántico.

CÁNTICO DE LOS TRES NIÑOS.

Alaba á tu Hacedor, naturaleza,
Alaba agradecida;

No acabes nunca y sin cesar empieza
El canto en su loor, pues te dió vida.

Alabadle, ensalzadle eternamente.

Espíritus de luz, ángeles puros,
Tomad sublimes vuelos
Para ensalzarle, vuestros altos muros
Con su alabanza conmoved, ó cielos.

Alabadle, etc.

Tambien vosotras, aguas elevadas
Sobre celeste esfera,
Bendecid al Señor entusiasmadas,
Virtudes, bendecidle en gran manera.

Alabadle, etc.

Al que os viste de gloria y de esplendores,
Ó luna, ó sol, ó estrellas,
Decid dulces y altísimos loores,
Pues sois de su templo antorchas bellas.

Alabadle, etc.

Bendecid al Señor, lluvia y rocío,
Y vosotros, ó vientos,
Bendecid al Señor con fuerte brio,
Pues él os hace mansos ó violentos.

Alabadle, etc.

Bendecid al Señor, fuego y ardores.
En el lóbrego infierno
Y en la tierra de luz; frio y calores,
Cantad adoracion al Dios eterno.

Alabadle, etc.

Alabad al Señor, hielos y nieves,
Alábale, ó helada,
Y tú, ó escarcha que de gotas leves
Te extiendes en alfombra plateada.

Alabadle, etc.

Alabad al Señor, noches y dias;
Lóale, luz hermosa,
Bendecid al Señor, tinieblas frias,
Mientras el hombre de su afan reposa.

Alabadle, etc.

Horrendos rayos, que abrasais un monte
Cuando el Señor lo manda,
Bendecidle atronando el horizonte,
Y vosotras, ó nubes, con voz blanda.

Alabadle; etc.

La tierra le bendiga y le engrandezca,
Pues fecunda su seno;
Alábele sin fin, no desfallezca

Nunca en el canto de su gloria lleno.
Alabadle, etc.

Ó collados y montes, bendecidle,
Ó plantas de la tierra,
Ó fuentes cristalinas, repetidle
La voz de bendicion de sierra en sierra.
Alabadle, etc.

Mares, que estais hórridos bramando,
Rios que vais corriendo,
Gloria al Señor module retumbando
Todo vuestro magnífico estruendo.
Alabadle, etc.

En su alabanza abrid la inmensa boca,
Ballenas formidables,
Cuanto nada en el mar y el agua toca,
Dirigid al Señor loas cantables.
Alabadle, etc.

Avecillas del cielo voladoras,
En regalados trinos,
Soltando al aire músicas sonoras,
Loadle con mil cánticos divinos.
Alabadle, etc.

Ó fieras de los bosques, ó animales
Feroces ó apacibles,

Ensalzad al Señor; ó racionales,
Hacedlo en claras voces mas sensibles.
Alabadle, etc.

Bendígale Israel; eternamente
Le bendiga y realce;
Y el santo sacerdocio reverente
Cantándole sus glorias la voz alce.
Alabadle, etc.

Ó siervos del Señor, los corazones
Derramando en sus aras,
Entonadle dulcísimas canciones,
Ó almas de justos cándidas, preclaras.
Alabadle, etc.

Santos de corazon inmaculado,
Los de humildad sincera,
Los de pura intencion, sea loado
Por vosotros con fé viva y entera.
Alabadle, etc.

Misaél, Ananías y Azarías,
Alabadle, alabadle
Alegres ahora y en eternos dias,
Y por siglos de siglos ensalzadle.
Alabadle, etc.

Bendito eres, Señor, en las alturas,

Y laudable y glorioso
Y exaltado por todas las criaturas
En cántico inmortal y sonoroso.
Alabadle, etc.

Tú que al devorador fuego terrible
Mandas que nos respete,
Y él con nosotros blando y apacible
Dócil á tu mandato se somete.
Alabadle, etc.

El rey Nabucodonosor se pasma, baja del sólio, corre al horno, mira á lo profundo, y penetrado de asombro dice á los de su comitiva: «¿No fueron tres los que arrojamos en este horno? Cierto es, ó rey, contestan ellos; y el monarca replica: pues yo veo cuatro sueltos y paseándose por medio del fuego, y no los han tocado las llamas, y el semblante del cuarto es parecido á un hijo de Dios.» Y asomándose á la boca del horno, los llama por sus

nombres: «Siervos del Dios excelso, les dice, salid y venid.» Al instante salen los tres niños de en medio de la hoguera. Y los sátrapas y los magistrados y los jueces y los grandes de la córte los contemplan estáticos, porque ningun poder habia tenido el fuego sobre sus cuerpos, ni habia quemado uno de sus cabellos, ni habia arrugado ni desteñido sus vestiduras, ni olian á cosa alguna quemada.

Y rompiendo Nabucodonosor el silencio de la admiracion, exclama: «Bendito sea su Dios, el Dios de Sidrach, de Misach y de Abdénago (así los llamaban en su lengua caldea) que ha enviado su ángel y ha salvado á sus siervos, que creyeron en él, y resistieron al mandato del rey y abandonaron sus cuerpos al

martirio para no servir ni adorar á otro Dios que el suyo. Yo pues ordeno que cualquiera, sea cual fuere su nacion ó su tribu, cualquiera que blasfeme contra el Dios de Sidrach, de Misach y de Abdénago, perezca y sea destruida su casa, porque no hay otro Dios que así pueda salvar. Nabucodonosor rey á todos los pueblos y á todas las naciones de diverso idioma que habitan en la tierra: paz mucha para vosotros. Prodigios y maravillas ha hecho en mi reino el Dios-Altísimo: pláceme publicarlas, porque son grandes y admirables; y su reino es sempiterno, y su poderío de generacion en generacion sobre todos los siglos.

Leida esta narracion, me es preciso enmudecer para contemplar la heroicidad, lo bello y lo sublime, el

combate y el triunfo, el premio y la omnipotencia divina y el inmenso resultado de la hazaña en los tres niños, que honran maravillosamente en medio de las llamas la poesía y la infancia, y son una demostracion de la singular belleza de los niños de la sagrada Biblia.

CAPÍTULO X.

Satisfaccion del sentimiento de justicia.

Si es verdad que en nuestros corazones hay sentimientos innatos, sin duda alguna es uno de ellos el de la justicia. Cuando vemos premiada á la virtud donde quiera que se halle, sentimos una dulce satisfaccion en lo intimo del alma como si nosotros mismos recibiéramos el galardon merecido. Si un potentado emplea sus riquezas en alivio de los enfermos, enviando á las mansiones del dolor considerables limosnas, si con generosa fran-

queza tiende la noble mano al desvalido, si con bondad caritativa enjuga el llanto de la desamparada viuda y del huérfano sin arrimo, si por su inmaculada conducta y sus virtudes brilla mas que su oro; nos complacemos en que lo tenga abundante, y como que aplaudimos el que la Providencia divina le haya hecho tan opulento. Pero si la voluble fortuna le vuelve las espaldas, y por uno de aquellos inesperados contratiempos tan frecuentes en este mísero mundo, el rico padre de los pobres baja desde la cumbre de las grandezas humanas á ponerse en el número de los menesterosos; no es solo compasion lo que nos inspira su desgracia; parece que acusamos á la sábia reguladora del universo, si al momento no se reflexiona sobre lo

inescrutable y equitativo de sus augustas disposiciones.

¡Cuánto no se han lamentado en todos tiempos los poetas y los filósofos y los escritores de todo género porque no podian contemplar sin pesadumbre el abatimiento de la virtud y la exaltacion del vicio! No hay quien no lance un grito de indignacion cuando el crímen usurpa las dignidades debidas á la virtud, y ésta perseguida y llorosa tiene tribulaciones en vez de bienes y honores. La prosperidad de los malos y las adversidades de los buenos son el escándalo de todo limitado entendimiento, que no se eleva á los misterios de ese Dios, que para el triunfo de su infinita justicia reserva mas allá del sepulcro una eternidad de gloria ó de suplicio. Tan

profundamente impresa está en el linaje humano la idea de la justicia que cuando no la vé y no la palpa, siente en su corazon un gran vacío, y por el contrario se tranquiliza y respira con gusto y regocíjase plácidamente siempre y do quiera que la encuentra dominadora y triunfante, como en las páginas de la inapreciable historia contenida en la Biblia.

En este divino libro es para mí una de sus mayores bellezas la satisfaccion de ese íntimo é innato sentimiento de justicia, que reside en lo profundo del alma. Creo que bastante he dado á entender que tengo por belleza literaria en un sentido lato todo lo que produce placer en una obra, haciendo consistir aquella especialmente en su argumento, es decir, en la naturaleza

de su contenido, sin que por esto quiera prescindir del ropaje, ó sea del estilo, que muy lejos de desfigurar su nativa hermosura, debe esmerarse en vestirla de ricas galas. Los placeres nacen de la satisfaccion de nuestras inclinaciones, entre las cuales tal vez la mas tranquila, y por consiguiente acaso de las mas dulces, es la de este sentimiento de justicia, que plenamente se satisface en la lectura de la sagrada historia.

En las profanas tenemos muchas veces el desconsuelo de ver al vicio condecorado y conculcada á la virtud. Nada de esto falta á la del antiguo Testamento; pero tambien es cierto que como el Altísimo tomó á su cargo el inmediato gobierno de Israél para ostension de sus adorables atributos

ó perfecciones inmensas inherentes á su Divinidad, la relacion de las vicisitudes de ese pueblo es la admirable crónica de la justicia de lo alto, así como lo es de la providencia, de la sabiduría, de la misericordia y del excelso poderío de Dios. No deja de manifestarse de cuando en cuando esta suprema justicia en todos los pueblos de la tierra, porque el Señor, cuya benignidad es inagotable, no se ha contentado con dar al mundo un solo curso de sublimes lecciones de aquella su perfeccion infinita. En todos los imperios, en todas las monarquías, en todas las repúblicas se ha visto el justiciero brazo del Eterno. Prueba de ello es que la decadencia, los trastornos y las calamidades de las naciones se pretenden explicar por su

corrupcion y libertinaje, haciéndolos correlativos. Lejos de mí el decir que no lo sean, pero cabalmente esta correlacion lleva el sello de la justicia divina, puesto que, como varias veces lo vemos por nuestros ojos, no son en esta vida inseparables por su naturaleza el crímen y su visible castigo. Si lo fueran, faltaría una de las pruebas morales de la inmortalidad de nuestra alma. Esto de ver siempre vengada á la inocencia, consolado el arrepentimiento, y por último derruida la iniquidad, que estaba opresora y triunfante, es un privilegio de los que hallan sus delicias en la historia del Testamento antiguo. Son muchos sobre la tierra los criminales, que hurtan el cuerpo al golpe de la justicia de los hombres; para los malos re-

yes no hay en este mundo mas suplicio que la víbora de sus remordimientos. Tienen por patrimonio la impunidad, porque sobre ellos no hay tribunales, ni sobre sus coronadas cabezas hay mas autoridad que la divina, á la cual en el término de su vida han de rendir temblando estrecha cuenta del ejercicio de su soberanía. Allá donde no alcanzan los ojos de los mortales, allá en la eternidad, por cuyas puertas entran sin guardias ni servidumbre, allá á larga distancia de los palacios que dejan, Dios los premia ó castiga. No así, no así los reyes de la sagrada Escritura.

Saul es el primer monarca de Israél, y porque desobedece al Señor, este Rey de los reyes, que derriba del trono al poderoso y exalta á los hu-

mildes, le envia un espíritu malo que le trae como un torbellino de furia, le inspira vilezas y desconfianzas y cobardia, y al hombre de corazon sagaz y valeroso hace pusilánime, imprudente, necio, frenético, infeliz, y espectáculo de escarnio; un espíritu diabólico, que envuelve su alma agitada en sombras de infernal melancolía aun en medio de los resplandores del sólio, un espíritu de desesperacion, que arremolinándole noche y dia como en alta mar huracan tempestuoso á leve navecilla, le impele á golpearse contra las paredes de su palacio, á prorumpir en horrendos rugidos de condenado y á delirar desaforadamente cual loco calenturiento. Tal es su vida despues de su pecado. Pero ya pronto ha de cumplirse la tremenda sentencia del

Eterno, que le priva del reino, desheredá á su familia y le condena á perecer de una manera espantosa. Los filisteos le presentan batalla; él reconoce el campo contrario, prevee su ruina, y no pudiendo evitar el combate, consulta con el Dios de sus padres, y Dios no le responde. En su furibundo despecho corre disfrazado á casa de una mujer que tenia demonio, y exige de ella que le resucite á Samuel. La amiga del infierno rehusa poner en juego su mágia abominable; pero él insta y suplica. Y se aparece el difunto Samuel, anciano venerando cubierto con un manto. La pitonisa se conturba y sobresalta. El réprobo Saul entrando en el oscuro antro de aquella maga, ve al profeta aparecido, y se inclina para adorarle. Y á él la voz

de Samuel: «¿Por qué me has inquietado?» Saul le expone el conflicto en que se encuentra; y el resucitado profeta le anuncia para el dia siguiente su muerte y la de sus hijos, y que su alma ha de comparecer en el tribunal del Eterno.

Llega la nueva aurora y con ella el fin del reinado, de la progenie y de la vida de Saul: trábase el combate, y el réprobo rey se ve mortalmente herido y envuelto por la hueste filistea en el aciago monte de Gelboé: no puede resistir aquella afrenta y el dolor de ver huyendo á Israél y muertos á su lado á sus tres queridos hijos Jonatás, Abinadab y Melquisua, y ruega á su escudero que le acabe de arrancar la insufrible vida. Niégase el escudero á su vehe-

mente súplica; y él arrojándose sobre la punta de su espada, queda ensartado en ella y exhala su desesperada alma. Los filisteos le encuentran, se regocijan con su trágica muerte, le cortan la cabeza, le despojan de sus armas, y se llevan el sangriento cadáver, y lo cuelgan ¡espectáculo horrendo! lo cuelgan de la muralla de Bethsán.

Siéntase gloriosamente en el trono de Israél el tan perseguido David. Magnífico es el premio de su inocencia y mansedumbre. El fúnebre cántico, con que llora la ruina de su injusto enemigo, hace exclamar por la nobleza de sus sentimientos: «¡Ó corazon magnánimo y tierno! ¡Bien mereces esa corona, de que tu rival acaba de ser despojado en el monte de Gelboé!»

¡Pero ay dolor! El santo rey ha visto á una mujer, y sus ojos la han codiciado. David es adúltero. David es homicida. Al leer su alevoso atentado parece que está dando gritos de venganza dentro de nuestros corazones la inocente sangre de Urías; mas en el antiguo Testamento para ningun escándalo hay impunidad. Para que no se dude que las desgracias subsiguientes son castigos del cielo, los profetas las anuncian á los reyes despues de su delito de parte del divino Juez, cuya señal están esperando los rayos.

Preséntase el profeta Nathan al culpable monarca, y mostrándole su crímen en una alegoría muy bella, muy ingeniosa y muy tierna, le reprende con admirable energía, y haciéndole confesar su pecado, le pro-

nostica amargura sin cuento durante toda su vida. Y el niño fruto de su adulterio es presa de enfermedad mortal; y David ora en vano por él, y ayuna y se encierra solo con su dolor, y yace postrado, y vienen los ancianos sus allegados y familiares á rogarle que no se entregue de tal suerte á la pesadumbre y se levante del suelo, y él no les dá oidos, y rehusa tomar alimento, y el niño muere al sétimo dia.

Y una hija suya es aflictivamente violada por otro hijo suyo, y entre sus hijos hay ódio y sed de venganza. Y Absalón convida á sus hermanos á un festin en una casa de campo para asesinar al mas querido de su padre; y á este un nuncio de malas nuevas, exagerando el trágico suceso, le dice que

todos sus hijos han sido víctimas del puñal fratricida; y el rey se echa en tierra y rasga sus vestiduras, y cuantos le rodean rasgan tambien las suyas. Llegan sus hijos llorando, y él derrama largo llanto, y dolorosos gemidos salen hirviendo de su traspasado corazon.

Y Absalón á la vuelta de su destierro se rebela contra su padre; y en los dias de su vejez y á los cuarenta años de reinado vé el tristísimo David que una mano parricida viene con la mayor parte de su pueblo á arrancarle la corona de sus venerables canas y á hundirle en el sepulcro. Y con la cabeza cubierta de ceniza, los pies descalzos, la desolacion en su alma y el mas profundo abatimiento en su augusto semblante, sale de Jerusalén

huyendo de su propio hijo; y los montes circunvecinos regados con sus lágrimas y con las de su pesarosa comitiva repiten de cumbre en cumbre sus doloridos sollozos, y él es insultado al paso y vá á esconderse en el desierto; y su hijo perece, y su sangre se ha vertido contra el expreso encargo de conservarle la vida, y amargamente le llora sin consuelo. Y luego vienen sobre su reino como caballos de guerra, hambre y peste desoladora, ministros del Altísimo.

Preciso es cerrar los ojos para no ver en este y en el siguiente reinado una dilatada série de castigos venidos del trono de las justicias de Dios. Las guerras civiles de aquella época fueron ocasion de que se cometiesen una multitud de enormes delitos por ilus-

tres personajes de la córte y del ejército, que permanecieron por algun tiempo impunes, porque la política de David y las imperiosas circunstancias contuvieron el brazo de la justicia humana; pero el de la divina cayó terriblemente sobre ellos. Abner sostenia una injusta guerra contra el legítimo reinante, defendiendo la causa de la estirpe de Saul reprobada por el cielo: se indispuso con el débil Isboseth, se pasó al bando de David, y hechas las amistades con este monarca, cuando iba á llevar á cabo la empresa de someter á su imperio las tribus que contra él habia acaudillado hasta entonces, fué muerto por Joab, quien le metió traidoramente por una ingle su espada.

El malvado cortesano Achitofel fué

una personificacion de las inspiraciones satánicas; y por último tuvo él mismo una muy horrorosa é infernal, que luego puso por obra, la de ahorcarse con sus propias manos, abriendo de esta suerte á su alma pérfida el camino del abismo, donde despues de tantos siglos aún está recibiendo el premio de los demonios. El general Amasa capitaneaba la sublevacion de Absalón, y derrotado el ejército de este mal hijo, volvió á la gracia del benigno rey, que le confió un importante mando; empero el cielo para castigo suyo permitió que Joab le asesinára dejándole tendido entre un lago de sangre á que sirviera de fúnebre espectáculo á todo el pueblo, que iba por allí pasando al asedio de Abela. ¿Y habia de que-

dar sin ejemplar castigo el insigne perpetrador de estos asesinatos? Al principio del siguiente reinado por órden de Salomon tiñó Banaias su invicta espada en la sangre de Joab vertida en el tabernáculo del Señor, en la sangre de Adonias y en la sangre de Semei, que tiró piedras á su perseguido Soberano.

Nada tiene de extraño que el criminal sufra el condigno castigo señalado para su delito en el código penal del pais donde le comete; en este caso no se vé mas que una consecuencia necesaria de un antecedente, ó el efecto de una causa. No así en esa série de muertes violentas, que acabo de mencionar. Entre el delito y el castigo medió el tiempo suficiente para que la autoridad humana olvidá-

ra al primero, mucho mas si se atiende á que por parte de los poderes civiles la infraccion de la ley, que ha tardado mucho en castigarse, puede estar casi segura de quedar impune para siempre. Sabido es que á la infinita santidad de Dios repugna el mandar que el brazo del hombre dé muerte á otro para satisfacer envidia ó venganza humana; pero justísimamente permitió el Señor que estas pasiones lográran con la espada de Joab su sanguinario intento, no librando del peligro á los culpables generales sostenedores de la civil discordia.

No es mi ánimo probar que hay en el cielo una justicia divina, inconcusa verdad reconocida por todo el género humano, y cuya demostracion

es agena de esta obra. Bástame haber indicado la idea de que en la historia santa se satisface siempre el innato sentimiento de justicia, que abriga todo hombre recto, y que esto produce complacencia, y es por consiguiente una belleza de la Biblia.

¿Pero cuál es el alma tan fiera que se complazca en la destruccion y en la muerte? ¿Puede ser grata al hombre bondadoso y sensible la desgracia, y grato el exterminio de sus semejantes? ¿Quién contemplaria con ojos enjutos la desolacion de una familia ó la ruina de una ciudad? Este es el lastimero cuadro, que ofrecen los castigos del cielo, y seria menester unas entrañas de tigre para regocijarse con ellos.

Tal es la objecion, que presentada sin rebozo alguno y con la mayor

energía puede oponerse al pensamiento, que vengo desenvolviendo. Y en efecto, jamás dejará de ser doloroso el espectáculo del mal físico; pero este no es único en el mundo; el mal moral es de mucha mayor importancia, porque ataca á objetos de mas valer que un individuo, ó un rey ó una ciudad ó un reino: subvierte el órden establecido por la divina Providencia, se opone al bien de la sociedad general, daña á otros séres racionales, infecta y contamina la especie humana, y contradice á la suma y eterna justicia y reguladora autoridad de Dios. Por ser tan imponderable la trascendencia pestífera y la grande horribilidad del crímen, este mónstruo es generalmente aborrecido, y no hay án-

gulo de la tierra donde no haya contra él no un cuerpo, sino muchos cuerpos de ejército, si me es lícito expresarme de esta manera, destinados á perseguirle y asestarle sus tiros donde quiera que levante su frente emponzoñada. Cuerpos de ejército contra el crímen son los tribunales, los jueces y demás autoridades de todas las naciones, los regimientos de infantería y los soldados de á caballo y los de artillería, todos los cuales son instituidos para conservacion y defensa del órden público y de los particulares garantida por aquel; cuerpos de ejército las infinitas leyes penales, de que ningun pueblo ha carecido, las multas, los destierros, las cárceles, las confiscaciones y los cadalsos; la pérdida del honor y del buen nombre,

y el menosprecio y el oprobio y la vergüenza que le siguen; cuerpos de ejército las insufribles protestas y reconvenciones de la virtud, los antipáticos ejemplos de los buenos y las doctrinas de la verdadera sabiduría y de la religion consignadas en escritos innumerables, y la conciencia pública y la privada, que dentro de todo hombre tiene su tribunal vivo, permanente, enérgico é inexorable.

Si tal es la guerra que se hace al crímen, y todos los hombres estamos empeñados en ella á pesar de nuestras propias flaquezas; ¿cómo no complacernos en su derrota? Su derrota es su castigo. ¿Qué combatiente, qué partidario de una causa no se regocija en las pérdidas, que el enemigo bando experimenta en las lides? Sin embargo

hay en ellas derramamiento de sangre y muerte y destruccion; y una nacion entera compuesta de millones de hidalgos caballeros cristianos, en cuyos pechos reinan la caridad y la compasion mas tierna, y de matronas y jóvenes piadosas de suavísimas entrañas de amor y de dulzura, seria necesario suponerla cruel, atroz é inhumana siempre que se la viera alegrarse por los reveses de un ejército invasor; suposicion injusta, que el buen sentido rechaza cual detestable absurdo. Su triunfo, y no la vertida sangre del enemigo, es lo que alegra á corazones bien nacidos. De idéntica manera el triunfo de las justicias de Dios y la constante punicion de la maldad son en la sagrada Historia el sublime objeto de la com-

placencia de elevados entendimientos.

Pero esta distincion, que destruye el argumento sacado de la sensibilidad humana, tan lejos de ser la única arma con que se le puede destrozar, casi es supérflua en el presente caso. Los espectáculos de dolor y de espanto, las escenas de muerte y de exterminio, vistas por nuestros ojos sin duda alguna son muy aflictivas; pero si lo fueran descritas en los libros, convendria quemar las obras de los ingénios mas admirados. Y seria preciso que desaparecieran de la Iliada de Homero y de la Jerusalén del Taso las heridas y las muertes de tantos héroes y heroinas, que despues de haberse robado nuestro cariño y admiracion, sucumben al filo de enemiga espada triste y dolorosamente;

habria que rasgar el poema de Milton y cumplir la última voluntad de Virgilio con respecto al suyo, y decir á Klosptock que habia hecho mal en escribir su Mesiada, y al Dante que no debia habernos estremecido con la pintura del purgatorio y mucho menos con la del infierno. ¿Qué mas? Seria necesario que no hubiese en el mundo una sola tragedia.

El delito suscita en nuestros corazones un sentimiento desagradable, que algo participa del grito de la venganza, del fuego de la ira y de la rectitud de la justicia: llámase indignacion, tiene cabida en pechos generosos, y se propaga de unos en otros como la llama de un incendio, y se templa y apacigua cuando la cuchilla

de la justicia cae sobre la cabeza del reo. Antes de tan funesto trance, la vindicta pública padece una sed de sangre; despues de él se dice que ya está satisfecha. Estos grandes movimientos del corazon se verifican principalmente cuando los criminales son potentados de la tierra y su iniquidad es pública y en daño de su nacion, como sucede con la tiranía de muchos reyes de Judá y de Israél y con el pecado aún mas grave de perder para la eternidad las almas de sus vasallos, haciéndoles volverse contra el verdadero Dios, adorando mentidas divinidades.

Todos los hombres como hijos de Dios deben mirar cual suyos los intereses de su Padre celestial. De aquí nace el que las apostasías de los pueblos

antiguos y los quebrantos, que en otros siglos ha padecido la única religion verdadera, conmueven tristemente á las almas piadosas de otras edades y hacen hervir en ellas una santa indignacion; pero la venganza divina es el rocío que templa sus ardores, y el triunfo de la justicia y la muerte de la iniquidad son su propio triunfo. En la Historia santa lo encuentran á cada paso. Toda ella es un admirable tejido de las derrotas de los tiranos, de las caidas de los inícuos potentes, de las triunfantes exaltaciones de la virtud oprimida, y de las venganzas de Jehová. No hay un libro de la sagrada Escritura que no ofrezca las interesantes y variadas campañas del crímen y de la Omnipotencia divina. Para solo enumerarlas se necesitaba

escribir un abultado volúmen. En el texto sagrado deberian leerse para prueba de estas indicaciones, y leerse con un alma dispuesta á ver, á sentir, y á volar de un afecto en otro, y de uno en otro sentimiento. En los cuatro libros de los Reyes es donde mas particularmente he experimentado estas sensaciones con las maldades de los reyes de Israél, sus muertes sanguinolentas y el cambio y exterminio de sus varias dinastías. Y á la verdad ¿qué corazon permanecerá helado en vista de las iniquidades de Jezabel?

Esta impía es para Israél y para los profetas del Señor como una inundacion para ténues cabañas de pastores, como una tempestad desoladora para la mies naciente de un pobre labradorcillo, como un terremoto para una

endeble choza Su marido Acab era mas inícuo que sus protervos antecesores, todos los cuales corrieron por la senda de los pecados de Jeroboam, y ella aún le hace peor. Por ella la muerte atroz ensangrienta sus garras en los santísimos miembros de los profetas. Por ella las persecuciones de la virtud y de la inocencia vuelan como rayos. Por ella se introducen en el reino nuevas abominaciones, se erige á Baal un templo, y hasta los bosques se convierten en teatros de execranda supersticion. Por ella se atropellan las leyes mas sagradas, y los derechos de las familias desaparecen ante un injusto capricho. El digno esposo de esta furia está poseido de melancolía, porque no puede lograr que se le venda una viña; pero ella es muy á propósito

para consolarle. El modo se lo inspira el averno. Sugiere á los ancianos de Jezrael infernal estratagema, dolo y calumnia. Mueren apedreados el virtuoso Naboth y sus inocentes hijos....

Veamos ahora cómo sobre ella y sobre toda su familia se derrama la copa de la ira divina. Elías lo profetiza, y Jehú lo cumple. Ya Acab ha perecido míseramente en una batalla, y muerto su hijo Ocozías, reina su nieto Jorám cuando Eliseo envia de parte de Dios á uno de los hijos de los profetas con una mision importante á Ramoth de Galaad. El mensagero del Eterno entra en la habitacion donde se hallan los jefes del ejército, y llamando aparte á Jehú, le unge por rey de Israél, le ordena exterminar la descendencia de Acab,

y se ausenta presurosamente. Vuelve Jehú á la sala, sus compañeros de armas le preguntan á qué ha venido el profeta, y él les declara que á ungirle rey. Todos arrojando sus mantos á los pies de su general, con presteza y estruendo le aclaman por soberano.

Jehú levanta el campo, y vuela á Jezrael, donde el rey Jorám se está curando de heridas que recibió en la guerra. Aquí principia el exterminio. Un centinela viendo á lo lejos una nube de polvo y centellear millares de mortíferas armas, hace llegar la voz de alerta hasta Jorám, á quien habia venido á visitar su pariente Ocozías, que era rey de Judá. Alarmados los dos reyes envian exploradores, y ninguno de ellos vuelve: creciendo la agitacion de los dos reyes, hacen un-

cir sus carros, en ellos salen al encuentro de Jehú, le hallan en el campo de Naboth Jezraelita, y luego que Jorám le vé, así le dice: «¿Jehú, hay paz? Y él con una voz de trueno le responde: ¿Qué paz? ¿qué paz si la tierra está llena de las iniquidades de tu madre Jezabel, y este mismo suelo bebió por ella la inocente sangre de Naboth?» Y al decir esto le flecha una saeta, que entrándole por las espaldas le sale por el corazon, le derriba dentro de su carroza y le arranca para siempre el alma condenada. El rey de Judá al ver exánime al de Israél, intenta ponerse en salvo; pero Jehú, no queriendo manchar sus manos en la sangre de David, manda á los suyos matarle, porque tambien era malo y era hijo de Atalía, hija de Jezabel y

de Acab. Mil dardos vuelan contra Ocozías, y el mísero desangrándose en su inútil fuga, pasa á la eternidad al entrar en Magedo, yendo su espíritu á acompañarse en la region de las tinieblas eternas con el de Jorám, cuyo horrible cadáver es arrojado en el mal poseido campo de Naboth para que allí le despedacen los perros.

Jehú en seguida penetra en la ciudad, y al pasar por debajo de las ventanas de palacio vé á la vieja Jezabel ricamente engalanada, que aún se atreve á insultarle, y lanzando una mirada de fuego, «precipitadla» grita á los eunucos que están con ella; y la impía baja por el aire salpicando la pared con su sangre, llega al suelo, y sobre su cuerpo y sobre sus ricas joyas ponen sus pies

polvorientos y duros los caballos del ejército de Jehú. La devoran los perros, no quedando de ella mas que las extremidades y la horrorosa calavera. Jehú confiesa que es el cumplimiento de la palabra del Señor dicha por el profeta Elías al marido de aquella reina soberbia, que mantenia á su mesa cuatrocientos sacerdotes del ídolo Baal. «Y serán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrael como el estiércol sobre la haz de la tierra, en tanto extremo que dirán los que pasen ¿es esta aquella Jezabel?»

Aún no han terminado las venganzas del Juez de los reyes. Hay en el reino setenta príncipes de la familia de Acab, y por mandato del tremebundo Jehú sus setenta cabezas cortadas de sus cuerpos se le han de pre-

sentar á una misma hora en su palacio. Cúmplese. En la puerta de la ciudad, lugar donde concurre todo el pueblo, se ven por órden del nuevo rey las cabezas de los setenta hijos de Acab; y luego el inexorable guerrero hace acuchillar á todos los que han quedado de la casa de Acab en Jezrael, á todos sus magnates, á todos sus amigos, á todos sus sacerdotes hasta no dejar reliquia alguna de él. Y se vá para Samária, y llegando en el camino á una cabaña de pastores, halla á los hermanos de Ocozías, y les dice: «¿quiénes sois vosotros?» Ellos responden declarando su estirpe, y añaden: «hemos venido á saludar á los hijos del rey y á los hijos de la reina.» La réplica de Jehú es hacerlos degollar á

todos ellos; y eran cuarenta y dos.

Llega á Samária aquel rayo de la justicia divina; ordena que se haga un sacrificio solemne al dios Baal, no habiendo de faltar á él bajo pena de la vida ninguno de los que su religion profesan. El templo del ídolo se llena de sus sacerdotes, de sus falsos profetas, de sus ministros y cantores y de la muchedumbre de sus devotos; ya el incienso empieza á humear sobre el altar nefando, y el rey que está á la puerta del templo, manda á sus cohortes, dispuestas para el intento, que entren, y que sus espadas á nadie dejen vivo. El templo del ídolo en aquel instante se vuelve una montaña de cadáveres regada por un piélago de sangre. Sobre ella reina la muerte, reina el horror y el espan-

to. El execrando Baal es arrojado de su altar, arrastrado por el suelo, hecho pedazos, y por último consumido por el fuego. Cae su templo, y hasta sus escombros desaparecen.

Tal es una de las innumerables hazañas de la divina Justicia, la cual sobremanera resplandece en las nunca bien admiradas narraciones del antiguo Testamento.

CAPÍTULO XI.

Peripecia.

Los antiguos retóricos, siguiendo á su maestro Aristóteles, contaban la peripecia entre los principales ornamentos de la poesía, dando aquel nombre al tránsito rápido de la felicidad al infortunio, ó de la desgracia á la dicha. Yo la llamaria asombroso resorte para conmover los corazones humanos y excitar admiracion, que son las propiedades de la belleza literaria. El movimiento es casi siempre mas bello que la quietud, y con respecto al alma y á la imaginacion au-

méntase el placer que produce á proporcion de su rapidez; así es un drama tanto mas agradable cuanto mas velozmente se conduzca su accion; así las victorias de un general son tanto mas admiradas cuanto menos sea el tiempo, que haya empleado en desbaratar los ejércitos contrarios. La inmovilidad no es bella sino cuando se la considera en un objeto, que por sí mismo sea grande y poderoso, como una roca, que en medio del mar resiste al incesante ímpetu de las olas embravecidas, como la inmensa mole de un monte, que se esconda entre las nubes, como un centinela que estando solo no retrocede acometido por un escuadron enemigo: en este postrer ejemplo lo que propiamente admira es el valor heróico del

impertérrito soldado, no su inmovilidad. La de un cadáver inspira pensamientos profundos y elevados, pero es porque en la mente meditabunda del cristiano que lo contempla, hay una verdadera peripecia: el vuelo que del tiempo á la eternidad ha dado el alma de aquel difunto, que se tiene delante, la infinita distancia que ha atravesado de este mundo tumultuoso, en que hablaba y bullia, hasta el mudo dominio de la muerte y hasta regiones desconocidas y sumamente lejanas, de donde jamás se vuelve, he aquí la gran peripecia, que en nuestra fantasía hace de la inmovilidad de un cadáver un objeto sublime.

Para confirmar esta observacion podria citarse la célebre oda de Rioja á las ruinas de Itálica, que aunque

inmobles, dieron lugar á estas grandiosas imágenes.

Estos, Fábio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

. . . . . , ...

Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fué plaza: allí fué el templo.
De todo apenas quedan las señales.

. . . . . .

Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada.

. . . . . .

Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades.

Esto no necesita comentarios. Visite el viajero las ruinas de Pompeya, y en medio de aquellas calles desiertas, de aquellas antiquísimas casas destechadas, de aquellos templos y

anfiteatros demolidos, de aquellos escombros lúgubres, cuya viudez y soledad han visto y compadecido tantos siglos, sentirá su alma trasportarse de estos vestigios de duelo al tiempo en que la voluptuosa Pompeya rebosaba de pueblo rico de vida, magnífico en su opulencia soberbia, loco en alegres festines y embriagado en placeres, y verá sepultarse entre lava y callar de repente y enterrada en cenizas aquella nueva Sodoma.

Prévias estas indicaciones acerca de la belleza poética, que presta la peripecia mental aun á ruinas inanimadas con el solo recuerdo de lo que fueron, y omitiendo algunas otras para no desviarme por mas tiempo de la Historia sagrada, entro en ella, y en casi todas las páginas de

esta obra divina veo suceder rápida é inesperadamente la felicidad al infortunio, ó convertirse la dicha en desventura horrorosa.

Capitaneando al victorioso Israél, con la cabeza noblemente erguida, majestad en su frente laureada, alegría en sus ojos radiantes, y el corazon satisfecho por haber libertado de la esclavitud á su pátria, y rebosando de gloria, porque su espada devoró á los hijos de Amnon, vuelve Jepté á su casa á gozar las dulzuras de su triunfo, ávido de estrechar á su única hija, ídolo de sus entrañas paternales. Viene á su encuentro, bailando al son de música festiva un coro de bellísimas doncellas ricamente engalanadas: la que á todas excede en regocijo y corre desa-

lada palpitando de amor, es su hija querida: la reconocen sus ojos; y retrocede de espanto, pierde el color y el habla, y se horroriza y tiembla, y desgarra sus vestiduras triunfales: precipitándose en sus brazos, padre mio, le dice la jóven amorosa: y el anciano con la vehemencia del mas profundo dolor: «Hija mia, tú eres mi víctima, porque he ofrecido á Dios, si me concedia victoria, inmolar á la primer persona de mi casa que se me presentára. Tú has sido la primera.» Silencio y compasion y llanto y duelo se difunden en torno. ¡Qué pavor! ¡Qué pavor! Aquella jóven de heróica resignacion replica con sublime ternura: «Padre mio, si lo has ofrecido al Señor, cumple tu voto. Solo te pido que me concedas dos meses de térmi-

no para llorar por selvas y por montes, para llorar con estas mis amigas.»

El coro de doncellas se dirige á solitarias grutas, enterneciendo con sus tristes suspiros á los valles, á las colinas, á las rocas, y á las montañas; y el anciano convulso, convertido en dolorosas tinieblas el brillo de sus ojos, con el rostro caido, destrozado el corazon, entra en su casa enlutada por el dolor á descansar de sus triunfos en el lecho de la desolacion. Padre desventurado, esfuérzate, no sucumbas al ímpetu de tu amargura, ni desfallezca tu brazo, pues aún debe partir las entrañas de tu hija con un puñal agudo.

Armado todo el imperio Asirio para aherrojar el universo y postraclo á la opresora planta del fiero Nabucodo-

nosor, se precipita por el mundo como torrente de muerte: va retumbando por montes dilatados el horrendo fragor de su marcha: queda el sol oscurecido con el polvo de su inmensa caballería: tiembla la tierra al peso de sus armas: le precede el espanto, y en pos de sí donde habia populosas ciudades, no deja mas que cenizas y soledad: el incendio y la ruina le acompañan; y su fulminante acero se embriaga con la sangre de la Mesopotamia, con la sangre de la Siria, con la sangre de la Idumea, con la sangre de la vencida Arábia. Sienta sus reales en frente de Betulia. ¡Ay de tí! ¡Mil veces ay de tí, ciudad desamparada, que ya estás en la boca del tigre devorador de naciones! Sus garras van á descuartizarte. Tus vírgenes

serán presa de su rapacidad; tus niños y tus ancianos, tus matronas y tus levitas se desplomarán juntos en un mismo sepulcro: serás tú misma la tumba de tus hijos: tus muros llorarán su destruccion: ya no se oye dentro de ellos mas que suspiros y alaridos lúgubres; la sed y el hambre tiénente pálida y consumida. Horrible es tu agonía. Muérete ya, pues el morir es mas suave que el tormento que sufres.

¡Ah! ¡Betúlia no muere! Dios ha puesto la vida del general enemigo en manos de una mujer: Judith muestra á su pueblo la ensangrentada cabeza de Holofernes: huyó el pavor, huyó la angustia y la agonía. Se han trasladado al campamento Asirio. En la ciudad sitiada triunfa el gozo mas puro, y la inspirada heroina lo trasmite á

las generaciones futuras en un alegre cántico de gloria.

No hay duda en que la peripecia imprime en la historia de sus héroes ó de sus víctimas un sello de asombro y de interés extraordinario. Napoleon caido en Santa Elena despues de haberse levantado en alas de la victoria sobre todas las naciones de Europa, será en las edades venideras mucho mas interesante que si hubiera acabado sus dias bajo el dosel imperial, ó al frente de un enemigo que disparase á un tiempo doscientas cincuenta mil balas hácia el sitio donde le divisaba; y la memoria del conquistador corso nacido de humilde cuna suscitará pensamientos mas grandes y mas profundos que la del héroe de Macedonia, nacido en régio tálamo y fundador de

otro imperio, que habia de quedar desgarrado en su testamento.

Si fijásemos la atencion en el mundo de nuestros sentimientos, en el mundo de nuestra alma, en el mundo de nuestro corazon, gozaríamos asistiendo á un espectáculo curiosísimo y encantador; observaríamos las misteriosas leyes que lo gobiernan, admirando los secretos resortes que lo mueven y sus invisibles pero positivas relaciones con determinadas clases de sucesos humanos. Este exámen, este acto reflejo sobre nuestras sensaciones de gozo, de dolor, de asombro, de dulzura, de ira y de amor, además de otras muchas ventajas intelectuales y aun morales, nos proporcionaria un deleite íntimo é inexplicable, que tendrán por una paradoja los que no lo

hayan experimentado. Semejante estudio es necesario para bien penetrarse del mérito de la peripecia y para apreciarla debidamente. Al que no lo hace le sucede lo mismo que al distraido, que hallándose en medio de una campiña amenísima y bella, vá pensando en las dificultades de sus proyectos, ó en cualquier otra cosa, menos en la campestre belleza que le rodea: este hombre no goza, porque no contempla lo que tiene delante. Lo sé por experiencia propia: un árbol es uno de los objetos que mas me agradan en la naturaleza; pero para que me deleite, me es preciso, no solo verle, sino mirarle.

Si hemos de gustar las bellezas de la Historia santa, será indispensable que se lea con alguna reflexion y de-

tenimiento contemplativo, figurándonos estar presentes á los grandes sucesos que nos refiere. Así es como percibiremos todo el encanto y toda la grandeza de sus multiplicadas y sublimes peripecias. Puede asegurarse que en ninguna otra historia hay tantas ni tan hermosas. Como Dios queria hacer ostentacion de su justicia con el pueblo judío, castigábale siempre que se precipitaba en la iniquidad, y cual árbitro de las naciones y señor de las tempestades de cielo y tierra concitaba contra él una nacion guerrera y opresora, que cual nube tronante arrasára sus campos y llevára azote de hierro para tiranizar á sus cautivas ciudades. Siendo natural al hombre buscar remedio á sus males, este pueblo pecador cuando se

veia en el abismo de la afliccion, se convertia á su justiciero Castigador divino, exhalando gemidos de lo profundo del alma, bañándose en sus lágrimas y vistiendo cilicio; y el Dios de la misericordia trocaba su duelo en regocijo y triunfo, suscitándole un caudillo invencible, que armado de la divina omnipotencia inopinadamente restituyera á su pátria la libertad suspirada y la paz halagüeña, su religion verdadera, sus leyes sacrosantas, sus antiguas costumbres y su próspera dicha y su gloriosa alegría.

Este mudarse la felicidad en luctuosa desgracia y el infortunio en ventura es muy frecuente en la sagrada Historia; pudiera decirse que es una escena contínua, mas siempre nueva, siempre sublime y tierna,

variada y sorprendente. Entre sus personajes célebres apenas se encontrará uno, que no haya pasado rápida é inesperadamente del dolor al regocijo. Abrahám en el acto mismo de sacrificar á su hijo es detenido por un ángel: ambos corazones pasan de la muerte á la vida, y el Señor les promete multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas que hay orilla del mar, y que todas las naciones serán benditas en un descendiente suyo. José en Egipto, de casa de Putifar, donde habia hallado estimacion y regalo, es precipitado en una cárcel cuando menos lo merecia, y de su prision sube á ocupar un magnífico palacio y á mandar en todo el reino. Sus hermanos están atónitos por la desgracia

que les ha sobrevenido, creyendo que por ella su anciano padre morirá de dolor; y en aquel mismo instante encuéntranse en los brazos de un tierno hermano, que hará la felicidad de ellos y la de su amado padre.

No tendria fin la série de peripecias, que pueden señalarse en la historia de ese pueblo, á quien tantas veces libran de extranjera tiranía muy visibles milagros. Baste recordar que muchos de sus caudillos salen de repente á serlo desde una cabaña pastoril, ó desde una rústica choza de labradores, y que los instrumentos de los prodigiosos cambios de fortuna, que esta nacion experimenta, son de tal naturaleza, que antes de que lo fueran, no era posible figurarse el asombroso éxito que habian de tener

las sobrehumanas empresas acometidas por ellos. En casi todas intervenia un milagro; y de aquí la velocidad, la sorpresa, el asombro, y la fuerza omnipotente con que cambiaba de faz la voluble fortuna del privilegiado Israél. Pero ha de observarse para gloria de la misericordia divina que la directa intervencion del cielo obraba la peripecia siempre en sentido favorable á su escogido pueblo. Prodigios para oprimirle, no se encuentran. Para salvarle, son innumerables. Cuando provocado á ira derramaba el Todopoderoso la copa de su indignacion, bastábale el curso natural de las pasiones humanas y el espíritu de conquista, que antes del Evangelio dominaba en los fuertes de la tierra, para que gentes feroces corriesen á ser formi-

dables ministros de su venganza, atropellando á aquella raza tan caediza en el crímen con el desolador carro de la guerra y de la victoria ensangrentada. Pero Dios volvia por su pueblo arrepentido, y la enemiga prepotencia se disipaba cual humo.

Uno de los libros de la sagrada Escritura tiene por objeto pintarnos una admirable y patética mudanza de fortuna: diré algo de ella, porque es grande su asunto, dramática su accion, interesantes sus protagonistas y su desenlace terrible y extraordinario.

En el segundo de los grandes imperios de la antigüedad reinaba el opulento Asuero y despues de él su primer ministro el arrogante Amán, á quien el rey en el exceso de su privanza daba el nombre de padre y ante

quien caian de rodillas para adorarle todos los próceres de la monarquía de los persas. Pero habia en las puertas de palacio un justo de otra nacion, que adorando al verdadero Dios, ni siquiera se inclinaba ante el soberbio encumbrado sobre todos los príncipes del reino.

Amán lo nota, y su pecho es un volcan de ira; pero sabe que Mardoqueo es uno de los innumerables judíos, que viven en el imperio despues que Ciro los libertó de la cautividad de Babilonia, y pareciéndole poco el deshacerse de un solo hombre, resuelve el exterminio de su nacion entera. Persuade á Asuero que conviene extirparla, y se fulmina el decreto de sangre para que en las ciento veinte y siete provincias de su dominio se pase

á cuchillo á todos los judíos, á niños, á mujeres y ancianos en un mismo dia, que habia de ser el décimo tercero del mes duodécimo llamado *Adar*. Fíjase el edicto en Susa, capital de aquel imperio. Amán y el rey lo celebran con un suntuoso banquete, mientras todos los judíos de la ciudad lloran inconsolables. Mardoqueo en la exaltacion de su profundo dolor desgarra sus vestidos, pónese un saco de penitencia, se empolva con ceniza la desmayada cabeza, y en medio de la plaza con sonoros gemidos publica la amargura de su alma. Donde quiera que llegaba este cruel edicto, los míseros judíos entristecian los aires llenándolos de suspiros y alaridos fúnebres mezclados con torrentes de llanto. Las ciudades, los pueblos y

las aldeas estaban empapadas en sus lágrimas: las víctimas, de cuyos ojos salian á raudales, para prepararse á la muerte ó mover á piedad al justo cielo, entregábanse al ayuno y á la oracion, ceñíanse de cilicio, y muchos de ellos dormian sobre ceniza.

La consternacion penetra hasta lo mas elevado del régio alcázar: la reina misma está hecha un mar de lágrimas. ¡Ah! La reina es judía: y este ha sido en palacio un secreto impenetrable. Encerrada en lo mas recóndito de su departamento, se despoja de las vestiduras reales, se ciñe otras de penitencia y dolor, y en vez de los esquisitos perfumes, se echa en la cabeza estiércol y ceniza. Mortifica su cuerpo delicado con rígidos ayunos, y destrozándose la hermosa cabellera, la

esparce por todos los lugares donde antes solia regocijarse. ¡Ay! La dolorida Esther temblando por el inminente peligro de su pueblo, y dispuesta á sacrificarse por salvarle, se postra ante el Dios de Israél, é implora su misericordia con una deprecacion de fuego y de ternura. Se levanta llena de confianza en el Señor, se quita el saco de duelo, se engalana con sus mas ricas joyas, y se dirige á la vedada habitacion de Asuero, aunque habia ley que condenaba á muerte á cualquiera que sin ser llamado se le presentára en ella. El rey se aira al verla; Esther se desmaya, y en aquel instante convierte Dios en amor complaciente el enojo del monarca. Esther le convida á un banquete, y quiere que tambien asista á él su pri-

mer ministro Amán, quien al salir de palacio henchido de vanagloria por haberse sentado á la mesa de la reina, encuentra al aborrecido Mardoqueo, y viendo que no le dobla la rodilla, hierve en mas furiosa rabia, y por consejo de su mujer hace levantar un altísimo patíbulo para el infeliz israelita. Á la mañana siguiente, muy de madrugada, corre á palacio á arrancar de Asuero aquella anhelada sentencia de muerte.

Pero habiéndose desvelado el monarca, se entretuvo en leer las memorias de su reinado, y al llegar á un pasaje en que se referia que Mardoqueo le habia salvado la vida, descubriendo una conjuracion, preguntó qué premio habia recibido el fiel Mardoqueo por servicio tan señalado: díjo-

sele que ninguno. Asuero reflexionó un poco, y volvió á preguntar: «¿Quién está en la antecámara?— Amán, ó rey, que ansía por entrar á veros.» Mandó que entrára y recibióle diciendo: «¿Qué se deberá hacer con un hombre á quien el rey quiere honrar y distinguir sobremanera?» Persuadiéndose el perverso ministro de que en él recaeria aquel extraordinario honor, respondió que debia ser vestido con las ropas reales, montado en el caballo del rey, coronado con la diadema, y que el cortesano mas ilustre llevándole el caballo del diestro, le paseára por toda la ciudad gritando: «Así es honrado el que el rey quiere honrar.—Dices bien, replicó Asuero; y por tanto tú que eres el primer personaje de mi palacio, haz con Mardo-

queo cuanto acabas de decir, y cuidado con olvidar ninguna circunstancia.» Fué preciso que Amán obedeciera: vistió de rey á Mardoqueo, le puso la corona, túvole el estribo al montar á caballo, y fué de palafrenero pregonando por toda la gran ciudad de Susa: «Así se honra al que el rey quiere honrar.»

Terminado este solemne acto, el prepotente Amán con la cabeza caida sobre el pecho acongojado, y cubierto de confusion y vergüenza, corrió á esconderse en su casa, y mientras lloraba de coraje y de dolor por verse á los pies de su víctima, fue llamado con premura á otro banquete de Esther; y cuando hubiera deseado ocultarse para siempre en las cavernas de las fieras para que viviente al-

guno volviese á verle, tuvo que presentarse en la córte á poner en berlina las mal contenidas lágrimas de su humillacion y su vergüenza pintada en el encendimiento de su semblante.

Sumamente complacido el rey con los obsequios de su tierna y bellísima esposa, queriendo manifestarle la grandeza de su amor, «pide, le dice, pues aunque me pidieras la mitad de mi reino, te lo daria.—¡Señor, respondió Esther con un profundo suspiro, si soy grata á vuestros ojos, dadme la vida á mí y al pueblo mio: esto es lo que yo os pido! ¡Yo soy hebrea, y todos los hebreos están condenados á muerte! ¡Y si solo nosotros estuviésemos para perecer, yo lloraria nuestra desgracia en mi retiro y la sufriria en silencio; pero es tal, ó rey,

nuestro enemigo, que su crueldad principia por nosotros y llega á amenazar vuestra persona!—¡Mi persona! dice Asuero enfurecido. ¿Y quién es el enemigo que tanto puede? —¡Es Amán, replica Esther, Amán el que teneis delante, él es quien ha jurado nuestra ruina y la vuestra!»

Vehementemente irritado el monarca, se levanta de la mesa, y sale al jardin inmediato á pensar y á respirar el fuego de su grande indignacion. Como herida por el rayo se desploma una torre, así el orgullo y el corazon de Amán: pálido como la muerte, se arroja á los pies de la reina de Persia, implorando perdon. El rey vuelve, y creyendo que Amán trataba de violentarla, exclama furioso: «¡Aun á la reina quiere oprimir

en mi presencia!» Á las voces del soberano los áulicos echan un velo por la cara del caido ministro, le sacan de palacio, y por órden de Asuero le cuelgan en el mismo patíbulo, que él habia preparado para el inocente Mardoqueo.

Aquel mismo dia Esther descubrió á su esposo que Mardoqueo era su tio; y el rey le elevó al puesto de primer ministro con que Amán se enaltecia; se revocó el edicto, que condenaba á muerte á los judíos, y Asuero, señor del Asia, escribió á los gobernadores y jueces, que mandaban en las ciento veintisiete provincias de su imperio, desde la India hasta la Etiopía, ordenándoles que protegiesen á los hebreos y les ayudasen á vengarse de sus enemigos. ¡Vengarse de sus

enemigos los sentenciados á exterminio! Tal es el irresistible mandato del poderoso Asuero, y está señalado el dia en que la sangre de los partidarios de Amán correrá por toda el Ásia, el mismo dia que estaba destinado para la ruina del pueblo de Dios. Llegó para aquellos el fatal momento, y perecieron á manos de los judíos. Desapareció de la tierra la familia de Amán: juntas bajaron á reunirse con él en lo profundo del averno las gemidoras almas de sus diez hijos Farsandatha, y Delfon, y Esphata, y Foratha, y Adalia, y Aridatha, y Fermestha, y Arisai, y Aridai y Jezatha.

Entre los descendientes de Jacob todo era extraordinario júbilo, parabienes y fiestas.

Mardoqueo al salir de palacio y de la presencia del rey ofuscaba con el esplendor de sus régios vestidos, de color de jacinto y azul celeste, con su corona de oro y su manto de púrpura y de seda, y toda la ciudad al verle regocijábase y saltaba de gozo. Parecia que brillára sobre los judíos un nuevo sol, y que sobre ellos habian descendido de los cielos paz y alegría, honra y bienandanza.

He aquí una peripecia grande, completa y rápida.

CAPÍTULO XII.

Breve panegírico de Moisés.

Fué magnífica misericordia de Dios habernos hablado de sus consejos eternos y de la inefable manera con que le plugo ostentar el poderío de su diestra, sacando de la nada ese conjunto de maravillas á que damos los nombres de creacion, de mundo y naturaleza, y al cual tan propiamente se ha llamado el libro de la Divinidad. Si no nos hubiera hablado ¿cómo sabríamos cuáles fueron los primeros elementos de esta asombrosa máquina del universo? ¿Quién nos di-

ria de qué modo y por qué mandato pasó del no ser al ser? ¿Quién nos explicaria satisfactoriamente en cuánto tiempo, con qué órden y con cuánta velocidad se construyeron las bóvedas del cielo, se vistió el sol de espléndido ropaje, quedó el mar encerrado en su profundo lecho con muro de leve arena, se tachonó de estrellas el manto de la noche, sentáronse los montes cual reyes de la tierra sobre su firme basa, y empezaron los siglos su vuelo majestuoso? ¿Quién adivinaria la palabra con que la luz fué hecha, y cuya sublimidad asombraba tanto al retórico Longino? ¡Ah! ¡Cómo hubiéramos reconocido la nobleza de nuestro sér, ignorando que fuimos criados á imágen y semejanza de la Divinidad!

Demócrito, Epicuro y Pitágoras, formando los dos primeros el mundo con la casual reunion de los átomos, y el tercero con el ridículo sueño de la transmigracion de su alma, cierto que habian honrado la naturaleza humana con tales descubrimientos. Cierto que estábamos muy medrados con la muchedumbre de sistemas, que inventaron esos oráculos de la antigüedad, de los cuales se ha dicho que hubieran enmudecido de asombro oyendo de los lábios de un niño ilustrado por la luz de la revelacion lo que ellos en su vejez no alcanzaron á concebir, por mas que haya llegado á la mas remota posteridad su nombradía de filósofos.

Indudable es que el Altísimo se nos manifestó pródigo de bondad al re-

velarnos la admirable historia de los primeros dias, historia magnífica por ser Dios mismo su autor, y sublime por el hombre que la escribió. Atendiendo en primer lugar á su autor, se preguntará cómo es por él magnífica. Lo preguntará quien no haya reflexionado que toda creacion lleva impreso el sello de la grandeza ó pequeñez de su criador.

La Iglesia tiene declarado que es Dios el primer manantial del majestuoso rio de inspiracion, con que fué escrita la historia de su pueblo; mas pasemos por alto el sello de divinidad, que estampó en su obra el Todopoderoso, pues nuestros débiles ojos no pueden resistir ese inmenso océano de resplandores; y así los fijaremos solo en el primero de los nacidos á quien

la Sabiduría eterna hizo escribir lo que ella le enseñaba.

¿Pero quién fué aquel hombre escogido y predilecto, á quien se reveló el principio de los tiempos y el vivificante vuelo del divino Espíritu sobre las aguas, á cuyo paso recibian los elementos informes la fecundidad, el órden y la belleza? ¿Por qué caminos llegó al trato y comunicacion íntima con Dios? ¿Por qué medios preparó la augusta Providencia su mente y corazon para elevarlos á tan sublime altura, hasta hacerle digno de que la divina llama quedára impresa en su semblante?

Estando en Egipto vigente la horrorosa ley del infanticidio, salva al recien nacido Moisés el amor materno, que mil muertes sufriria antes que

ahogar en un rio el fruto de sus entrañas; y el abandono en la Providencia, con que su madre Jocabed expone al precioso niño dentro de una cestilla de juncos en un recodo formado por el Nilo menos impetuoso en aquel sitio, hace que la Providencia se constituya en piloto de aquella frágil barquilla, que con trémula mano le ha confiado una madre. ¿Cuál será el puerto adonde la conduzca? ¿Cuál será el puerto adonde la salve del inminente naufragio? Los brazos de una princesa, el regazo de la hija del maldecido tirano.

Lactado ya por su propia madre, hecho dueño del corazon de la princesa por su belleza y por el encanto de su gracia infantil, de su talento prodigioso, y de su excelente ín-

dole, y adoptado por hijo para absorber el tesoro de ternura, de que la dotó el cielo para este fin, entra el niño Moisés á educarse cual real príncipe en el palacio del monarca sobre quien pesa el crímen de horribles parricidios. Crece alli delante de Dios y de los hombres, á los ojos de aquella córte en las ciencias humanas, á los ojos de Dios elevando su espíritu sobre aquel teatro de vanidad y tiranía que á pesar suyo le rodea, oyendo en lo íntimo de su alma la voz de la sabiduría eterna en medio de las lisonjas de la adulacion y compadeciéndose de la desgracia de sus hermanos.

Mas ¡ay! cuán agudo es su dolor viendo que los mismos que le reputan por hijo son el azote de su

pueblo! Resuélvese á abandonarlos, y vuela en alas de su caridad ardiente á participar del hambre, de la desnudez, del ímprobo trabajo y de todas las demás calamidades de sus hermanos esclavos y perseguidos en un suelo extranjero todo cubierto de espinas.

¡Oh corazon magnánimo, que abandona la gloria de los príncipes por descender á la abyeccion de esclavo, y deja la ternura de una matrona amable á quien debe la vida, por embriagarse con el cáliz del infortunio! ¿Cómo no admirar hazaña tan heróica? ¿Cómo no tenerle por una imágen del Verbo, que desciende del sólio de los cielos á ponerse por blanco de la tiranía de los Herodes? ¿Á quién no causa maravilla su des-

prendimiento, su fortaleza, su abnegacion absoluta y la robustez y grandeza de su fé? Por ella San Pablo le llamó grande escribiendo á los hebreos. *Fide Moyses, grandis factus, negavit se esse filium filiæ Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem.*

Lleva Dios á Moisés á la soledad de Madián. Allí lejos del bullicio de un mundo corrompido, desposado con una simple pastorcilla, sin las etiquetas fastidiosas de la córte, que son una mortificacion intolerable para el hombre cándido y sábio, sin tropel de noticias, que turban la paz del corazon, sin negocios que abruman, sin pretensiones, que son un gérmen de contínua inquie-

tud, sin testigos que embarazan, sin esa sociedad que es la muerte de la meditacion, bendiciendo á la Providencia por verse libre de tamañas cadenas, y soltando el vuelo de su agigantado espíritu, Moisés se engolfa en Dios y en solo Dios respira. Cuanto le rodea le sublima y arrebata hácia la Divinidad: ese tránsito de príncipe á pastor, le eleva á Dios, haciéndole palpables las vanidades del mundo: el silencio del desierto le llama á una oracion incesante; el firmamento, que contempla como tabernáculo de Dios, le está diciendo que no aparte los ojos de la Divinidad; las desgracias de su pueblo que le siguen do quiera agrupadas en su fantasía, prestan á su oracion los melancólicos gemidos del

dolor, que renuevan, alientan y dan pábulo al ejercicio de la plegaria; hacen mas, le dan en cierta manera el carácter de mediador. ¿Pues quién duda que despedazado de compasion su pecho al acordarse de ellas, se presentaria como víctima en sacrificio expiatorio ante el acatamiento del Dios de misericordia, figurando á nuestro Salvador, que pasaba las noches en la solitaria cumbre de sus queridos montes, tratando con su Padre de la salud de los desventurados que iba á redimir?

Allí Dios se intima con él, le llena de sí mismo, le anega en el océano de su inmortal sabiduría, y en sí mismo como en un espejo le manifiesta los portentos de los seis dias primeros, la grande peripecia del género

humano en la persona de Adán, y los demás sucesos, que con asombro vió el mundo de entonces, mundo nuevo y fecundo en trastornos singulares. Y pues las almas grandes no están ociosas cuando se hallan en soledad, es probable que en aquellos cuarenta años en que hablaba con Dios en el desierto de Madián, escribiese el admirable libro del Génesis (1), sencillo cual obra de un pastor de inmaculada conciencia, sublime como dictado por Dios. ¡Libro divino! El mas antiguo del mundo, fuente de teología altísima y de filosofía profunda, sin el cual no se ex-

(1) Esta es opinion de un comentador respetable, aunque otros piensan que lo compuso en el largo viaje de Egipto á la tierra de promision.

plica la naturaleza. Libro siempre victorioso de los ataques de la impiedad, como lo demuestra entre otros varios autores, Victor Bonald en su *Moisés y los geólogos modernos* valiéndose de los adelantos de la ciencia.

No podemos los hombres comunicar nuestros pensamientos sino articulando palabras ó escribiéndolas, ó con signos exteriores y convencionales; mas para hablar con Dios tenemos otro lenguaje interior, y del cual dice un poeta de nuestros dias que se le expresa y habla con el alma y en la tierra lo comprende solo el amor santo. Tal era el inefable idioma, que hablaron en la soledad por espacio de cuarenta años Dios y su siervo Moisés. ¡Coloquio celestial, que

no es dable oir! Pero consolémonos, pues ya el Señor se digna hablarle de una manera perceptible.

¡Callad, olas del mar, callad, ó vientos! ¡Naturaleza, silencio, que Dios habla en Oreb! «Ven y te enviaré á Faraon para que saques á mi pueblo, á los hijos de Israél de Egipto.» Y Moisés escondiendo su rostro: «¿quien soy yo para presentarme á Faraón y sacar á los hijos de Israél de Egipto? — Yo estaré contigo. Cuando saques á mi pueblo de Egipto, sacrificarás á Dios sobre este monte. — Señor, yo iré de parte vuestra, pero si me preguntaren cuál es vuestro nombre ¿qué habré de responderles? — Yo soy Jehová, soy el que soy. — No me creerán ni oirán mi voz. — ¿Qué tienes en la ma-

no?—El cayado de pastor. — Arrójalo al suelo.» El cayado se convierte en culebra. «Cógela por la cola.» La culebra vuelve á ser cayado. «Mete la mano en tu seno.» La mano sale toda cubierta de lepra. «Vuelve á meterla al pecho.» La mano sana al instante. «Haz estos milagros delante de mi pueblo, y si no creyere al primero de la vara, creerá al segundo de la mano; y si ni á este ni á aquel prestare crédito, coge agua del rio, y toda la que cogieres se convertirá en sangre.—Señor, soy tartamudo, no soy apto para tal embajada. — ¿No soy yo quien hice la boca del hombre? Ve pues, y yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar.»

¡Ó pastor humilde, que tantas ve-

ces rehusas el empleo de embajador del Excelso, de caudillo de su nacion escogida y obrador de portentos! Si el mismo Dios promete estar en tus lábios é inspirarte lo que hablares, ¿cuán inefables y cuán henchidos de divina sabiduría no estarán los libros de esa historia, que escribiste en los primeros años de la juventud de este mundo ya viejo, seis siglos antes de Homero tenido por uno de los mas antiguos escritores profanos?

Ya el pastorcillo de Madián obedeciendo por último las reiteradas órdenes del Todopoderoso, besa reverentemente aquella tierra consagrada por la presencia de la Divinidad, y llorando se despide de las selvas, que con grato susurro res-

pondian al eco de sus cantares, de los valles, en cuyas silvestres flores hallaba mullido lecho para sus miembros cansados, de las montañas, desde cuya cima contemplára muchas veces el espectáculo de la aurora, levantándose brillante y saludando al Criador por boca de innumerables pajarillos, que con ella despiertan; despídese de su anciano suegro y de sus ovejuelas; y parte con su esposa y sus hijos, llevando en su pastoril vara la divina omnipotencia.

Entra con su vara en Egipto como el pescador Pedro entrará en Roma sin mas armas que la cruz para conquistar el mundo. Intima las órdenes de Dios á Faraón, y negándose este á obedecerlas, Moisés es constituido Dios de Faraón.

Y este nuevo Dios de Faraón no solo hace milagros sino que los manda hacer como y cuando le place á su hermano Aarón. Por órden de Moisés y con la vara de éste, Aarón toca el rio Nilo en presencia del rey, y á vista del rey se vuelven sangre las ondas del Nilo, sangre las fuentes, sangre los rios todos. Ese Nilo, que bebió tanta sangre de niños inocentes, por justo juicio de Dios no ofrece mas que sangre á los sedientos lábios de los moradores de sus fértiles orillas. Siete dias de sangre, siete dias de horrores y de estragos. Caen los hombres abrasados por la sed, las mujeres derribadas por el espanto; y de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, sembradas aquellas y

estas de víctimas sin cuento, huyen los egipcios despavoridos, y van viendo secas las yerbas en los campos, marchitas las flores en los jardines, ahogados los peces en los lagos, y por do quiera cadáveres de niños y de ancianos, de ricos y de pobres, pues para nadie hay mas agua que sangre. Todo Egipto es una tumba, donde solo resuenan los sollozos del dolor, los llantos de la muerte, los gritos de la rabia y los alaridos de la desesperacion.

Pero esta no es mas que la primera de las diez plagas de Egipto, no es mas que la primera muestra del poderio de Moisés.

Muertos en una sola noche todos los primogénitos de Egipto, sale Moisés al frente del pueblo del Señor.

Ese rey tan admirable por su impía obstinacion, le sigue con un ejército inmenso; Israél ya ve la muerte muy cerca, porque el mar le cierra el paso; Moisés le exhorta plácidamente á confiar en el Altísimo; toca el mar Rojo con su vara; el mar se divide en dos montañas, y por su enjuto lecho pasa el caudillo seguido de las doce tribus, en donde van mujeres, niños y ancianos! Faraón ya los divisa al otro lado del mar, y precipita su coche al seno del seco mar, y en pos de él se precipita todo el Egipto armado: Dios sopla, y su aliento de ira abrasa cual leve arista al ejército egipcio: Moisés toca de nuevo el mar, y aquellos montes de agua, suspendidos por milagro, se desploman

borrascosamente sobre el egipcio, que como piedra se hunde en lo profundo.

Contemplaré estático á mi asombroso Moisés..... ¿Pero qué nuevos truenos conmueven los horizontes? Sobre alas de querubines desciende al Sinaí el Dios de las batallas! ¡La tempestad le precede! ¡Sus mensajeros los rayos! ¡Viene en torbellino de fuego! ¡El monte es un incendio! ¡Y de en medio de aquella oscuridad tronante sale una voz majestuosa, que llama á Moisés á la cumbre; y Moisés mientras temblaban de espanto los inmensos desiertos del contorno, sube intrépido al monte entre relámpagos y truenos, penetra en aquella oscuridad terrible, y llegando á la cumbre, en el mismo seno

del incendio habla con Dios y goza de Dios elevado á la participacion de los secretos divinos!

¡Oh elevacion, oh inefable grandeza de Moisés! Razon tenia Lord Byron para entusiasmarse y formar alto concepto de la humanidad con solo la memoria de este varon excelso, *el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos, y el mas sábio de los legisladores*; títulos indisputables, con que le honra Bossuet al principiar su discurso sobre la historia universal.

Este hombre de prodigios, en cuya conversacion tiene Dios sus delicias, pues le vemos venir en luminosa nube á hablar sobre el Tabor con Jesús transfigurado, este hombre admirable á todas luces es el prin-

cipal autor de la sagrada historia. ¡Ah cuán magnífica y venerable no aparecerá esta á nuestros ojos acordándonos de que es obra de un Moisés!

CAPÍTULO XIII.

Novedad.

Hugo Blair, cuya autoridad en materia de bellas letras es generalmente respetada, siguiendo á Addison y cuantos han escrito sobre este punto, dice que la novedad es una de las fuentes de los placeres de la imaginacion. Casi no hace mas que apuntar la idea sin detenerse á comprobarla, dando por sentado que no tenia necesidad de muchas explanaciones. Ya los antiguos retóricos habian observado el poderoso atractivo é influjo, que sobre los corazones ejer-

ce la novedad, pues recomendaban que la proposicion de un discurso se hiciera de la manera mas nueva que posible fuese.

Parece que en ninguna época se ha desconocido esta verdad, porque los escritores de todas las naciones muestran una palpable propension á ofrecer á sus lectores objetos reales ó ficticios que para ellos tengan novedad. Son infinitos los libros fútiles, insustanciales y aun desnudos de mérito literario, que siempre andan en boga entre muchos lectores solo porque están llenos de extravagancias y rarezas imaginarias ó verdaderas. Casi todo el interés de la novela consiste en la singularidad de los casos ó aventuras que refiere, no pudiendo ser argumento de ninguna composicion literaria,

hecha de propósito para deleitar, ningun suceso comun y ordinario, á no ser que por sus circunstancias ó por el ingenioso modo con que el autor lo presenta, adquiera alguna novedad. Pero en semejantes libros no hace esta la impresion que en otros, donde no se esperaba hallarla por no estar compuestos con el fin de agradar y no ser obra de pura fantasía. Por lo cual en el libro mas respetable del mundo, cual es la Biblia, luce mucho mas y sorprende todo cuanto tiene cierta singularidad y extrañeza capaz de excitar el suave placer de una grata sonrisa en un hombre grave y circunspecto. Ya se echará de ver que concretándome á hablar de esta especie de novedad *graciosa* por decirlo así, circunscribo bastante el

sentido, por otra parte muy lato, de la palabra *novedad*. Que en la acepcion mas ámplia rebose esta cualidad preciosa en la historia del antiguo Testamento, es supérfluo indicarlo. Su misma antigüedad pone en todas sus páginas para nosotros el sello de la novedad.

Mas prescindiendo de la inmensa distancia que media entre lo que ahora nos rodea y los tiempos, los usos y las costumbres y las leyes civiles y religiosas del pueblo hebreo, ¿no está convencido el universo de que la sagrada Escritura es una obra única en su especie? Tan única é inimitable que hasta su estilo es empeño vano quererlo remedar airosamente.

Así pues descendiendo á mi propósito, voy á hacer mencion de algunos

pasajes en que brilla la expresada graciosa novedad, que ameniza y embellece en gran manera la sacrosanta historia de la Biblia.

El Génesis refiere dos acontecimientos tan grandes que no solo no han tenido igual sino que se sabe de positivo que no lo tendrán jamás. Lo particular es que siendo el uno el suceso mas espantoso que han visto los siglos, y el otro la comedia mas original que haya representado el género humano, se hallan casi juntos en aquel libro, cuyos son exclusivamente, y que prescindiendo de lo que enseña acerca de él la religion, aunque no se atendiera mas que á la soberana importancia y belleza de su contenido merecia el renombre de divino. Diluvio y torre de Babel. ¡Qué dos

cosas para leerse una en pos de otra! No parece sino que tienen esta colocacion para que si el lector se ha penetrado de espanto con la muerte del antiguo mundo debajo de las aguas vengadoras de la ultrajada justicia eterna, disipe su impresion terrorífica, respire, se divierta y se alegre con el graciosísimo espectáculo, que ofrece el campo de Senaar. Allí estaba lo que habia entonces de linaje humano. Sin embargo, debia ser una muchedumbre inmensa, porque la empresa que acometia necesitaba una infinidad de operarios, pues el proyecto era hacer una torre, que llegase hasta el cielo. Fortuna fué de ellos que en la tierra no habia otros hombres, que contemplasen su obra sonriéndose. Pero lo que no se

hizo en aquel tiempo, lo podemos hacer nosotros. Bueno seria irse con el pensamiento allá donde estuvo Babilonia y presenciar el afan de la descendencia de Noé en levantar su torre hasta el cielo. ¡Hasta el cielo! Hasta el cielo! Así muy en grande.

La divina Escritura no se propone hacernos reir; pero tampoco nos prohibe figurarnos lo que sucedió en la torre de Babel el dia que se levantaron todos los hombres de entonces hablando una sola lengua y entendiéndose, y cuando mas afanados estaban en su insigne tarea, de repente dejaron de entenderse, é inventaron una porcion de nuevas lenguas. La novedad que esto causó en aquellos señores, y sus encuentros y conversaciones con sus respuestas en diversa

lengua no entendida por el interlocutor, las lindezas que se les ocurririan al representar involuntariamente aquella gran comedia, las gesticulaciones con que manifestarian su asombro, su improvisada resolucion de abandonar aquella fábrica, que habia de trepar al cielo, y su cómica despedida para irse en busca de aventuras; hé aquí para el lector varios puntos de divertida contemplacion. Pero de tan agraciada escena resultó el que se pobláran las solitarias regiones de este globo, el que la gran familia de los hombres se dividiera en diferentes sociedades, que hoy llamamos naciones, separadas unas de otras por la diversidad de idioma, el que se cultivára la redondez de la tierra y se explotáran para el comercio los va-

riados tesoros de sus entrañas, y por último el que la humanidad, personificada en nuestro siglo toda ella en el admirable cardenal Mezzofanti, tuviera la riqueza de poseer una hermosa muchedumbre de lenguas.

Los libros de los Reyes suministran en breve espacio una multitud de ejemplos de esa graciosa novedad, que vengo señalando. ¿Qué cosa mas original que salir un jóven en busca de unas borricas y encontrarse con un reino y volver á su casa hecho soberana majestad? Tan extraña peripecia y otras mil bellísimas singularidades no se estiman cual es debido, porque se oyen por primera vez en la infancia y se leen por lo comun no en el divino original sino en áridos extractos, en los cuales se pierden ó al menos se

oscurecen infinitas bellezas de la obra dictada por el Espíritu Santo.

Jonatás es un personaje de embelesadora novedad. No recuerdo en los tiempos de la caballería, tan fecundos en héroes de hazañas extraordinarias, uno que compararse pueda con el hijo de Saul cuando hablaba con su escudero y ambos arremetian con prodigiosa heroicidad, entrándose como dos rayos por el campamento de los incircuncisos, que á su flamígero paso convertian en un campo de muerte. Esta hazaña estuvo para costarle la vida despues de haber henchido de gozo á todo Israél. Su padre habia hecho un voto imprudente; él lo ignoraba, y no cumplió la promesa de aquel. Celoso Dios de que se le pague lo ofrecido, se mostró airado no respondien-

do cuando Saul le consultaba. Resuelto el rey á desagraviar al Señor, quiso averiguar en quién estaba la culpa, y recurrió á las suertes. Y esto es lo que á mí me parece en extremo curioso: ver á un rey y á su hijo á un lado, y al otro á todo un pueblo religiosamente conmovido, esperando que la suerte decida entre él y ellos. Ya el pueblo está libre de sobresalto. Ahora el apuro es entre Saul y Jonatás. La suerte designa al jóven: su padre está dispuesto á darle muerte, y Dios no lo permite, salvando su inocencia por medio de aquel pueblo á quien acaba de coronar con la victoria mas rara é inesperada. ¿Se ha visto en los siglos algun otro suceso que se le parezca?

En la persecucion, que hace Saul á

David, hay ocurrencias muy graciosas. Pasando por alto aquello de cortarle un pedazo de la capa á todo un rey de Israél mientras estaba en una cueva en cuclillas ocupado en negocios de que no podia prescindir, y del otro lance algo parecido en que se le robó la lanza de la cabecera de su cama mientras dormia; acontecimientos, que no solo hablan á la fantasía por su especie de gracia sino tambien al corazon por la magnánima generosidad de David y la súbita mudanza de afectos, que se obra en el ánimo de su perseguidor; es notabilísima la travesura con que su mujer Micol le salva la vida, descolgándole por una ventana, poniendo en su lugar en la cama una estátua con la cabeza envuelta en una peluda piel de cabra, que figuraba

el cabello de David y cubriéndola con la ropa. Segun se esperaba, envia Saul soldados á prenderle, y se les responde que está enfermo. El furibundo suegro vuelve á enviar otros mensajeros con órden de ver á David diciendo: «traédmele en la cama para matarle.» Y penetrando hasta el dormitorio dichos mensajeros, hallan en el lecho la estátua y la piel de cabra rodeada á su cabeza. Aquí es de considerar que los enviados del monarca al asomar por la puerta de la alcoba verian el bulto cuidadosamente arropado y se abalanzarian á él con los brazos extendidos para cogerle. ¿Y qué pasaba entretanto en el corazon de la ingeniosa Micol? Medítelo quien tenga buen humor. Su padre le dijo: *Dixitque Saul ad Michol: Quare sic*

illusisti mihi? ¿Por qué te me has burlado de esta manera?

Y luego ocurrió que sabiendo Saul que David estaba en Nayoth de Ramatha, envió una porcion de gentes á prenderle, y todas ellas encontrándose con una compañía de profetas, se ponian á profetizar, es decir, segun explican varios comentadores, á cantar las alabanzas del Señor, en vez de aprisionar al inocente perseguido. Lo mas singular es que sorprendido Saul de que todos sus agentes y emisarios se le fuesen convirtiendo en profetas, quiso ver por sí mismo qué era aquello, y le sucedió otro tanto, y algo mas, pues llegó hasta quitarse las insignias y vestiduras de rey en su arrebato profético.

No quiero pasar adelante sin advertir dos cosas: primera, que las aventuras que son patrañas, por muy chistosas que sean, no caen tan en gracia como las verdaderas: segunda, que gusta mas todo lo gracioso cuando sale de boca de un hombre, que lo dice sin reirse ni llamar la atencion sobre sus gracias. Estas dos importantes circunstancias acompañan á todo lo que en la divina Escritura aparece agraciado y divertido, ser verdad infalible y estar escrito con la mas grave sencillez y la circunspeccion mas séria y majestuosa.

Hasta el orígen de una terrible guerra entre Israél y los Ammonitas tiene un no sé qué de gracioso. Al rey de Ammon habia enviado David embajadores para consolarle en la

muerte de su padre; y el nuevo rey creyéndolos espías, les hizo raer la mitad de la barba y cortarles la mitad de sus vestidos hasta las nalgas, y los despidió. Estos hombres ciertamente que inspiran compasion, pero quien los viera no podria menos de sonreirse. Y hé aquí que por la hazaña de las tijeras se levanta en ambos reinos una polvareda de guerra, que envolviéndolo todo en sangre y en sombras de muerte, estremece con su horrendo estrépito una gran parte del Ásia. ¡Cuánto cuesta una sola humorada! Así como muchas veces al vedado placer de un momento sigue la eternidad de los suplicios.

En la divina Escritura hay algunas cosas, que presentan mil aspectos diversos y simultáneos. Por ejemplo, la

muerte de Absalón. Es trágica ; y al mismo tiempo ¿quién negará que es curiosísimo y original ver á un príncipe, por cierto de rara hermosura, ir caballero sobre un mulo , y sin apearse deshacerse la compañía del animal y el cabalgante , quedando éste en el aire y siguiendo el mulo su camino? ¡Pero ay! Al espectáculo de risa sucede el horror de la sangre, que corre por sus régios vestidos , y la pavorosa amarillez de la muerte, que tiñe para siempre su antes bellísimo y animado semblante.

En el reinado de David hay un personaje de pequeñas dimensiones, y sin embargo interesante por ser el último vástago de una familia real trágicamente exterminada, y porque siendo tan ilustre su ascendencia, ha pasado

una parte de su vida en la oscuridad y en el retiro de un hogar hospitalario hasta que el bondadoso corazon de David, tan entrañablemente amigo de su padre Jonatás en vida y en muerte, inquiere si ha quedado de él sobre la tierra algun pariente, en quien pueda derramar la misericordia de su antiguo cariño. El ser reliquia de grandioso exterminio bastaba para que tuviese un no sé qué capaz de atraerse nuestras miradas de ternura; pero aún le hace mas acreedor á nuestra piadosa compasion su propia desgracia, pues el pobrecito está impedido de ambos pies. Hasta su nombre indica una especie de pequeñez por lo ténue de su sonido: llámase Mifiboseth. Á pesar de que semejante sujeto parece que no

pueda excitar mas que lástima, yo de mí confieso que cuando el infeliz, disculpándose con David por no haberle seguido cuando éste huyó de Jerusalén, con motivo de la rebelion de Absalón, llega á contarle el chasco que le dió su criado Siba escapándose sin ensillarle el asno como se lo pedia, y añade *pues yo tu siervo soy cojo*, al paso que me compadezco sinceramente de él, no puedo menos de sonreirme figurándome que le estoy viendo salir de su grande apuro con la razon alegada, la cual, á decir verdad, estaba bien á la vista. Y no se crea que el asunto era de poca importancia, pues se trataba nada menos que de desvanecer una horrible calumnia, que se le habia levantado, y de que el rey le devolviera sus

bienes, cuyo dominio habia traspasado al perverso calumniador. Y con efecto, aquel franco y gracioso decir *pues yo tu siervo soy cojo* tuvo el feliz resultado, que de tal argumento esperaba el cuitadillo Mifiboseth.

De un inocente pasemos á un malvado. El rey Acab se empeña en comprar una viña, y no queriendo vendérsela su dueño, se vá rechinando de furor á su palacio, y tirándose en su cama, vuelve la cara á la pared y se niega á tomar alimento..... ¡Y esto sobre un trono! ¡Qué imágen y qué pintura de la rabia! Jamás se ha puesto tan en ridículo esta pasion, jamás se ha presentado bajo un aspecto tan risible. Pero en las divinas páginas de la Biblia nada hay pequeño, que bien luego no se engrandezca

por sus inmediatas y gigantescas consecuencias. Sabido es que de esta pueril rabia de Acab provino la desastrosa muerte de Naboth, á lo cual siguióse tremendamente la venganza del Todopoderoso sobre Acab y Jezabel y sobre su descendencia.

Creo que en todos estos sucesos que he mencionado, hay cierta donosa novedad, como tambien en el divertido espectáculo, que forman dos reyes vestidos de gran gala y sentados en sus tronos en una *era*, y delante de ellos cerca de cuatrocientos falsos profetas diciendo porcion de cosas y manoteando muy aprisa. Esta escena, segun costumbre de la historia santa, muy pronto adquiere extraordinaria majestad y grandeza. Josafát, que era uno de aquellos dos reyes, no conten-

to con esa muchedumbre de profetas de Baal, que rodeaba á su aliado Acab, le dijo: «¿No hay aquí algun profeta del Señor para que le consultemos por él?» Á pesar de la repugnancia de Acab se llamó al verdadero profeta Miquéas, y este siervo del Altísimo se presentó y habló con un valor y una grandilocuencia del cielo. Se pretendia investigar el éxito de una guerra que iba á emprenderse, y que en efecto se emprendió, y tuvo el resultado, que allí mismo y en presencia de los dos reyes y de la multitud de falsos profetas vaticinó Miquéas, hijo de Jemla. Esto dijo:

17. Ví á todo Israél disperso por los montes como ovejas que no tienen pastor: y dijo el Señor: Estos no tie-

nen caudillo: vuélvase cada uno en paz á su casa.

18. Dijo entonces el rey de Israél á Josafát: ¿Acaso no te dije, que no me profetiza cosa buena, sino siempre mala?

19. Mas él añadió, y dijo: Por tanto oye la palabra del Señor: Ví al Señor sentado sobre su trono, y á todo el ejército del cielo, que le rodeaba á la derecha y á la izquierda:

20. Y dijo el Señor: ¿Quién engañará á Acab rey de Israél, para que suba, y perezca en Ramóth de Galaad? Y dijo uno una cosa y otro otra.

21. Mas salió un espíritu y se puso delante del Señor, y dijo: Yo le engañaré. Y el Señor dijo á éste: ¿En qué manera?

22. Y él respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y dijo el Señor: Le engañarás, y prevalecerás: vé y hazlo así.

23. Ahora pues mira que el Señor ha puesto un espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, que están aquí, y el Señor ha pronunciado males contra tí.

24. Acercóse entonces Sedecías hijo de Chanaana, y dió un bofeton á Miquéas en la mejilla, y dijo: ¿Pues qué á mí me ha abandonado el espíritu del Señor, y te ha hablado á tí?

25. Y dijo Miquéas: tú lo verás en aquel dia, cuando entrarás de un aposento en otro para esconderte.

26. Y dijo el rey de Israél: tomad á Miquéas, y que esté en poder de

Amón gobernador de esta ciudad, y de Joas hijo de Ameléch.

27. Y decidles: esto dice el rey: Echad á este hombre en la cárcel; y sustentadlo con pan de tribulacion, y con agua de angustia, hasta que yo vuelva en paz.

28. Y dijo Miquéas: si volvieres en paz, no ha hablado por mí el Señor. Y añadió: oid todos los pueblos.

(Cap. 22 del lib. 3, *traduccion del P. Scio.*)

En el capítulo sexto del libro cuarto de los Reyes se lee una maravilla graciosa y de una novedad incomparable. Un ejército Siro, que venia á prender al profeta Eliseo, porque se averiguó que éste descubria al rey de Israél todos los planes hostiles del monarca de Siria, de repente y cuando mas confiado estaba, por el poderío

sobrenatural de la oracion del profeta queda ciego, es decir, segun explica San Agustin, deslumbrado de tal suerte que el siervo de Dios le lleva como á niño cieguecito á donde no queria ir, y luego le vuelve la vista en medio de Samaria para que atónito de asombro reconozca que ha sido donairosamente burlado. No me cabe la menor duda en que los israelitas, locos de contento por el estupendo y trascendental chasco de sus enemigos y por la maravillosa proteccion del cielo, celebrarian la original ocurrencia con mil alegres chistes. ¿Y qué no podia decir de este raro suceso un ingenio fecundo en sales y en jocosas donosuras? Contemplen los lectores de imaginacion festiva aquel espectáculo de risa al

par que de admiracion; y por mas que hagan, no podrán formar una cabal idea del aturdimiento, de la sorpresa y maravilla con que los Sirios se mirarian unos á otros como fuera de sí cuando luego que hubieron entrado en Samária, dijo Eliseo: « Señor, abre los ojos de estos para que vean.» Y abrióles el Señor los ojos, y vieron que ellos estaban en medio de Samária. *Domine, aperi oculos istorum, ut videant. Aperuitque Dominus oculos eorum, et viderunt se esse in medio Samariæ.* Y yo me complazco en admirar la generosidad con que el obrador de portentos corresponde á la fiereza y encono, con que sus enemigos le buscaban para matarle. Los versículos 21, 22 y 23 con la sencilla exposicion del hecho dicen de tal perdon

mas de lo que yo pudiera indicar en prolongados discursos.

21. Y el rey de Israél cuando los vió, dijo á Eliseo: ¿Los heriré, padre mio?

22. Y él respondió: No los herirás: porque no los has hecho prisioneros con tu espada, ni con tu arco para herirlos: antes pon delante de ellos pan y agua para que coman y beban, y se vuelvan á su señor.

23. Y pusiéronles de comer en grande abundancia, y comieron y bebieron, y dejólos ir, y se marcharon á su señor, y los ladrones de Siria no vinieron mas á las tierras de Israél.

(Cap. 6. lib. 4, *traduccion de Scio.*)

Retrocederé algun tanto en el órden de los tiempos para encontrar un

hombre singular y de hazañas singularísimas. Una de ellas fué enviar contra la nacion filistea una expedicion de zorras, que le habian de vengar mejor que un ejército de cien mil hombres. Ya se habrá echado de ver que hablo de Sanson, el cual con travesura tremenda aprisionó hasta trescientos de aquellos animalejos, de que abunda infinito la Palestina, y atándolos unos á otros por las colas y amarrando en ellas un hacecillo combustible, les prendió fuego despues de haberlos ordenado en varios escuadrones, como un general á sus tropas cuando se prepara á dar batalla decisiva. La impaciencia de las raposas al sentirse atadas, y sin embargo con el cuerpo libre para brincar, lo dirian sus saltantes ojos. Pero en el momen-

to en que su ingenioso caudillo les dió rienda suelta, y ellas sintieron el efecto del fuego aplicado á sus colas, ¿quién es capaz de describir el escape que tomaron, y la rabia y la prisa y el brincoteo que llevaban? Seria poco decir que iban como rayos, que iban echando chispas. ¡Oh cuán dignos de verse aquellos escuadrones de zorras, que ni podian ni querian detenerse un instante, y en su carrera rápida iban dejando mil gérmenes de incendio! Era la estacion en que se habia de recoger la rubia mies, que cubria los campos de los filisteos, y el veloz ejército incendiador metióse entre ella, y le prendió fuego, y se extendió la llama, y corrió de una en otra hacienda, de un prado en otro, y cundió por los

valles y por los montes, y se abrasaron los pueblos y las aldeas y las viñas y los olivos y los huertos de los asombrados filisteos. ¿Cuál fué en tanto la suerte y el fin de aquellos corredores soldados de Sanson? ¡Ay! ¡ay! morir consumidos por las mismas llamas, con que hacian la guerra á la nacion enemiga del pueblo de Dios. Esto último no lo dice la divina Escritura; ¿pero cómo dudar de que así seria? De tal manera en cada paso del sagrado texto suelen excitarse y mezclarse mil diversos afectos, lo cual es uno de los mayores triunfos á que pueda aspirar un escritor eminente.

Por no insistir mas en lo que llevo ya dicho acerca de esta indefinible mezcla de lo gracioso y divertido con

lo grande, lo espantable y lo sublime, observaré que este mismo Sanson al morir á lo Sanson ha caido en gracia á todo el mundo, aunque no es posible imaginar muerte mas trágica. Tal es el efecto de su extraordinaria novedad: hacer gracioso en nuestra imaginacion lo que de suyo es tan horrible y terrorífico. Y nótese que la grata sensacion, que produce en el ánimo el fin ruinoso de este héroe no es del género de las sensaciones, que con alguna propiedad podemos llamar trágicas, sino que mas bien pertenece á la clase de las impresiones de jocosidad y divertimiento. Y á la verdad que la fiesta que los filisteos hacian en el templo de Dagon para dar gracias á este ídolo porque despojado de su fortaleza cayó en sus

manos el temido Nazareno, era un bullicioso regocijo, en que el pobre prisionero, ciego como estaba, era objeto de risa y diversion á todos los magnates de los filisteos, á sus mujeres, á sus hijos y allegados, todos los cuales llegaban nada menos que á tres mil. *Domus erat plena virorum, ac mulierum, et erant omnes Principes philisthinorum, ac de tecto, et solario circiter tria millia, utriusque sexus spectantes ludentem Sanson.* Esta muchedumbre ocupaba las ventanas, las azoteas y galerías del magnífico edificio, cuyo patio parece que era el santuario del ídolo, donde se hallaba el ínclito juez de Israél hecho juguete de un niño, al cual dijo: « Déjame reposar un momento y apoyarme en esas columnas sobre que estriba toda la casa.»

Compadecido el niño accedió á sus deseos. Y aquí fue Troya. Esto es lo hermoso, y lo que á todos hace gracia. Conociendo Sanson que sus cabellos, signo de su prodigiosa fuerza, le habian vuelto á crecer, se resuelve á vengar á su Dios verdadero, á inmolarse por su patria, con quien está en guerra el pueblo filisteo, y á expiar con su muerte sus culpables flaquezas, por cuyas resultas es insoportable su vida. Miradle. Ya extiende los brazos á las dos columnas principales, puesto en medio de ellas: los espectadores fijando en él ávidamente los ojos, dicen entre sí. «¡Qué hará este hombre!» Filisteos, ¿qué hará? Yo veo que vosotros y vuestro palacio estais como un borracho, que no pudiendo tenerse en pié, se bambolea. ¿Qué es esto?

Sanson ha pegado á sus columnas una buena sacudida. Allá va la segunda; y vienen ya por el aire centenares de filisteas con sus joyas y aderezos, centenares de niños, generales y sacerdotes de Dagon y magistrados y alguaciles y techos y paredes, y todo á un tiempo y todo sobre Sanson. Se concluyó la fiesta. Los tres mil risueños espectadores que bajaron, ¡ay! un momento antes muy lejos estaban de pensar que instantáneamente habian de hacer un terrible tránsito de la fiesta divertida á la eternidad.

Pero dejemos ahora lúgubres meditaciones: vamos á resucitar al muerto, es decir, á verle, cuando estaba vivo. En una ocasion mató con una quijada de asno á mil de sus enemigos. Semejante hazaña tiene el

mérito de la originalidad y el de la novedad, el de lo extraordinario y el de la gracia. Las circunstancias lo realzan. Atado por sus compatriotas, que por miedo le iban á entregar á los filisteos, venia al encuentro de estos el de la prodigiosa pujanza: al verle sus adversarios armaron una algazara tumultuosa; y él rompiendo sus ataduras, repentinamente cargó sobre ellos con una quijada de asno, que fué la única arma que se le ofreció á los ojos en aquel campo, y con ella hizo en los filisteos tal destrozo que en los que no murieron en el acto, quedó indeleblemente grabada la memoria de la célebre mandíbula del burro desquijarado. Los dientes de una calavera son un objeto un poco horripilante: á mí se me figura que

estoy viendo en aquella quijada las amarillentas muelas y los colmillos enormes del asno, que murió ignorando la gloria, que habia de adquirir su mandíbula, y vibrándose en la fulminante mano de Sanson teñidos ya en sangre de incircuncisos, me parecen mas fieros que la guadaña de la muerte.

Todavía me gusta mas el verle levantarse á media noche, pasar por medio de sus acechadores enemigos, dirigirse á las puertas de la ciudad de Gaza, encontrarlas cerradas, y arrancándolas de quicio, llevárselas al hombro y encaminarse con ellas á la cima de la montaña, que está en frente de Hebron.

Es innegable que se hallan en la historia profana hombres de una fuer-

za casi tan extraordinaria como la de Sanson; ¿pero cuál de ellos se gloriará de haber figurado como él al Redentor divino en casi todas las acciones de su vida? Su nacimiento fué anunciado por un ángel como el del prometido Mesías. Su madre era estéril; la de Jesús tenia hecho voto de virginidad. El hijo de Manué nació cuando su pátria se hallaba avasallada por los filisteos; el de María cuando el cetro habia salido de la casa de Judá y estaba en manos de un tirano Idumeo. El futuro juez de Israél pasó su juventud en el retiro y en la oscuridad; el Autor adorable de la ley de gracia mientras fué jóven no quiso mostrarse al mundo. Tomó Sanson por esposa á una filistea, á cuya nacion intentaba hacer guerra; el Ver-

bo humanado vino del cielo al seno de la Sinagoga, cuyos ritos y ceremonias estaba resuelto á abolir.

En el viaje que hizo Sanson para casarse, dió muerte á un leoncillo, que encontró en el camino; el Dios que descendió de los cielos para desposarse con nuestra naturaleza, despedazó al leon de la soberbia mundana con la humildad y pobreza de la cabaña que escogió para nacer. Á Sanson le fué infiel su primera esposa, poniendo en conocimiento de los extraños el secreto que le habia confiado; la Sinagoga hizo al extranjero Pilatos conocer de la causa fulminada contra su divino Maestro. Aquella filistea se divorció de Sanson sin consentimiento de éste, casándose con otro; la Sinagoga hizo lo mismo con

el suspirado vástago de la familia de David. Los habitantes de Tamnata castigaron á la infiel esposa de Sanson, quemándola junto con su padre; los romanos mandados por el hijo del Emperador Vespasiano cayeron sobre la deicida Jerusalén como una nube de ira celestial, y el templo de la Sinagoga fué consumido por una llama inapagable.

Sanson, despues de sus ruidosas victorias solia retirarse á la solitaria caverna de una roca llamada de Etam; el portentoso Hijo de la Doncella de Nazaret, á quien como á su señor obedecian los elementos, se escondia del pueblo cuando éste le aclamaba por rey en vista de sus milagros, y corria á ocultarse en las grutas de los montes, ó en la espesura de las

selvas ó en la nocturna soledad del huerto de Getsemaní, donde tenia sus delicias en hablar á solas con su Padre. Sanson, siendo tan fuerte que con un leve movimiento de su diestra era capaz de derribar millares de soldados, se dejó atar con tranquila mansedumbre por sus conciudadanos, que fueron á buscarle á la cueva de la roca de Etam para entregarlo á sus enemigos; el Rey de gloria para ser la víctima de nuestras culpas permitió con inalterable benignidad que le atáran los judíos, que capitaneados por Judas habian ido á prenderle en su retiro del jardin de las Olivas. Sanson derrotó á sus enemigos con una cosa tan despreciable como una quijada de asno; y nuestro Salvador venció á las potestades del infierno en

un madero tenido por muy infame.

Sanson encerrado en la ciudad de Gaza parecia haber caido para siempre en poder de sus contrarios, cuando levantándose de repente á media noche no solo se burló de ellos, sino tambien cargó con las puertas, en cuya cerradura confiaban sus perseguidores; el Vencedor de la muerte se levantó asimismo y casi á la misma hora del sepulcro, con cuyo sello y guardia de soldados romanos creian los fariseos tenerle asegurado, y él no solo hizo vana la vigilancia de sus centinelas, sino que tambien, removida la losa de su tumba, sacó del limbo consigo innumerables almas de justos resucitados. Sanson fué entregado á sus enemigos por la traidora Dalila, á quien amaba sin tino; al Salvador de

los hombres uno de sus mas favorecidos apóstoles pagó con semejante felonía el amor que le profesaba. Sanson muriendo cubrió de luto á la nacion filistea con el destrozo, que le causó en aquel trance; y el Dios crucificado al morir se mostró mas fuerte que nunca, venció á los príncipes de las tinieblas, triunfó, y con la inmolacion de sí mismo, rompiendo nuestras cadenas, aseguró en las sienes de su querido pueblo cristiano una corona de gloria inmarcesible.

Tanta es la grandeza y misteriosa excelsitud de lo que en la Escritura parece menos grave y de menos augusta significacion. Asi todo se hermana en la Biblia de una manera admirable.

ÍNDICE

del tomo primero de las Observaciones sobre las bellezas históricas del antiguo Testamento.

Páginas.

Licencia y dictámen del censor. v

Prólogo de la primera edicion. Grandeza é importancia de la Escritura. Su estudio y utilidades. Sus relaciones con la literatura. Indicacion acerca de la presente obra. vii

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PUEBLO DE DIOS.

Belleza literaria: el pueblo de Dios considerado en su conjunto: su principio: vemos su primer padre, su infancia en las vidas de los patriarcas, su dilatacion y cautiverio en Egipto. Cena de Israel, paso del mar Rojo, sucesos del desierto, co-

lumna de fuego, su semejanza con el pueblo de Dios. Caracter del pueblo judío, escena terrible, aparicion de la ira de Dios; unidad asombrosa. Asedio, toma y ruina de Jerusalen por Nabucodonosor: marcha del pueblo al cautiverio. 1

CAPÍTULO II.

EL PRINCIPIO DEL GÉNESIS.

La creacion. Escenas del paraiso en el poema de Milton: Cain despues de su delito. Los justos antidiluvianos, Henoch. Los gigantes y el diluvio. 29

CAPÍTULO III.

EL CORAZON HUMANO Y LA FAMILIA.

Un género singular de belleza, propio de la Biblia. Naturalidad de Abraham; historia de los patriarcas. Sara y Agar etc. Agar en el desierto: la consuela un ángel. Singularidad de las narraciones bíblicas. Abraham despide de su casa á Agar y á su hijo Ismael: un ángel los socorre en el desierto. 51

CAPÍTULO IV.

AMENIDAD Y CONTINUACION DE LAS OBSERVACIONES ACERCA DE LA FAMILIA Y EL CORAZON HUMANO.

Amenidad de la historia sagrada: convite dado en el campo á tres ángeles por Abraham. Risa de Sara. El rey de Gerara, Sara y Abraham. Matrimonio de Rebeca: id. de Raquel. Muerte de Débora. 83

CAPÍTULO V.

TERNURA.

Idea de la ternura: la de Rebeca para con Jacob. Bendicion de Isaac. La tribulacion: dolor de David: el anciano Tobias. Matrimonio del jóven Tobías con Sara: su vuelta á casa de sus padres. José y sus hermanos en el Génesis, y en el drama de Metastasio. 121

CAPÍTULO VI.

ÁNGELES.

Doctrina poética de Chateaubriand acerca de los ángeles. Querubin á

la entrada del paraiso: el ángel aparecido á Agar: ángeles que arruinan á Sodoma y libran á Loth: ministro de Dios. El sacrificio de Abraham convertido en océano de alegría por un ángel: lucha de Jacob con un ángel: otros ángeles que favorecen á Jacob. 149

CAPÍTULO VII.

ÁNGELES,—CONTINUACION.

El ángel de la columna de fuego en el mar Rojo: el que se apareció á Gedeon. El que se aparecia á la mujer de Manue. Se descubre el arcángel Rafael al anciano Tobías y á su hijo: circunstancias, que acompañaban las apariciones de los ángeles. 177

CAPÍTULO VIII.

LOS NIÑOS.

Poesia sobre los niños. Sentimiento de Ana: su gozo por el nacimiento de Samuel. Aparicion de Dios al niño Samuel. Refiere este á Helí la sentencia fulminada contra su casa y

familia. David rey pastorcillo. Vence al gigante Goliat. 197

CAPÍTULO IX.

NIÑOS.—CONTINUACION.

Historia de José y Benjamin. Mencion de varios célebres niños de la Escritura: los tres niños hebreos en el horno de Babilonia, su cántico etc. . . . . .

CAPÍTULO X.

SATISFACCION DEL SENTIMIENTO DE JUSTICIA.

Sentimiento de justicia: la justicia de Dios en la historia santa: juicio reservado á los reyes en la eternidad. Furia de Saul: se le aparece el difunto Samuel: muere en Gelboè junto con sus hijos. Castigos de David y otros muchos, que se vieron en su reinado y en el de su hijo Salomon. Guerra al crímen. La objecion sacada de la sensibilidad: indignacion: venganzas de Dios ejecutadas por Jehú, á saber, las muertes del rey de Israel y del de Judá, la de la reina Jezabel, la de los setenta prínci-

pes de la familia de Achab y la de otros cuarenta y dos, matanza de adoradores de Baal. 253

CAPÍTULO XI.

PERIPECIA.

Peripecia y observaciones acerca de ella. Sacrificio de la hija de Jefté. Betulia y Holofernes. Peripecias de nuestro corazon. Aman, Mardoqueo y Esther. 291

CAPÍTULO XII.

BREVE PANEGÍRICO DE MOISÉS.

Introduccion: Infancia de Moisés. Moisés en la soledad: se le aparece el Señor. Plagas de Egipto. Paso del mar Rojo. El Sinaí, etc. 325

CAPÍTULO XIII.

NOVEDAD.

La novedad como belleza literaria. Saul, Jonatás, David. Muerte de Absalon. Mifiboseth. Acab rabioso. Profetiza Miqueas en presencia de dos reyes. Eliseo burlando á un

ejército de siros. Torre de Babel. Ejército de zorras: muerte de Sanson: la quijada de asno. Puertas de Gaza. Semejanzas de Sanson con el Redentor. 349

NOTA.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE ESTA NUEVA EDICION.

Excepto los adorables atributos de la Divinidad y las leyes morales y físicas, que ha dado al universo, todo está en contínua marcha de adelantamiento ó decadencia. Y así el mundo de 1849, en que por vez primera se publicó esta obra, intitulándose *Observaciones sobre las bellezas literarias, históricas, profético-poéticas y religiosas de la Sagrada Biblia*, es algo diverso de nuestro corriente año de 1864. Si de esta verdad buscase algunas pruebas, se me presentarian á millares. ¡Cuántos hombres de estado, que entonces imperaban, son ahora mudos esqueletos guardados en sus sepulcros! ¡Cuántos opulentos señores, que entonces disponian de ejércitos de onzas de oro, ahora solo tienen en sus solitarias tumbas la mortaja que cubre su cadáver! Y si ponemos los ojos en los vivos ¡cuántas transformaciones! ¡cuántas mujeres han perdido el carmin de sus mejillas y la gracia y esbeltez, de que en-

tonces se vanagloriaban! ¡Cuántos príncipes han caido de sus troncs! Mas para encontrarnos con innumerables cambios no es necesario recorrer el mapa, ni saludar por emperador de Méjico al Archiduque Maximiliano de Austria. Bastaríame ver mi propia figura en un espejo, y advertiria mudado el color de mi barba. Pues en medio de tan universales trastornos; ¿solo esta obra mia no habia de tomar parte en los cambios de nuestro siglo? Para resolver este problema habia que preguntar antes si acerca de su contenido ocurrió en estos quince años algun cambio en las ideas de su Autor. Y habrá de responderse que el Autor no ha variado en los conceptos, que tenia formados de la excelencia y sobrehumanas bellezas de la Biblia, cuya firmeza de creencias, de persuasion y convencimiento es para él una prueba mas de su verdad. Pero á fin de mejorar su obra ¿no ha adelantado algo en sus descubrimientos y en esa encantadora ciencia de lo bello en la divina Escritura?

Esta pregunta es para mí una acusacion de pereza. Y ciertamente me hallo en el caso de confesar con franqueza sencilla que tengo merecidas reprensiones. Ni es

mi intento nombrar un abogado defensor, que rechace de mí la nota de perezoso, ó la de no haber progresado en este bellísimo estudio.

¿En qué has gastado tantos años? Se me podria decir. ¿Por qué no has hecho nuevas observaciones? ¿Por qué no has introducido en tu obra nuevos y mas brillantes pensamientos? Y pudiera yo contestar con voz algo apagada como quien se reconoce culpable, y sin embargo quiere disculparse: Sin pretenderlo he estado viendo que á mi obra de las *Observaciones sobre las bellezas de la Biblia* se dispensaba por personas entendidas y autorizadas una acogida y aprecio muy superiores á su mérito; pero que tiene una extension poco adecuada á nuestro siglo, para el cual tres tomos en 4.° mayor son un exceso. He estado viendo que hasta los ojos del bello sexo leian con interés muchas de sus páginas; pero que para útil comodidad y provecho de toda clase de lectores convenia que en nueva edicion se diese á sus tres distintas partes mayor independencia, formando cada una de ellas una obrita separada, si bien las tres conservasen aquella union y armonía, que suelen guardar entre sí la lógica, la ética y

la metafísica de un mismo autor filósofo. Así tres hermanitas queridas crecen juntas, comen juntas, pasean juntas, viven bajo un mismo techo; mas cuando toman estado, cada cual tiene su casa distinta, sin que por eso dejen de ser hermanas, de amarse y de reunirse muchas veces como si no tuvieran mas que una sola alma y un solo corazon.

Tal es mi modo de considerar estas mis *Observaciones sobre las bellezas históricas del antiguo Testamento*, que formarán dos pequeños volúmenes en 8.°, mis *Observaciones sobre las bellezas profético-poéticas de la Sagrada Biblia*, que en igual número de tomos compondrán la segunda obrita, y la tercera que contendrá las *Observaciones sobre las bellezas religiosas y los consuelos, que se hallan en la vida de nuestro adorable Salvador*, ó sea en el Evangelio. Pero estas divisiones, que de hecho ya existian en la primera edicion, pues cada uno de sus tres tomos contenia un tratado distinto, llevando su particular título en la anteporta de cada tomo, debia yo hacerlas por otra razon muy imperiosa para mí, que huyo de todo lo que pueda envolver alguna exageracion ó ligera inexactitud. Y la habia en el título general de *Obser-*

vaciones sobre las bellezas literarias, históricas, profético-poéticas y religiosas de la Sagrada Biblia. Esto era prometer mas de lo que se cumplia, porque naturalmente debia entenderse que las *Observaciones históricas* habian de abrazar todos los libros historiales del antiguo y nuevo Testamento. Y no podia asegurarse que hubiese aqui verdad completa, no habiendo sido objeto de mis observaciones el libro escrito por San Lúcas acerca de los *Hechos de los Apóstoles.*

Ahora, pues, hay mas verdad en el título particular de cada una de las tres obritas; y el hombre de corazon recto por atenerse á la mas estricta verdad deberia perder, si fuera necesario, cuanto adquieren los de mala voluntad con la mentira.

Por lo alegado se habrá ya conocido que en medio de las multiplicadas variaciones, vicisitudes y alterada fortuna, de que somos testigos, y á que he aludido al principio, no ha permanecido inmóvil mi edificio levantado en honra de la divina Escritura.

Y aun tengo que dar noticia de la promocion de un capítulo sobre las figuras de la Santísima Vírgen, el cual hallán-

dose en la edicion primera en el segundo tomo, pasa ahora á ocupar un puesto de mucha distincion en este primer tratado de las *Observaciones sobre las bellezas históricas*. Dos razones me aconsejaban tal cámbio: es la primera de conveniencia literaria, porque en el tratadito de las Mujeres de la Biblia no debia faltar la Reina y Señora de todas ellas, la Emperatriz de los cielos. La segunda razon es de miedo, y es tambien un desagravio. Y efectivamente que motivos me sobraban para temer las iras de una mitad del género humano, que si no es la mas fuerte, porque no maneja la espada, es la mas quisquillosa y delicada. Culpa mia, de que ahora me arrepiento, fué el terminar mis *Observaciones históricas* con aquellas murmuraciones, que de las antiguas mujeres se hicieron en el limbo, es decir, con ese malhadado capítulo, cuyo epígrafe es: *Males causados por las mujeres*. Pero si hasta ahora han podido las señoras quejarse de mí por la funesta impresion que se dejaba en los lectores, ahora juzgo merecer algo mas que el perdon de aquella ofensa, porque concluyo mostrándoles su gloria cifrada en las grandezas, misterios y dignidad altísima de la Madre de Dios, que con sus

celestiales virtudes, su hermosura y beneficios inmensos, si los meditásemos como es debido, nos haria olvidar los deslices de todas las hijas de Eva.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
59	13	hijo de mi dodor.	hijo de mi dolor.
93	10	parque hay tránsito	por que hay tránsito
109	3	halagüenas pinturas	halagüeñas pinturas
144	8	vehemencia de sus afectos.»	Vehemencia de sus afectos.
145	2	al lector mas sensible;	al lector mas insensible;
244	11	entasiasmadas,	entusiasmadas,
259	12	consolado el arrepenmiento	consolado el arrepentimiento.
283	1	endeble choza	endeble choza.

15
14
3
13

OBSERVACI

SOBRE LAS

BELLEZAS HISTORIC

I

16.086